Apotegmas Selectos de los Padres del Desierto

Selección realizada por Froilán León

Los Padres del Desierto, Maestros de la Vida Espiritual

En los siglos IV y V, cuando el cristianismo comenzaba a expandirse, tras la paz constantiniana, surgió en Egipto, Siria y Palestina un movimiento de hombres y mujeres que, buscando vivir el Evangelio en su pureza más radical, se retiraron al desierto. Estos fueron los Padres y Madres del Desierto, los primeros monjes cristianos, cuya vida de oración, penitencia y silencio se convirtió en una de las formas más puras de la espiritualidad y mística católica.

Renunciaron al mundo por amor a Dios. Buscaron combatir los vicios, purificar el corazón y alcanzar la hesiquía, es decir, la paz interior, la quietud del alma en la presencia divina. En medio del silencio y la soledad, estos hombres y mujeres sabían que el verdadero campo de batalla del cristiano no está afuera, sino dentro del propio corazón. Los Padres del Desierto entendían la vida cristiana como una lucha constante contra las pasiones —el orgullo, la ira, la pereza, la gula, la avaricia, la impureza y la tristeza espiritual—. Para ellos, la victoria no consistía en dominar el mundo, sino en dominarse a sí mismo con la ayuda de la gracia. Por eso, desarrollaron una espiritualidad profundamente práctica, donde cada gesto cotidiano —el trabajo, el ayuno, el silencio o la hospitalidad— tenía un sentido ascético y teológico.

El desierto se convirtió, entonces, en el campo de batalla de la santidad. Allí se formaron santos como San Antonio Abad, San Pablo Ermitaño, San Pacomio, San Macario, San Arsenio y muchos otros, cuyas enseñanzas, transmitidas oralmente, fueron recogidas más tarde en los célebres Apotegmas o dichos de los Padres del Desierto. Estas breves frases, a veces misteriosas, son destellos de sabiduría espiritual nacidos de una vida de oración constante, silencio prolongado y discernimiento interior.

En un mundo que exalta el placer, la comodidad y la autosuficiencia. En un mundo saturado de ruido, de maldad, mentiras y distracciones, las palabras de los Padres del Desierto suenan hoy con una fuerza renovada. Ellos nos enseñan que el alma solo puede escuchar a Dios cuando vuelve a lo esencial y se aparta del bullicio interior y exterior, y cuando muere al ego y a la vanagloria. Los Padres del Desierto nos recuerdan que el cristianismo no es una ideología ni un sentimiento, sino una metanía, es decir una conversión diaria hacia Dios y hacia su amor. El cristianismo es una lucha ascética contras las pasiones y el demonio, en cada gesto cotidiano. Es una lucha para reconocer siempre la propia miseria y volver el corazón a Dios con humildad. Cada palabra, cada historia breve, es una invitación a mirar el propio corazón a la luz de Cristo.

Que estas enseñanzas breves sean una guía para seguir el camino, en este nuevo desierto de ruido y vanidad.

Froilán León

Vocabulario esencial para comprender los Apotegmas

Abba (padre) y **Amma** (madre): títulos de respeto espiritual dados a los monjes y monjas ancianos, considerados maestros de sabiduría. Los discípulos acudían a ellos diciendo: “Abba, dame una palabra”, buscando un consejo inspirado por el Espíritu Santo.

Hesiquía: palabra griega que significa silencio interior, quietud del alma. Es la meta del monje: alcanzar la paz del corazón donde Dios habita y habla en lo secreto.

Metanía: literalmente “conversión” o “cambio de mente”. En la práctica, designa también el gesto de postrarse o inclinarse profundamente en señal de penitencia y humildad.

Ágape: el amor cristiano, puro y desinteresado, que se expresa en la caridad fraterna y el servicio. También designa, en algunos contextos antiguos, la comida fraterna compartida entre los creyentes.

Penitencia: no solo castigo o reparación, sino actitud constante de conversión, de reconocer la propia miseria y volver el corazón a Dios.

Synaxis: la asamblea litúrgica o reunión comunitaria para la oración común, especialmente la Eucaristía. Los monjes, aunque vivían en soledad, se reunían los domingos para esta celebración.

Asceta : aquel que practica el ascetismo, es decir, la disciplina espiritual y corporal destinada a dominar las pasiones y alcanzar la virtud.

Escete : designa tanto al asceta como al lugar donde vive, la Escet, uno de los grandes centros monásticos del desierto egipcio.

Nitria: otro de los principales desiertos monásticos del Egipto cristiano, junto con Kellia y Escete.

Eremita y Cenobita: el primero vive en soledad (del griego erēmos, “desierto”), mientras que el segundo vive en comunidad (koinos bios, “vida común”). Ambos caminos son válidos, pero los Padres del Desierto consideraban que el verdadero ermitaño debía haber aprendido antes la caridad en comunidad.

Dijo amma Sinclética: “Muchos viven en la montaña, actúan como los de la ciudad, y se pierden. Es posible estar solo con el pensamiento aunque se viva con mucha gente, y estando solo vivir con muchos, también con el pensamiento”

ABBA ANTONIO

El santo abba Antonio, mientras vivía en el desierto, cayó en la acedía y se oscurecieron sus pensamientos. Dijo a Dios: “Señor, quiero salvar mi alma, pero los pensamientos no me dejan. ¿Qué he de hacer en mi aflicción? ¿Cómo me salvaré?”. Poco después, cuando se levantaba para irse, vio Antonio a un hombre como él, trabajando sentado, que se levantaba de su trabajo para orar, y se sentaba de nuevo para trenzar una cuerda, y se alzaba para orar, y era un ángel del Señor, enviado para corregir y consolar a Antonio. Y oyó al ángel que le decía: “Haz esto y serás salvo”. Al oír estas palabras sintió mucha alegría y fuerza, y obrando de esa manera se salvó.

El mismo abba Antonio, investigando la profundidad de los juicios de Dios, rogó diciendo: “Señor, ¿por qué mueren algunos tras una vida corta y otros llegan a extrema vejez? ¿Por qué algunos son pobres y otros ricos? ¿Por qué los injustos se enriquecen y los justos pasan necesidad?”. Entonces vino hasta él una voz que le respondió: “Antonio, ocúpate de ti mismo, pues eso es el juicio de Dios, y nada te aprovecha el saberlo”.

Uno interrogó a abba Antonio, diciendo: “¿Qué debo observar para agradar a Dios?”. El anciano le respondió diciendo: “Guarda esto que te mando: adondequiera que vayas, lleva a Dios ante tus ojos; y cualquier cosa que hagas, toma un testimonio de las Sagradas Escrituras; y cualquiera sea el lugar que habitas no lo abandones prontamente. Observa estas tres cosas y te salvarás”.

Dijo abba Antonio a abba Pastor: “Este es el gran esfuerzo del hombre: poner su culpa ante Dios, y estar preparado para la tentación hasta el último suspiro”.

Dijo el mismo: “El que no ha sido tentado no puede entrar en el Reino de los cielos. En efecto, suprime las tentaciones -dijo- y nadie se salvará”.

Preguntó abba Pambo a abba Antonio: “¿Qué debo hacer?”. Le respondió el anciano: “No confíes en tu justicia, ni te preocupes por las cosas del pasado, y guarda tu lengua y tu vientre”.

Dijo abba Antonio: “Vi todas las trampas del enemigo extendidas sobre la tierra y dije gimiendo: ¿quién podrá pasar por ellas? Y oí una voz que me respondía: la humildad”.

Dijo también: “Algunos hay que afligieron sus cuerpos con la ascesis, y porque les faltó discernimiento, se alejaron de Dios”.

Dijo también: “La vida y la muerte dependen del prójimo. Porque si ganamos al hermano, ganamos a Dios, y si escandalizamos al hermano, pecamos contra Cristo”.

Dijo también: “Como los peces mueren si permanecen mucho tiempo fuera del agua, de la misma manera los monjes que se demoran fuera de la celda o se entretienen con seculares, se relaja la intensidad de su tranquilidad interior (hesyquía). Es necesario que,

como los peces del mar, nos apresuremos nosotros a ir a nuestra celda, para evitar que, por demorarnos en el exterior, olvidemos la custodia interior".

Un hombre que estaba cazando animales salvajes en el desierto, vio a abba Antonio que se recreaba con los hermanos y se escandalizó. Deseando mostrarle el anciano que es necesario a veces condescender con los hermanos, le dijo: "Pon una flecha en tu arco y estíralo". Y así lo hizo. Le dijo: "Estíralo más". Y lo estiró. Le dijo nuevamente: "Estíralo". Le respondió el cazador: "Si estiro más de la medida, se romperá el arco". Le dijo el anciano: "Pues así es también en la obra de Dios: si exigimos de los hermanos más de la medida, se romperán pronto. Es preciso pues de vez en cuando condescender con las necesidades de los hermanos". Vio estas cosas el cazador y se llenó de compunción. Se retiró muy edificado por el anciano. Los hermanos regresaron también, fortalecidos, a sus lugares.

Un monje fue alabado por los hermanos en presencia de abba Antonio. Cuando éste lo recibió, lo probó para saber si soportaba la injuria, y viendo que no la soportaba, le dijo: "Pareces una aldea muy adornada en su frente, pero que los ladrones saquean por detrás".

Dijo un hermano a abba Antonio: "Ruega por mí". Le dijo el anciano: "No tendré misericordia de ti, ni la tendrá Dios, si tú mismo no te esfuerzas y pides a Dios".

Fueron unos ancianos donde estaba abba Antonio, e iba con ellos abba José. Los quiso probar el anciano y les propuso un pasaje de la Escritura preguntándoles su sentido, comenzando por los menores y uno a uno respondían según su capacidad. A cada uno de ellos decía el anciano: "No lo has encontrado todavía". Por último, le preguntó a abba José: "¿Qué dices tú acerca de esta palabra?". Respondió: "No sé". Dijo abba Antonio: «Abba José encontró el camino, pues dijo: "No sé"».

Unos hermanos fueron desde Escete para ver a abba Antonio, y al subir a una nave para dirigirse hasta él, hallaron un anciano que también quería ir. Los hermanos no lo conocían. Sentados entonces en la nave hablaban de las palabras de los Padres y de las Escrituras, y después, acerca de su trabajo manual. El anciano callaba. Cuando llegaron al puerto supieron que el anciano iba también a visitar a abba Antonio. Cuando llegaron adonde estaba él, les dijo (abba Antonio): "Tuvieron buena compañía, este anciano". Dijo después al anciano: "Encontraste buenos hermanos, padre". El anciano respondió: "Buenos son, en efecto, pero su casa no tiene puerta, y el que lo desee puede entrar en el establo y desatar el asno". Decía esto porque hablaban lo que les venía a la boca.

Fueron unos hermanos adonde estaba abba Antonio y le dijeron: "Dinos una palabra: ¿qué debemos hacer para salvarnos?". El anciano les dijo: "¿Oyeron la Escritura? Pues eso es bueno para ustedes". Le dijeron ellos: "Pero queremos escucharlo de ti, padre". Les dijo el anciano: "El Evangelio dice: Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra". Le respondieron: "No podemos hacer esto". Les dijo el anciano: "Si no pueden ofrecer la otra mejilla, al menos soporten que los golpeen en una". Le dijeron: "Tampoco podemos esto". Dijo el anciano: "Si no pueden esto, no devuelvan el mal que recibieron". Respondieron: "Tampoco podemos hacer esto". Dijo entonces el anciano a su discípulo: "Prepárales una papilla, porque están enfermos. Si no pueden hacer esto, ni quieren hacer lo otro, ¿qué puedo hacer yo por ustedes? Necesitan oraciones".

Un hermano que había renunciado al mundo y dado sus bienes a los pobres, había, sin embargo, conservado algo para sí. Fue a ver a abba Antonio. Enterado de todo ello, le dijo el anciano: “Si quieres llegar a ser monje, ve a esa aldea, compra carne y ponía sobre tu cuerpo desnudo y vuelve aquí”. Así lo hizo el hermano, y los perros y las aves lo lastimaban. Fue adonde estaba el anciano, quien le preguntó si había hecho lo que le había aconsejado. Cuando le hubo mostrado su cuerpo herido, le dijo el santo abba Antonio: “Los que renunciaron al mundo y quieren poseer riquezas, son despedazados así por los ataques de los demonios”.

Fue tentado un hermano en el cenobio de abba Elias. Expulsado de allí fue al monte donde estaba abba Antonio. Permaneció el hermano con él durante algún tiempo, y le envió después al cenobio del que había salido. Cuando lo vieron los hermanos, lo expulsaron de nuevo. Volvió el hermano a abba Antonio, diciendo: “No quisieron recibirme, padre”. Lo envió de nuevo el anciano diciendo: “La nave naufragó en el mar, perdió la carga y apenas si pudo salvarse llegando a tierra; pero ustedes quieren hundir aquello que logró salvarse en tierra”. Ellos, al oír que lo enviaba abba Antonio, lo recibieron en seguida.

Dijo abba Antonio: «Pienso que el cuerpo tiene un movimiento natural, adaptado a él, pero que no actúa si no lo quiere el alma; indica solamente en el cuerpo un movimiento sin pasión. Pero hay otro movimiento, que proviene de la alimentación y del abrigo del cuerpo por la comida y la bebida; es así que el calor de la sangre excita el cuerpo para la acción. Por ello dice el Apóstol: “No se embriaguen con vino, en el que está la impureza”. Y también el Señor en el Evangelio amonesta a los discípulos diciendo: “Miren que no se entorpezcan sus corazones con la crápula y la ebriedad”. Hay todavía otro movimiento para los que combaten, que procede de las trampas y la envidia de los demonios. Hay que saber, por tanto, que hay tres movimientos del cuerpo: uno es natural, el segundo viene de la abundancia de alimentos, el tercero viene de los demonios».

Dijo también: “Dios no permite que esta generación sea atacada como la de los antiguos, pues sabe que es débil y no puede resistir”.

Dijo abba Antonio: «Viene el tiempo en que se enloquecerán los hombres, y cuando vean a uno que no está loco, se volverán contra él, diciendo: “Estás loco”, porque no es semejante a ellos».

Dijo el mismo: “Deben tener siempre ante los ojos el temor de Dios. Acuérdense de quien da la muerte y la vida. Tengan odio al mundo y a todo lo que está en él. Renuncien a esta vida, para vivir para Dios. Recuerden lo que prometieron a Dios; eso es lo que se les pedirá en el día del juicio. Sufran el hambre, la sed, la desnudez, las vigilias; entristézcanse y lloren, giman en sus corazones; prueben si son dignos de Dios; desprecien la carne, para salvar sus almas”.

Tres padres tenían la costumbre de ir cada año a ver a abba Antonio y mientras dos lo interrogaban acerca de los pensamientos y la salvación del alma, el tercero callaba absolutamente y nada preguntaba. Después de mucho tiempo, le dijo abba Antonio: “Vienes desde hace tiempo y no me preguntas nada”. Le respondió diciendo: “Abba, me basta con verte”.

Un hermano en el cenobio fue acusado calumniosamente de fornicación, y levantándose fue adonde estaba abba Antonio. Los hermanos del cenobio fueron también para curarlo y llevarlo consigo, y trataron de convencerlo que había hecho aquello. Él, por el contrario, afirmaba: “No lo hice”. Estaba allí abba Pafnucio Céfalas, quien les dijo esta parábola: “Vi en el borde del río a un hombre, hundido en el fango hasta las rodillas, y fueron unos para darle la mano, y lo hundieron hasta el cuello”. Y les dijo abba Antonio acerca de abba Pafnucio: “Este es un hombre veraz, capaz de curar a las almas y salvarlas”. Movidos a arrepentimiento por las palabras de los ancianos, hicieron la metanía al hermano. Y amonestados por los Padres, recibieron al hermano en el cenobio.

Recibió abba Antonio una carta del emperador Constancio, invitándolo a ir a Constantinopla, y reflexionaba acerca de lo que debía hacer. Le preguntó a abba Pablo, su discípulo: “¿Debo ir?”. Y le respondió: “Si vas, te llamarás Antonio; si no vas, te llamarás abba Antonio”.

Dijo abba Antonio: “El que trabaja un bloque de hierro, observa primero en su pensamiento lo que desea hacer: una hoz, una espada o un hacha. De la misma manera, nosotros debemos pensar qué virtud buscamos, para no esforzarnos en vano”

También dijo: “La obediencia y la continencia someten las fieras a los hombres”.

Dijo también: «Conozco monjes que cayeron después de haber soportado mucho, y que llegaron al orgullo del alma porque esperaron en sus obras y desconocieron el mandato que dice: “Interroga a tu padre y él te enseñará”».

Dijo abba Antonio: “Ya no temo a Dios, sino que lo amo. En efecto, el amor expulsa el temor

Decían que uno de los ancianos rogó a Dios le concediese ver a los Padres, y los vio, excepto a abba Antonio. Le dijo al que se lo mostraba: “¿Dónde está abba Antonio?”. Le respondió: “En el mismo lugar en que está Dios, allí está”.

ABBA ARSENIO

Cuando abba Arsenio estaba todavía en el palacio, oró al Señor diciendo: “Señor, dirígeme por el camino de la salvación”. Y llegó hasta él una voz que le dijo: “Arsenio, huye de los hombres y serás salvo”.

Habiéndose retirado el mismo a la vida solitaria, oró de nuevo diciendo idénticas palabras. Y oyó una voz que le decía: “Arsenio, huye, calla, recógete, porque estas son las raíces de la impecabilidad”.

Los demonios rodearon a abba Arsenio, que estaba en su celda, y lo hostigaban. Llegaron los que asistían al anciano y, permaneciendo fuera de la celda, lo oyeron clamar a Dios con estas palabras: “Oh, Dios, no me abandones; nada bueno he hecho en tu presencia, pero concédeme según tu bondad que lo pueda comenzar”.

Decían del mismo, que así como ninguno en la corte se vestía mejor que él, ninguno llevaba ropas más vulgares en la iglesia.

Alguien dijo al bienaventurado Arsenio: "¿Cómo, es que nosotros no tenemos nada, con toda nuestra educación y sabiduría, mientras que estos campesinos y egipcios adquieren tantas virtudes?". Le respondió abba Arsenio: "Nosotros no sacamos nada de nuestra educación secular, pero estos campesinos y egipcios adquieren las virtudes por sus trabajos".

Pidió un hermano a abba Arsenio que le hiciera oír una palabra. El anciano le dijo: "En cuanto de ti dependa, esfuérzate para que tu trabajo interior sea de acuerdo a Dios, y vencerás las pasiones exteriores".

Dijo también: "Si buscamos a Dios, Él se manifestará a nosotros; y si lo retenemos, permanecerá con nosotros".

Alguien dijo a abba Arsenio: "Mis pensamientos me afligen, diciéndome: No puedes ayunar ni trabajar; visita al menos a los enfermos: también esto es caridad". El anciano, conociendo que era semilla sembrada por los demonios, le dijo: "Ve, come, bebe, duerme y no trabajes; pero no salgas de la celda". Porque sabía que la paciencia de la celda lleva al monje a observar su orden.

Dijo abba Marcos a abba Arsenio: "¿Por qué huyes de nosotros?". Le respondió el anciano: "Dios sabe que los amo, pero no puedo estar con Dios y con los hombres. Los millares y miríadas celestiales tienen una sola voluntad, pero los hombres muchas. No puedo entonces abandonar a Dios para estar con los hombres". Abba Daniel decía acerca de abba Arsenio, que pasaba la noche entera sin dormir, y cuando, al amanecer, la naturaleza lo obligaba a acostarse, decía al sueño: "Ven, servidor malo". Sentado, tomaba entonces, un corto sueño, y se levantaba en seguida.

Decía abba Arsenio que es suficiente para el monje dormir una hora, si es luchador.

Contaban los ancianos que un día distribuyeron en Escete unos higos secos. Como eran de poco valor, no le mandaron a abba Arsenio, para que no se ofendiese. El anciano, al saber lo sucedido, no acudió a la sinaxis, diciendo: "Me han excomulgado al no mandarme la eulogia que Dios envió a los hermanos, y que yo no fui digno de recibir". Lo supieron todos y aprovecharon sus almas por la humildad del anciano. El presbítero le llevó entonces los higos secos, y lo trajo con alegría a la sinaxis.

Decía también acerca del mismo abba Arsenio, que no cambiaba el agua de las palmas más que una vez al año, y para el resto solamente agregaba. Trenzaba una cuerda y tejía hasta la hora sexta. Los ancianos le suplicaron: "¿Por qué no cambias el agua de las palmas, que huele mal?". Él les dijo: "Es necesario que en lugar de los perfumes y aromas que utilizaba en el mundo, soporte este mal olor".

Decía también (abba Daniel) que cuando (abba Arsenio) oía que todas las clases de frutas estaban ya maduras, decía: “Tráiganmelas”, y tomaba una sola vez y un poquito de cada una, dando gracias a Dios.

Cayó una vez enfermo en Escete abba Arsenio. Le faltaba hasta un pedazo de tela de lino, y como no tenía con qué comprarlo, lo recibió de otro por caridad, y dijo: “Gracias te doy, Señor, porque me hiciste digno de recibir la caridad en tu Nombre”.

Decían que la distancia hasta su celda era de veintidós millas. No salía prontamente de ella, pues otros lo servían. Cuando fue devastada Escete, salió llorando y dijo: “El mundo ha perdido a Roma y los monjes a Escete”.

Preguntó abba Marcos a abba Arsenio: “¿Es bueno no tener consolación en la celda? Porque vi un hermano que tenía unas legumbres y las estaba arrancando”. Le respondió abba Arsenio: “Es bueno, pero según las fuerzas del hombre. Porque si no tiene fuerza para semejante práctica, pronto plantará otras”.

Dijo otra vez abba Arsenio a abba Alejandro: “Cuando hayas terminado de cortar tus ramas de palmera, ven a comer conmigo, pero si llegaran huéspedes, come con ellos”. Abba Alejandro trabajaba lentamente y con cuidado. Cuando llegó la hora, tenía todavía palmas, y queriendo cumplir la orden del anciano, esperó hasta concluir el trabajo. Abba Arsenio, al ver que se demoraba, comió, pensando que habían llegado visitantes (a su celda). Abba Alejandro, cuando hubo terminado su trabajo, hacia el atardecer, se puso en camino. Le dijo el anciano: “¿Tuviste visitas?”. Respondió: “No”; le dijo: “¿Por qué no viniste, entonces?”. Contestó: “Porque tú me dijiste: Cuando termines de cortar tus palmas, ven. Por guardar tu palabra no he venido hasta ahora, que terminé”. Se admiró el anciano de su exactitud, y le dijo: “Rompe el ayuno, pronto, para recitar el Oficio, y bebe tu ración de agua; de lo contrario pronto estará enfermo tu cuerpo”.

Contaba abba Daniel acerca de abba Arsenio que una vez fue donde él un magistrado, para llevarle el testamento de un senador de su familia, que le había dejado una cuantiosa herencia. Lo tomó y quiso desgarrarlo. El magistrado se echó a sus pies, diciendo: “Te ruego que no lo desgarres, porque me cortarán la cabeza”. Le dijo abba Arsenio: “Éste ha muerto ahora, yo he muerto antes que él”. Le devolvió el testamento y no quiso recibir nada.

Decían de él que, la tarde del sábado, al comenzar el domingo, dejaba el sol a su espalda y extendía sus manos hacia el cielo, en oración, hasta que nuevamente el sol iluminaba su rostro. Entonces, se sentaba.

Decían de abba Arsenio y de abba Teodoro de Ferme, que odiaban la gloria de los hombres más que los demás. Pues mientras abba Arsenio no veía fácilmente a nadie, abba Teodoro los veía, pero era como una espada.

Dijo abba Daniel: «Abba Arsenio nos contó, como tratándose de otro, pero en realidad se trataba de él, que estando un anciano en su celda, le llegó una voz que le dijo: “Ven, y te mostraré los trabajos de los hombres”. Se levantó y fue con él. Lo llevó a cierto lugar donde vio un negro cortando leña para formar un haz grande. Quería llevarlo, pero no podía, y en

lugar de quitar algunos leños, seguía cortando y lo agregaba al haz. Hizo esto muchas veces. Avanzando otro poco le mostró un hombre que estaba junto a un lago, del que sacaba agua y la echaba en un recipiente agujereado, y el agua volvía al lago. Después le dijo: “Ven, te mostraré otra cosa”. Y vio un templo y dos hombres montados a caballo y llevando un tirante de madera atravesado, el uno frente al otro, que intentaban pasar por la puerta, pero no podían, porque estaba atravesada la madera. Ninguno de ellos quiso ponerse atrás del otro, para llevar derecho el madero, y por eso quedaron fuera de la puerta. “Estos son, le dijo, los que llevan con soberbia el yugo de la justicia, y no se humillaron para corregirse y marchar por el camino humilde de Cristo; por eso, permanecen fuera del Reino de Dios. El que cortaba leña es un hombre lleno de pecados, que, en lugar de arrepentirse, agrega más iniquidades sobre sus pecados. Y el que sacaba agua, es un hombre que hace obras buenas, pero mezcladas con las malas, y por eso pierde también sus buenas obras. Es necesario que todo hombre vigile sobre su trabajo, para no esforzarse en vano”».

Decía el mismo: «Me llamó un día abba Arsenio y me dijo: “Conforta a tu padre, para que cuando vayas al Señor, él a su vez te conforte a ti, y tú te encuentres bien”».

Contaban de abba Arsenio que cuando estaba enfermo en Escete, el presbítero lo llevó a la iglesia y lo hizo acostar sobre un colchón con una pequeña almohada bajo la cabeza. Uno de los ancianos que fue a visitarlo, lo vio sobre un colchón y con la almohada bajo la cabeza, y escandalizado dijo: “¿Es éste abba Arsenio? ¿De este modo se acuesta?”. Lo llevó aparte el presbítero y le dijo: “¿Cuál era tu trabajo en la aldea?”. Respondió: “Era pastor”. Le preguntó: “¿Cómo vivías?”. Respondió: “Vivía con mucho sacrificio”. Le dijo: “¿Cómo vives ahora en la celda?”. Respondió: “Con mayor descanso”. Le dijo entonces el presbítero: ¿”Ves a abba Arsenio? Cuando estaba en el mundo era como el padre de los emperadores, y lo atendían miles de servidores con cinturones de oro, y llevando todos collares de oro y vestiduras de seda. Bajo sus pies había tapices preciosos. Tú eras pastor y no tenías en el mundo el descanso que tienes ahora; pero éste tenía en el mundo el lujo, y no lo tiene aquí. Mientras tú estás en la consolación, él sufre”. Al oír esto, se arrepintió y pidió perdón, diciendo: “Perdóname, padre, porque he pecado. En verdad, éste es el verdadero camino, que ha llevado a este hombre a la humildad; a mí, empero, me ha traído al descanso”. Y se alejó el anciano, después de recibir mucho provecho.

Decían que un hermano fue a ver a abba Arsenio, en Escete, y al llegar, pedía a los clérigos para verlo. Ellos le dijeron: “Descansa un poco, hermano, y lo verás”. Él respondió: “No tomaré nada antes de verlo”. Enviaron con él un hermano para que lo acompañase, porque su celda estaba distante. Llamaron a la puerta y entraron, y después de saludar al anciano se sentaron en silencio. Dijo el hermano de la iglesia (que lo había acompañado): “Me retiro, rueguen por mí”. El hermano extranjero, que no tenía confianza con el anciano, dijo al hermano: “Me voy contigo”. Y ambos salieron. Le pidió entonces: “Llévame también adonde está abba Moisés, el que fue ladrón”. Cuando llegaron a su celda, él los recibió con alegría y los despidió después de haberlos atendido. Le dijo el hermano que lo había acompañado: “Te he llevado a ver al extranjero y al egipcio. ¿Cuál de los dos te gustó más?”. Respondió: “Me gustó el egipcio”. Uno de los padres oyó esto, y oró a Dios diciendo: “Señor, muéstrame la solución: puesto que uno huye por tu Nombre y el otro, por tu Nombre, recibe con los brazos abiertos”. Y le fueron mostradas dos grandes naves sobre

el río, y vio a abba Arsenio y al Espíritu de Dios navegando en paz en una de ellas, y a abba Moisés con los ángeles de Dios navegando en la otra, alimentándolo con miel.

Decía abba Daniel: «Cuando estaba abba Arsenio a punto de morir, nos mandó decir: "No se preocupen en hacer ágapes (es decir caridad) por mí, porque si he hecho caridad la volveré a encontrar"».

Se decía de él que durante toda su vida, mientras estaba sentado para el trabajo manual, tenía un paño sobre el pecho (otros leen: una arruga en el pecho), por las lágrimas que caían de sus ojos. Cuando supo abba Pastor que había muerto, dijo llorando: "Bienaventurado eres, abba Arsenio, porque lloraste por ti en este mundo, porque el que no llora aquí, llorará eternamente más allá. Sea que lo hagamos aquí espontáneamente o allá por los tormentos, es imposible no llorar".

Acerca del mismo relataba abba Daniel: "Nunca quiso hablar sobre cuestión alguna de la Escritura, aunque podía hacerlo si hubiera querido. Tampoco escribía cartas con facilidad. Cuando, de tanto en tanto, venía a la iglesia, se sentaba detrás de una columna, para que no viesen su rostro ni ver él a los demás. Tenía un aspecto angelical, como Jacob. Totalmente canoso, era de cuerpo elegante, delgado. Llevaba una larga barba hasta la cintura. Las pestañas se le habían caído de tanto llorar. Era alto, pero encorvado en la vejez. Alcanzó los noventa y cinco años. Estuvo en el palacio de Teodosio el grande, de divina memoria, cuarenta años, haciendo de padre a los divinos Arcadio y Honorio; en Escete estuvo otros cuarenta años, diez en Troe sobre Babilonia, hacia Menfis, y tres en Canopo de Alejandría. Los dos últimos años regresó a Troe, donde murió, acabando su carrera en la paz y el temor de Dios, porque era un varón bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe. Me dejó su túnica de piel, su camisa de cilicio blanca y sus sandalias de hoja de palmera. Aunque soy indigno, los llevo para que me bendiga".

Fueron unos ancianos a ver a abba Arsenio, y le rogaron insistentemente que lo recibiese. Él les abrió la puerta, y ellos le pidieron que les hablase acerca de los que viven en la hesiquía y no se juntan con nadie. Le dijo el anciano: "Mientras la joven está en casa de su padre, muchos quieren casarse con ella. Pero cuando toma marido, ya no agrada a todos. Unos la desprecian, otros la alaban, y no es estimada como antes, cuando vivía oculta. Lo mismo vale para las cosas del alma; una vez que se divulgan, ya no pueden contentar a todos".

ABBA AGATÓN

Dijo abba Pedro, discípulo de abba Lot: «Estaba yo en una ocasión en la celda de abba Agatón, Y vino a él un hermano diciendo: "Quiero habitar con los hermanos; dime cómo he de vivir con ellos". El anciano le dijo: "Guarda durante todos los días de tu vida la condición de extranjero, como en el primer día que ingresaste, para no entrar en confianza con ellos". Le preguntó abba Macario: "¿Qué produce la confianza?". Respondió el anciano: "La confianza es semejante a un gran calor, del que todos huyen cuando lo encuentran, y que corrompe los frutos de los árboles". Abba Macario le dijo: "¿Tan dañina es la confianza?". Dijo abba Agatón: "No hay pasión más perjudicial que la confianza, porque ella engendra

las demás pasiones. Conviene, por tanto, al hombre esforzado no tener confianza, aunque esté solo en su celda. Yo conocí a un hermano que vivió largo tiempo en una celda, con un pequeño lecho, y que decía: 'Habría abandonado la celda, sin llegar a usar este lecho, si no me hubieran hablado de ella'. Este es el hombre laborioso y luchador"»

Decía abba Agatón: "El monje no debe permitir que la conciencia lo acuse de cosa alguna".

Decía también: "Sin la observancia de los mandamientos de Dios, el hombre no progresa ni siquiera en una sola virtud".

Decía también: "Nunca me he dormido teniendo algo contra alguien, y en cuanto dependió de mí, no he dejado que nadie se durmiese teniendo algo contra mí".

Decíase de abba Agatón que fueron a verlo algunos que habían oído acerca de su gran discreción. Para probar si se airaba, le dijeron: "¿Eres tú Agatón? Hemos oído que eras fornicador y soberbio". Respondió: "Sí, así es". Le dijeron: "¿Eres tú Agatón el charlatán?". Respondió: "Yo soy". Todavía le dijeron: "¿Eres tú Agatón el hereje?". Respondió: "No soy hereje". Le rogaban entonces, diciendo: "¿Dinos por qué, habiéndote llamado tantas cosas, lo toleraste, pero no aceptaste esto último?". Les respondió: "Aquello me lo atribuyo, porque aprovecha a mi alma, pero la herejía es separación de Dios, y yo no quiero alejarme de Dios". Al oír estas palabras admiraron su discreción y se alejaron edificados.

Contaban acerca de abba Agatón que durante largo tiempo estuvo edificando una celda con sus discípulos. Cuando la hubieron concluido, fueron a habitar en ella. Pero en la primera semana, vio allí algo que no era provechoso para él, y dijo a sus discípulos: "Levántense, vámonos de aquí". Se turbaron los discípulos y dijeron: "Si tenías el pensamiento en mudarnos de aquí, ¿para qué nos tomamos el trabajo de edificar la celda? Además, los hombres se escandalizarán, diciendo: Ya se mudan otra vez, estos vagos". Al ver su pusilanimidad, les dijo (abba Agatón): "Si algunos se escandalizarán, otros, en cambio, se edificarán, diciendo: Bienaventurados estos que emigran por Dios, y dejan de lado todas las demás cosas. El que quiera venir, que venga, porque yo me retiro". Entonces ellos se postraron en tierra, suplicándole, hasta que les permitió marcharse con él.

Preguntaron a abba Agatón qué es más importante: el trabajo corporal o la custodia interior. Dijo el anciano: "El hombre se parece a un árbol; el trabajo corporal son las hojas, la custodia interior el fruto. Según la Escritura todo árbol que no produce fruto será cortado y echado al fuego, por lo que es claro que todo nuestro esfuerzo se refiere al fruto, es decir a la custodia del alma. También tenemos necesidad de la protección y el adorno de las hojas, que son el trabajo corporal".

e preguntaron también los hermanos: "¿Entre todas las virtudes cuál exige mayor esfuerzo?". Les dijo: "Perdónenme, creo que no hay trabajo igual al de orar a Dios. Cada vez que el hombre quiere orar, los enemigos se esfuerzan por impedírselo, porque saben que sólo los detiene la oración a Dios. En toda obra buena que emprenda el hombre, llegará al descanso si persevera en ella, pero en la oración se necesita combatir hasta el último suspiro"

Caminaba él con sus discípulos, y uno de ellos encontró una arveja verde. Le preguntó al anciano: “Padre, ¿no me dices que la tome?”. Lo miró asombrado el anciano y le dijo: “¿Tú la pusiste allí?”. Respondió el hermano: “No”. El anciano le dijo: “¿Cómo deseas tomar lo que tú no pusiste?”.

Interrogó un hermano al anciano: “Recibí una orden, pero hay una tentación en lo mandado. Quiero cumplirla, pero temo la tentación”. Le dijo el anciano: “Si se tratase de Agatón, cumpliría el mandato y vencería la tentación”.

Se decía de abba Agatón que durante tres años llevó una piedra en la boca, hasta guardar el silencio.

Decían de él y de abba Amún que cuando vendían un objeto decían el precio una sola vez, y aceptaban con silencio y calma lo que querían darles. Cuando eran ellos los que compraban, daban en silencio lo que les pedían y, sin decir nada, tomaban el objeto.

El mismo, cuando veía alguna cosa y su espíritu quería emitir un juicio, le decía: “Agatón, no hagas eso”. Y de esta manera su espíritu estaba en paz.

Decía el mismo: “Aunque el iracundo resucitase a un muerto, no es agradable a Dios”.

Un hermano interrogó a abba Agatón acerca de la fornicación. Le dijo: “Ve, pon delante de Dios tu debilidad y tendrás descanso”.

Dijo abba Agatón: “Si supiese de alguien que me es muy querido pero me lleva al pecado, lo alejaría de mí”.

Dijo también: “Conviene al hombre estar atento a toda hora al juicio de Dios”.

Dijo abba José a los hermanos que hablaban acerca de la caridad: “¿Sabemos nosotros qué es la caridad?”. Y les contó sobre abba Agatón, el cual tenía solo un cuchillo, y que al recibir una vez a un hermano, después de saludarlo, no lo dejó marchar sin que llevase consigo ese cuchillo.

Dijo abba Agatón: “Si fuera posible hallar a un leproso a quien darle mi cuerpo y recibir en cambio el suyo, lo haría con gusto. Esta es la verdadera caridad”.

Se decía también de él que una vez fue a la ciudad a vender sus productos, y encontró a un hombre extranjero que yacía enfermo en la calle y no tenía quien lo cuidase. Permaneció el anciano con él, alquiló una habitación que pagó con el precio de su trabajo, dedicando el resto de su dinero a las necesidades del enfermo. Así estuvo cuatro meses, hasta que el enfermo curó y el anciano volvió entonces en paz a su celda.

Relataba abba Daniel: «Antes que abba Arsenio viniese donde mis padres (abba Alejandro y abba Zoilo), habitaban éstos con abba Agatón. Abba Agatón amaba a abba Alejandro porque era asceta y discreto. Fueron en una ocasión todos los discípulos a lavar los juncos en el río, pero abba Alejandro lavaba con mesura. Los demás hermanos dijeron al anciano: “El hermano Alejandro no hace nada”. Deseando curarlos, le dijo (abba Agatón): “Hermano

Alejandro, lávalos bien, porque son de lino". Al oírlo, se entristeció. Pero el anciano lo consoló después, diciendo: ¿Acaso no sabía yo que estabas haciendo bien? Pero dije eso delante de los demás para curar su mal pensamiento con tu obediencia, hermano"».

Decían de abba Agatón que se esforzaba por cumplir todo lo mandado. Si viajaba en una nave, era el primero en remar; si lo recibían los hermanos, después de la oración era su mano la que preparaba la mesa. Estaba lleno del amor de Dios. Cuando se acercaba el momento de su muerte, permaneció tres días con los ojos abiertos, sin moverlos. Lo animaron los hermanos, diciendo: "Abba Agatón, ¿dónde estás?". Les respondió: "Estoy delante del juicio de Dios". Le dijeron: "¿Tú también temes, abba?". Les dijo: "He hecho cuanto he podido por cumplir los mandamientos de Dios. Pero soy hombre ¿cómo sabré si mi esfuerzo ha agradado a Dios?". Los hermanos le dijeron: "¿No confías en el trabajo que hiciste para Dios?". El anciano respondió: "No confío, hasta que no vea a Dios. Porque es diferente el juicio de Dios del de los hombres". Quisieron preguntarle más, pero les dijo: "Háganme la caridad, no me hablen más porque estoy ocupado". Y partió con alegría. Lo vieron irse como quien saluda a sus amigos y seres queridos. En todo guardaba la vigilancia, y decía: "Sin gran custodia no alcanza el hombre una sola virtud".

Entró una vez abba Agatón en la ciudad para vender algunos objetos, y encontró en el camino a un leproso. El leproso le dijo: "¿Adonde vas?". Le respondió abba Agatón: "A la ciudad a vender los objetos". Le dijo: "Hazme la caridad y llévame hasta allí". Lo alzó y lo llevó a la ciudad. Entonces le dijo: "Déjame donde sueles vender tus artículos". Así lo hizo. Cuando vendió uno, le dijo el leproso: "¿Cuánto has vendido?". Respondió: "Tanto". Le dijo entonces: "Cómprame un dulce". Y se lo compró. Cuando hubo vendido todo lo que había llevado y quería ya irse, el leproso le preguntó: "¿Te vas?". Respondió: "Sí". Le dijo entonces: "Haz nuevamente una caridad y llévame al lugar donde me encontraste". Lo levantó y lo dejó en ese lugar. Entonces le dijo (el leproso): "Bendito seas, Agatón, por el Señor en los cielos y en la tierra". Levantó los ojos y no vio a nadie. Era un ángel del Señor que había sido enviado para probarlo.

ABBA AMMONAS

Interrogó un hermano a abba Ammonas, diciendo: "Dime una palabra". El anciano le dijo: «Ve, haz tu pensamiento como el de los reos en la cárcel. Ellos, en efecto, preguntan siempre a los hombres dónde está el jefe y cuándo vendrá, y suspiran por su venida. Del mismo modo, el monje debe siempre esperar y acusar a su alma diciendo: "¡Ay de mí! ¿Cómo podré presentarme al tribunal de Cristo? ¿Cómo ejerceré mi defensa?". Si meditas esto continuamente, podrás salvarte».

Unos hermanos sufrieron una tribulación en el lugar en que habitaban, y deseando abandonarlo acudieron adonde estaba abba Ammonas. El anciano estaba sobre, una barca, y al verlos caminando por la costa del río dijo a los marineros: "Déjenme en tierra". Llamando a los hermanos les habló así: "Yo soy Ammonas, a quien querían ver". Consolando sus corazones, los hizo regresar al lugar de donde habían partido. La dificultad no procedía del alma, sino que era una aflicción humana.

Quería en una ocasión abba Ammonas atravesar el río, y al ver preparado el trasbordador, subió y se sentó en él. Había otra barca que cruzaba por el mismo sitio, y llevaba pasajeros. Le dijeron: “Ven tú también, abba; atraviesa con nosotros”. Él les dijo: “No subiré sino en un trasbordador público”. Tenía un ramo de hojas de palma, y estaba sentado tejiendo y deshaciendo y tejiendo nuevamente, durante el tiempo que permaneció en el trasbordador. Así atravesó el río. Los hermanos le preguntaron, haciendo una metanía : “¿Por qué has hecho esto?”. El anciano les dijo: “Para marchar sin ninguna preocupación del espíritu. Pero esto es un ejemplo, para que hagamos en paz el camino hacia Dios”.

Fue una vez abba Ammonas a visitar a abba Antonio y perdió el camino. Se sentó y durmió un rato, y levantándose del sueño oró a Dios diciendo: “Te pido, Señor y Dios mío, no pierdas a tu criatura”. Se le apareció una como mano de hombre suspendida en el cielo, mostrándole el camino, hasta que llegó a la cueva de abba Antonio y se detuvo frente a ella.

Al mismo abba Ammonas predijo abba Antonio que progresaría en el temor de Dios. Lo llevó fuera de la celda y, mostrándole una piedra, le dijo: “Injuria a esa piedra y golpéala”. Así lo hizo. Le preguntó abba Antonio: “¿Habló la piedra? “. Respondió: “No”. Abba Antonio le dijo: “También tú llegarás a esta medida”. Y así sucedió. De tal manera adelantó abba Ammonas que, por su gran bondad, no conocía la malicia. Cuando fue hecho obispo le presentaron una joven encinta diciendo: “Ella ha hecho esto, castígala”. Pero él hizo la señal de la cruz sobre el vientre de la joven y mandó que le diesen seis pares de sábanas, diciendo: “No suceda que, llegado el parto, muera ella o el niño, y no encuentren para la sepultura”. Los que acusaban a la mujer le dijeron: “¿Por qué has hecho esto? ¡Castígala!”. Les respondió: “Miren, hermanos, que está cerca la muerte, ¿qué debo hacer yo?”. Los despidió, y no se atrevió ningún anciano a condenar a nadie.

Contaban de él que fueron algunos que debían ser juzgados por él. El anciano se hacía el loco. Una mujer que estaba allí cerca dijo: “Este viejo está loco”. Al oírla el anciano llamó a la mujer y le dijo: “¡Cuánto he debido esforzarme en los desiertos para adquirir esta locura, y hoy tengo que perderla por tu culpa!”.

Fue una vez abba Ammonas a comer a un lugar donde habitaba un hombre de mala reputación. Sucedió que llegó una mujer y entró en la celda del hermano de mala fama. Sus vecinos, al saberlo, se turbaron, y se reunieron para expulsarlo de la celda. Supieron entonces que se encontraba allí el obispo Ammonas, y fueron a pedirle que se uniera a ellos. Cuando el hermano lo supo, tomó a la mujer y la escondió en un tonel. Al llegar con la muchedumbre, abba Ammonas sabía lo sucedido, pero lo disimuló por Dios. Entró y sentándose sobre el tonel, mandó revisar la celda. Después de que hubieron buscado por todas partes sin encontrar a la mujer, dijo abba Ammonas: “¿Qué es esto? Dios los perdone”. Después de orar los hizo marcharse, y tomando la mano del hermano, le dijo: “Hermano, cuídate”. Y dichas estas palabras se retiró.

Preguntaron a abba Ammonas sobre el camino angosto y duro, y respondió: “El camino angosto y duro es este: obligar a sus pensamientos y cortar las voluntades propias por Dios. Esto es también aquello de: Hemos dejado todo y te hemos seguido

ABBA AQUILES

Fueron tres ancianos a visitar a abba Aquiles, y uno de ellos tenía mala reputación. Uno de los ancianos le dijo: “Abba, hazme una red”. Le respondió: “No lo haré”. Otro le dijo: “Hazlo, por caridad, para que tengamos un recuerdo tuyo en el monasterio”. Respondió. “No tengo tiempo”. El tercero, el que tenía mala reputación, dijo: “Hazme una red, para tener algo salido de tus manos, abba”. Le respondió en seguida, diciendo: “La haré para ti”. Los otros dos ancianos le dijeron aparte: «¿Por qué cuando te lo pedimos nosotros no quisiste hacerlo, y a éste le dices: “La haré para ti?”». El anciano respondió: «Les dije: “No lo haré, y no se entristezcan, pensando que yo no tendría tiempo”; pero si yo no lo hiciera para este otro, diría: “Es porque el anciano ha oído hablar de mi falta que no quiere hacerlo”. En seguida cortamos la cuerda. Desperté su alma, para que no la consumiese la tristeza

Fue un anciano a visitar a abba Aquiles. Vio que salía sangre de su boca y te preguntó: “¿Qué es esto, abba?”. El anciano respondió: “La palabra de un hermano me entristeció, y luché para no decírselo. Rogué a Dios que la quitase de mí, y mí pensamiento se convirtió en sangre en mi boca. Lo escupí, y ahora estoy tranquilo y he olvidado la pena”.

Dijo abba Amoes: «Fuimos abba Bitimio y yo adonde estaba abba Aquiles, y le oímos meditar esta frase: Jacob, no temas bajar a Egipto. Estuvo mucho tiempo meditando esta frase. Cuando llamamos nos abrió y nos preguntó: “¿De dónde son?”. Tuvimos miedo de decirle que veníamos de Kellia, y dijimos: “De la montaña de Nitria”. Dijo: “¿Qué puedo hacer por ustedes, que son de tan lejos?”. Y nos hizo entrar. Lo encontramos trabajando por la noche y haciendo muchas esteras. Le rogamos que nos dijera una palabra. Él dijo: “Desde el atardecer hasta este momento he tejido veinte medidas (de seis pies), y no tengo necesidad de ello. Pero es para que no se indigne Dios y me acuse, diciendo: ‘¿Cómo es que, pudiendo trabajar, no trabajas?’. Por eso me esfuerzo y hago todo lo que puedo”. Y nos retiramos edificados».

ABBA ANUB

Dijo abba Anub: “Desde que el nombre de Cristo fue pronunciado sobre mí no ha salido una mentira de mi boca”

Abba Juan contaba que abba Anub y abba Pastor, con los restantes hermanos, nacidos del mismo vientre y que se habían hecho monjes en Escete, partieron cuando vinieron los maniqueos y lo devastaron la primera vez, y se retiraron a un lugar llamado Terenutis hasta decidir dónde les convenía habitar. Y permanecieron allí algunos días en un antiguo templo. Dijo abba Anub a abba Pastor: “Hazme la caridad, tú y cada uno de los hermanos habiten solos y separadamente, sin encontrarnos en toda la semana”. Respondió abba Pastor:

“Haremos como tú quieres”. Y lo hicieron así. Había en el templo un ídolo de piedra. Todas las mañanas el anciano abba Anub se levantaba al amanecer y tiraba piedras al rostro del ídolo, y por la tarde le decía: “Perdóname”. Pasó la semana haciendo esto. Al fin, el sábado se reunieron y abba Pastor preguntó a abba Anub: “Te he visto apedrear durante toda la semana el rostro de la estatua, abba, y pedirle después perdón, si eres hombre de fe ¿cómo haces eso?”. Le respondió el anciano: “Esto lo hice por ustedes. Me vieron echar piedras al rostro de la imagen ¿acaso habló o se enojó?”. Abba Pastor dijo: “No”. «Y después, cuando me postré en una metanía, ¿acaso se turbó y dijo: “No te perdono?”». Abba Pastor dijo: “No”. El anciano le dijo entonces: “Nosotros somos siete hermanos. Si quieren que habitemos juntos hemos de ser como esta estatua, que no se turba así se la insulte o se la alabe. Pero si no quieren vivir de este modo, hay cuatro puertas en el templo. Vaya cada uno adonde le plazca”. Todos se echaron por tierra diciendo a abba Anub: “Haremos como tú dices, abba, y obedeceremos lo que nos mandes”. Dijo abba Pastor: «Permanecimos juntos todo el tiempo, haciendo la palabra que nos decía el anciano. Puso él a uno de nosotros como ecónomo, y lo que nos daba, eso comíamos, y ninguno podía decir: “Tráenos otra cosa”, o: “No podemos comer de esto”. Pasamos de este modo todo nuestro tiempo en la quietud y la paz».

ABBA ABRAHAM

Contaban acerca de un anciano que pasó cincuenta años sin comer pan ni beber vino fácilmente, y que decía: “He matado a la fornicación, a la avaricia y a la vanagloria”. Al oír que hablaba de este modo, fue abba Abraham a verlo y le dijo: “¿Dijiste tú tales cosas?”. Respondió: “Sí”. Abba Abraham le dijo: “Mira, si entras en tu celda y encuentras una mujer sobre tu lecho, ¿puedes acaso pensar que no es una mujer?”. Respondió: “No, pero lucharé contra mi pensamiento, para no tocarla”. Le dijo abba Abraham: “No la has muerto, entonces, sino que todavía vive en ti la pasión, pero está atada. Imagina también que pasando ves oro entre piedras y ladrillos, ¿puede tu pensamiento considerarlo como si fueran del mismo valor?”. Respondió: “No, pero lucharé contra el pensamiento, para no recogerlo”. El anciano le dijo: “Vive (la pasión), pero está atada.” Le dijo abba Abraham: “Si oyes de dos hermanos, que el uno te ama y el otro te odia y habla mal de ti, y sucede que vienen ambos a verte, ¿recibirás a los dos del mismo modo?”. Dijo: “No, pero lucharé contra el pensamiento para obrar bien tanto con el que me odia como con el que me ama”. Le dijo abba Abraham: “Viven entonces las pasiones, y son solamente sojuzgadas por los santos”

Relató abba Abraham de un monje de Escete que era escriba y no comía pan. Un hermano fue a verlo, y le rogaba que le copiase un libro. El anciano, que tenía su espíritu en la contemplación, lo escribió omitiendo frases y sin puntuación. El hermano, al tomar el libro, vio que le faltaban frases y dijo al anciano: “Abba, faltan frases”. El anciano le respondió: “Vete, y pon primero en práctica las que están escritas, y después ven y te escribiré las que faltan”.

Fue abba Abraham donde abba Ares, y cuando se hubieron sentado llegó un hermano para ver al anciano, y le dijo: “Dime qué debo hacer para salvarme”. Él le respondió: “Ve y

haz esto durante un año: come al atardecer pan con sal, y ven otra vez entonces y hablaré contigo". Así lo hizo. Al cumplirse el año, fue nuevamente el hermano adonde estaba abba Ares. Se encontraba allí abba Abraham. Nuevamente le dijo el anciano al hermano: "Ve, y durante este año ayuna día por medio". Cuando el hermano se hubo retirado, dijo abba Abraham a abba Ares: "¿Por qué impones a todos los hermanos un yugo liviano, pero a éste infliges un fuerte peso?". Le respondió el anciano: "Los hermanos según lo que buscan oír, se van, pero éste viene a escuchar la palabra de Dios.

ABBA BESARION

Dijo abba Dulas, discípulo de abba Besarión: «Yendo una vez hacia la costa del mar, tuve sed, y dije a abba Besarión: Abba, tengo mucha sed. El anciano hizo oración y me dijo: "Bebe del agua del mar". El agua se endulzó y bebí. Recogí algo más en un recipiente, por si tenía nuevamente sed. Lo vio el anciano y me dijo: "¿Por qué la recogiste?". Le respondió: "Perdóname, pero era por si tenía sed otra vez". Dijo entonces el anciano: "Dios está aquí y en todas partes"

Un hermano, que había pecado, era expulsado de la iglesia por el presbítero. Abba Besarión, levantándose, salió con él diciendo: "También yo soy pecador".

Dijo el mismo: "Si estás en paz y no tienes que luchar, entonces humíllate más, no sea que nos elevemos por una alegría que viene de afuera, y caigamos en la lucha. Porque a menudo Dios no permite que seamos entregados a los combates, a causa de nuestra debilidad, para que no perezcamos".

Un hermano que vivía con otros hermanos preguntó a abba Besarión: "¿Qué he de hacer?". Le respondió el anciano: "Calla, y no te midas a ti mismo".

Decía al morir abba Besarión: "El monje debe ser como los querubines y serafines: todo ojo".

Contaban los discípulos de abba Besarión que su vida fue como la de un pájaro del aire, o de un pez o animal terrestre, puesto que pasó todo el tiempo de su vida sin molestia ni inquietud. No tenía preocupación por la casa ni el deseo de un lugar pareció poseer su espíritu, así como tampoco la abundancia de alimentos, la posesión de viviendas ni la frecuentación de libros, sino que parecía totalmente libre de las pasiones del cuerpo, alimentándose con la esperanza de las cosas futuras, fortalecido con la firmeza de la fe, paciente como un prisionero que es llevado de aquí para allá, permaneciendo en el frío, la desnudez, y quemado por el ardor del sol, siempre al aire libre. Se desgarraba en los precipicios de los desiertos como un vagabundo, y a veces le pareció bien dejarse llevar como sobre el mar a regiones distantes y desoladas.

ABBA BENJAMÍN

Abba Benjamín dijo a sus hijos al morir: “Hagan esto y se salvarán: alégrense siempre; oren incesantemente; en todo den gracias”.

Dijo el mismo: “Vayan por la vía regia; recorran las etapas y no sean mezquinos”.

ABBA GELASIO

Decían acerca de abba Gelasio que tenía un libro en cuero, valuado en dieciocho monedas, en el que estaba escrito todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, y quedaba en la iglesia para que lo leyese aquél de los hermanos que quisiera hacerlo. Vino un hermano extranjero para visitar al anciano, y al ver el códice, deseó tenerlo y, robándolo, se marchó. El anciano no fue en su seguimiento, aunque entendió la cosa. Entretanto, fue el otro a la ciudad y buscaba venderlo, y encontró a uno que lo quería comprar, y le pidió dieciséis monedas. Pero el comprador le dijo: “Dámelo antes, para hacerlo ver, y después te pagaré”. Se lo dio, y él lo tomó y lo llevó a abba Gelasio para que lo viera y se pronunciase sobre el precio que pedía el vendedor. El anciano le dijo: “Cómpralo, porque es bueno y vale el precio que dijiste”. Fue el hombre y al vendedor le dijo otra cosa, no lo que hablara el anciano: “Le mostré el libro a abba Gelasio, y me dijo que es demasiado, porque no vale el precio que dijiste”. Al oírlo le preguntó: “¿El anciano no dijo nada más?”. Respondió: “No”. Le dijo entonces: “Ya no quiero venderlo”. Arrepentido, fue a pedir perdón al anciano, y le rogó que aceptase el códice. El anciano no lo quería recibir. Le dijo entonces el hermano: “Si no lo tomas, yo no tendré paz”. Le respondió el anciano: “Si no vas a tener paz, entonces lo acepto”. Y el hermano permaneció en ese lugar hasta su muerte, edificado por la obra del anciano.

Acerca del mismo se decía que en su juventud profesó vida pobre y solitaria. Había entonces muchos otros hombres en ese lugar, que habían abrazado con él la misma vida. Entre ellos se encontraba un anciano, de suma simplicidad y pobre, que habitaba en una celda apartada hasta su muerte, aunque tuvo un discípulo en la vejez. La ascesis de este hombre era no poseer dos túnicas, ni preocuparse con sus compañeros por el mañana, aun hasta la muerte. Cuando abba Gelasio comenzó, con la ayuda divina, a constituir su cenobio, le donaban muchos terrenos, y adquirió las bestias de carga y los bueyes necesarios para el monasterio. El mismo que reveló, en el comienzo, al divino Pacomio que organizaría un cenobio, también aquí le prestó su ayuda para toda la organización del monasterio. El anciano, viéndolo en estas cosas, y deseando salvar la caridad fraterna que por él sentía, le dijo: “Temo, abba Gelasio, que tu espíritu se ate a los campos y a las demás posesiones del cenobio”. Y le respondió: “Más atado está tu espíritu a la aguja con que trabajas que el espíritu de Gelasio a sus bienes”.

ABBA DANIEL

Decían acerca de abba Daniel que cuando llegaron a Escete los bárbaros, huyeron los Padres, y dijo el anciano: “Si Dios no me protege, ¿para quién vivo entonces?”. Y pasó en medio de los bárbaros, que no lo vieron. Se dijo entonces: “Dios me ha protegido y no he muerto. Haz tú también lo de los hombres y huye como los Padres”.

Dijo abba Daniel: «Había en Babilonia una hija de un notable que estaba poseída por un demonio. El padre tenía gran afecto por un monje, el cual le dijo: “Nadie puede curar a tu hija sino los solitarios que yo conozco, pero si les pides a ellos no aceptarán hacerlo, por humildad. Hagamos más bien esto: cuando vengan a la plaza, haz como los que desean comprar sus canastos, y cuando se presenten para recibir su precio les diremos que hagan oración, y confío que sanará”. Saliendo pues a la plaza encontraron a uno de los discípulos de los ancianos que estaba sentado vendiendo sus canastos, y lo llevaron con sus canastos como para recibir su precio. Cuando el monje llegó a la casa, salió la endemoniada y le dio una bofetada. Él le ofreció la otra mejilla, según el mandamiento del Señor, y el demonio, dolorido, gritó: “¡Oh violencia! ¡El mandato del Señor me expulsa!”. Quedó en seguida limpia la mujer. Cuando llegaron los ancianos les anunciaron lo sucedido. Ellos glorificaron a Dios y decían: “Es normal que la soberbia del diablo caiga por la humildad del mandamiento de Cristo”».

Dijo otra vez abba Daniel: “Cuanto el cuerpo se fortalece, se debilita el alma, y cuanto disminuye el cuerpo, se fortalece el alma”.

Caminaban una vez abba Daniel y abba Amoes. Y abba Amoes dijo. “¿Cuándo estaremos nosotros también sentados en la celda, padre?”. Le dijo abba Daniel: “¿Quién nos quita a Dios ahora? Dios está en la celda, y también afuera está Dios”.

Contaba abba Daniel: «Cuando estaba abba Arsenio en Escete había allí un monje que robaba los objetos que poseían los ancianos. Abba Arsenio lo tomó en su celda, deseando ganárselo y dar tranquilidad a los ancianos, y le dijo: “Te daré lo que quieras, pero no robes”. Le dio oro, dinero, vestidos, y todo lo que necesitaba. Pero él salía y seguía robando. Los ancianos entonces, viendo que no se aquietaba, lo expulsaron, diciendo: “Si un hermano tiene la enfermedad del pecado, es necesario soportarlo, pero si roba expúlsenlo, porque perjudica a su alma y molesta a todos los que están en ese lugar”».

Abba Daniel de Larán contaba: «Dijo nuestro padre abba Arsenio acerca de un escetiota, que era grande en las obras pero simple en la fe. A causa de su simplicidad se engañaba, diciendo: “No es realmente el cuerpo de Cristo lo que recibimos, sino una figura”. Supieron los ancianos que decía esto, y conociendo que era grande en la vida pensaron que hablaba de esa manera sin malicia, sino por simplicidad, y fueron adonde estaba él y le dijeron: “Abba, hemos oído acerca de una palabra contraria a la fe de uno que dice que el pan que recibimos no es verdaderamente el cuerpo de Cristo sino una figura”. Dijo el anciano: “Yo soy el que ha dicho eso”. Ellos lo amonestaron diciendo: “No sostengas eso, abba, sino lo que enseña la Iglesia Católica. Nosotros creemos que este mismo pan es el cuerpo de

Cristo y que esta bebida es la sangre de Cristo, verdaderamente, y no una figura. Como en el principio tomó polvo de la tierra y plasmó al hombre a su imagen, y nadie puede decir que no es la imagen de Dios, aunque sea incomprensible, así este pan del que dijo: 'Es mi cuerpo', creemos que es verdaderamente el cuerpo de Cristo". Dijo el anciano: "Si no me convence la cosa misma, no creeré". Le dijeron: "Roguemos a Dios durante esta semana acerca de este misterio, y confiamos que Dios nos lo revelará". El anciano recibió con alegría la palabra, y oraba a Dios diciendo: "Señor, tú sabes que no es por maldad que no creo; pero si es por ignorancia que me engaño, revélamelo, Señor Jesucristo". Se retiraron los ancianos a sus celdas, y rogaban también ellos a Dios, diciendo: "Señor Jesucristo, revela al anciano este misterio para que crea y no pierda su esfuerzo". Y los oyó Dios. Se cumplió la semana y fueron a la iglesia el domingo, y se pusieron los tres juntos sobre una misma alfombra, el anciano en el medio. Se les abrieron los ojos, y cuando se puso el pan sobre la sagrada mesa, se les apareció a los tres, y sólo a ellos, un niño. Cuando el presbítero extendió la mano para partir el pan, bajó del cielo un ángel del Señor con una espada y tocó al niño, y vació su sangre en el cáliz. Cuando el presbítero partía el pan en pequeñas partículas, también el ángel cortaba al niño en pequeños pedazos. Y cuando fueron a recibir los sagrados misterios, solamente al anciano se le dio carne ensangrentada, y al verlo temió, y exclamó diciendo: "Creo, Señor, que el pan es tu cuerpo y la bebida es tu sangre". Y en seguida, la carne que tenía en la mano se volvió pan, conforme al sacramento, y lo consumió dando gracias a Dios. Le dijeron los ancianos: "Dios conoce la naturaleza humana, y sabe que no puede comer carne cruda, por eso transformó su cuerpo en pan y su sangre en vino para los que lo reciben con fe". Y agradecieron a Dios por el anciano, porque no permitió que pereciesen sus trabajos. Y se volvieron los tres con alegría a sus celdas».

ABBA DIÓSCORO

Dijeron acerca de abba Dióscoro, el de Najiaste, que su pan era de cebada y lentejas. Al principio de cada año se proponía una práctica, diciendo: "No veré a nadie este año, o no hablaré, o no comeré nada cocido, o no comeré frutas ni legumbres". Y en todas sus obras hacía así; y cuando terminaba una, comenzaba otra, y cada año hacía de esta manera.

Preguntó un hermano a abba Pastor: "Me entristecen los pensamientos, haciéndome dejar de lado los pecados para fijarme en los defectos de mi hermano". Y el anciano le contó que abba Dióscoro estaba una vez en la celda llorando por sí mismo. Su discípulo residía en otra celda. Cuando acudió al anciano lo encontró llorando, y le dijo: "Padre, ¿por qué lloras?". El anciano le dijo: "Lloro mis pecados". Le dijo su discípulo: "No tienes pecados, padre". Le respondió el anciano: "En verdad, hijo, si me permitieran ver mis pecados no bastarían otros tres o cuatro para llorarlos".

SAN EFRÉN

Era todavía niño abba Efrén, y tuvo una visión: Había nacido una viña en su lengua, creció y llenó todo lo que estaba bajo el cielo, y dio abundante fruto. Acudieron todos los pájaros del cielo y comieron del fruto de la viña, y a pesar de ello, aumentó su fruto.

Otra vez vio uno de los santos en una visión que una formación de ángeles descendía del cielo, por mandato de Dios, y llevaban en sus manos un volumen escrito por dentro y por fuera, y se decían unos a otros: "¿A quién tenemos que entregar esto?". Respondían diciendo: "Hay santos y justos que lo son en verdad, pero nadie puede recibirlo sino sólo Efrén". Y vio el anciano que entregaron el volumen a Efrén. Por la mañana, al levantarse, oyó a Efrén, como que una fuente manase de su boca, y comprendió que lo que salía de los labios de Efrén procedía del Espíritu Santo.

Otra vez, pasando Efrén, vino una meretriz a persuadirlo con sus halagos a un torpe comercio, o al menos a provocarlo a ira, porque nadie le había visto airado. Él le dijo: "Sígueme". Y cuando hubieron llegado a un lugar frecuentado le dijo: "Ven, en este lugar será lo que deseas". Ella, al ver a la multitud, dijo: "¿Cómo podremos hacerlo sin vergüenza en presencia de esta multitud?". Él respondió: "Si tenemos vergüenza de los hombres, cuánto más debemos avergonzarnos de Dios, que conoce lo oculto de las tinieblas". Ella, confundida, se retiró sin hacer nada.

EUCARISTO, SEGLAR

Dos padres rogaron a Dios que les revelara qué medida habían alcanzado. Y llegó hasta ellos una voz que decía: "En un lugar de Egipto hay un secular llamado Eucaristo, y su mujer se llama María. Todavía no han llegado ustedes a su medida". Se levantaron los dos ancianos y llegaron a la aldea, y preguntando encontraron su habitación, y en ella a su mujer. Le dijeron: "¿Dónde está tu marido?". Respondió ella: "Es pastor, y está apacentando las ovejas". Los hizo entrar en su celda. Al atardecer llegó Eucaristo con las ovejas, y al ver a los ancianos preparó la mesa para ellos, y trajo agua para que se lavaran los pies. Los ancianos le dijeron: "No gustaremos de esto si no nos dices cuál es tu obra". Respondió Eucaristo con humildad: "Soy pastor, y esta es mi mujer". Los ancianos insistían rogándole, pero él no quería hablar. Le dijeron: "Dios nos ha mandado a ti". Al oír esta palabra, temió y les dijo: "Estas ovejas las hemos recibido de nuestros padres, y si, por la misericordia del Señor, aumentan, hacemos tres partes: una para los pobres, otra para la hospitalidad y la tercera para nuestras necesidades. Desde que tomé mujer no hemos tenido relación; ella es virgen. Cada uno duerme por separado. De noche llevamos cilicios y de día nuestros vestidos. Hasta ahora nadie ha sabido esto". Al oírlo se admiraron, y se retiraron glorificando a Dios.

ABBA EUPREPIO

Dijo abba Euprepio: “Seguro de que Dios es fiel y poderoso, cree en Él y tendrás parte en sus bienes. Pero si te desanimas, no crees. Todos creemos que Él es poderoso y que todo es posible para Él. Pero confíale tus propios asuntos, porque también en ti hará signos”.

El mismo, una vez que estaban robando (en su celda), ayudaba a los ladrones a que le robaran. Cuando se hubieron llevado todo lo que había adentro, olvidaron su bastón. Lo vio abba Euprepio y se entristeció, y tomándolo, corrió en pos de ellos para entregárselo. Ellos no lo quisieron tomar, temiendo que les sucediera algo. Él rogó entonces a uno que viajaba por el mismo camino, que les llevara el bastón.

Dijo abba Euprepio: “Las cosas corporales son materiales. El que ama al mundo, ama los obstáculos. Si llegamos a perder algo, debemos recibir este suceso con alegría y alabanza, como que hemos sido liberados de preocupaciones”.

Un hermano interrogó a abba Euprepio acerca de la vida. El anciano le respondió: “Come hierba, lleva hierba, duerme en la hierba; es decir, desprecia todo y tendrás un corazón de hierro”.

Un hermano interrogó al mismo anciano, diciendo: “¿De qué modo llega al alma el temor de Dios?”. El anciano respondió: “Si el hombre tiene humildad y pobreza, y se abstiene de juzgar, posee el temor de Dios”.

Dijo también: “El temor y la humildad, la escasez de alimentos y el llanto permanezcan contigo”.

En sus comienzos, fue abba Euprepio donde un anciano y le dijo: “Abba, dime una palabra para que me salve”. Le respondió: “Si quieres salvarte, cuando encuentres a alguien no te adelantes a hablarle antes que él te pregunte”. Él, lleno de compunción por esta palabra, hizo una metanía y dijo: “¡Aunque he leído muchos libros, no conocía todavía esta enseñanza!”.

ABBA EVAGRIO

Dijo abba Evagrio: “Cuando estás en la celda, recoge tu espíritu: recuerda el día de la muerte, mira la mortificación del cuerpo; piensa en la calamidad, asume el esfuerzo, condena la vaciedad del mundo, para poder permanecer siempre en el propósito de la hesiquía y no te debilites. Recuerda también cómo es el infierno, piensa cómo se encuentran allí las almas, en qué profundo silencio, en qué amargos gemidos, en qué temor, en qué lucha, en qué espera, con dolor inacabable y lágrimas incesantes del alma. Recuerda el día de la resurrección y de la presentación ante Dios. Imagina el juicio aquel, horrible y tremendo. Ten a la vista lo que está reservado para los pecadores: la vergüenza en la presencia de Dios y de los ángeles y arcángeles, y de todos los hombres, los

suplicios, el fuego eterno, el gusano que no duerme nunca, el tártaro y las tinieblas, el rechinar de dientes, los terrores y los tormentos. Piensa también en los bienes que están reservados para los justos, la confianza con Dios Padre y con su Cristo, con los ángeles, arcángeles y todo el pueblo de los santos, el reino de los cielos y sus riquezas, su alegría y su felicidad. Ten el recuerdo de todas estas cosas y del juicio de los pecadores. Llora, aflígete, teme, no sea que tú también te encuentres entre ellos; alégrate y goza en lo que está destinado para los justos. Y si tratas de gozar de estas cosas, apártate de aquellas. Haz que nunca, dentro o fuera de la celda, se te borre esto, de modo que, gracias a este recuerdo, huyas de los pensamientos impuros y molestos"

Dijo también: "Recuerda siempre tu salida (de esta vida) y no olvides el juicio eterno, y no habrá delito en tu vida"

ABBA ZENÓN

Dijo abba Zenón, discípulo del bienaventurado Silvano: "No habites en un lugar renombrado, no permanezcas con un hombre de gran reputación ni eches cimientos para edificarte una celda".

Decían acerca de abba Zenón que, al comienzo, no quería recibir nada de nadie. Los que le llevaban cosas se alejaban tristes, porque no las recibía, y los que iban a verlo, esperando recibir algo de él, como de un gran anciano, también se retiraban tristes, porque no tenía qué darles. Dijo el anciano: "¿Qué haré? Pues se entristecen los que traen, y también los que desean recibir. Conviene pues hacer esto: si alguien trae algo, lo recibiré, y al que pide, le daré". Obrando de esta manera tuvo paz y satisfizo a todos.

Acudieron a él unos hermanos y lo interrogaron, diciendo: "¿Qué quiere decir lo que está escrito en el libro de Job: El cielo no es puro en su presencia?". Respondió el anciano: "Los hermanos han descuidado sus pecados y preguntan acerca del cielo. Esta es la explicación de la palabra: sólo Él es puro, por eso dice: El cielo no es puro"

En otra ocasión caminaba el mismo abba Zenón en Palestina, y, cansado, se sentó para comer cerca de una plantación de pepinos. Su pensamiento le dijo: "Toma un pepino y cómelo. En efecto, ¿qué es?". El dijo en respuesta a su pensamiento: "Los ladrones van al tormento. Pruébate ahora, si puedes soportar el tormento". Y levantándose, estuvo al sol durante cinco días. Cuando estuvo todo quemado dijo: "No puedes soportar el suplicio". Y dijo a su pensamiento: "Si no lo puedes, no robes ni comas".

Dijo abba Zenón: "El que quiere que Dios escuche velozmente su oración, cuando se levante y extienda sus manos hacia Dios, ante todo y antes de hacerlo por su propia alma, ore de corazón por sus enemigos. Por esta acción, todo lo que pidiere a Dios será escuchado".

Decían que en cierta aldea había un hombre que ayunaba mucho, de modo que lo llamaban el ayunador. Habiendo oído hablar de él, abba Zenón lo hizo ir adonde él estaba.

Fue él con alegría y, hecha la oración, se sentaron. Comenzó el anciano a trabajar en silencio. El ayunador, que no encontraba la manera de conversar con él, comenzó a ser molestado por la acedía. Dijo al anciano: “Ruega por mí, abba, porque quiero retirarme”. Le dijo el anciano: “¿Por qué?”. Respondió: “Porque mi corazón está como ardiendo y no sé qué tiene. Mientras estaba en la aldea ayunaba hasta la tarde y nunca me sucedió esto”. Le dijo el anciano: “En la aldea te alimentabas por las orejas, pero vete, y desde ahora come a la hora novena, y todo lo que hagas, hazlo en lo oculto”. Cuando empezó a hacerlo, esperaba con aflicción hasta la hora novena. Los que lo conocían decían: “El ayunador está endemoniado”. Fue a contarlo todo al anciano, y éste le dijo: “Este es el camino según Dios”.

ABBA ISAÍAS

Dijo abba Isaías: “Nada es tan útil para el principiante como la injuria. Como el árbol que es regado cada día, así es el principiante que es injuriado, y lo soporta”.

Dijo también a los que comienzan bien y están sometidos a los santos Padres: “Como sucede con la púrpura, la primera tintura no se pierde”. Y: “Como los ramos tiernos fácilmente se enrollan y se doblan, así son los principiantes que están en la sumisión”.

Decían de abba Isaías que tomó una vez una rama y fue a la era, y dijo al propietario: “Dame trigo”. Le respondió: “Entonces ¿tú cosechaste, abba?”. Dijo: “No”. Le dijo el propietario: “¿Cómo quieres recibir el trigo que no cosechaste? “. El anciano preguntó: “Entonces, ¿si uno no cosecha no recibe paga?”. Dijo el propietario: “No”. Con esto se alejó el anciano. Los hermanos, al ver lo que había hecho, le hicieron una metanía rogándole se lo explicase. Respondió el anciano: “Esto lo hice para ejemplo, que quien no trabaja, no recibe la paga de parte de Dios”.

Dijo también: “Si Dios quiere tener misericordia del alma, y ésta se resiste y no lo acepta, sino que hace su propia voluntad, le permite padecer lo que no quiere, para que ella después lo busque”.

Interrogado el mismo abba Isaías sobre la avaricia, respondió: “No creer en Dios, que cuida de ti; desesperar de las promesas de Dios y amar la jactancia”.

Preguntado también sobre la difamación, respondió: “No conocer la gloria de Dios, y odiar al prójimo”.

Interrogado también sobre la ira, respondió: “Disputa, mentira e ignorancia”.

ABBA ELÍAS

Dijo abba Elias: “Tres cosas temo: cuando mi alma salga del cuerpo; cuando me presente ante Dios, y cuando se pronuncie la sentencia contra mí”.

Dijo abba Elias, el de la diaconía: “¿Qué puede el pecado donde hay penitencia, y qué puede el amor donde hay soberbia?”.

Dijo abba Elias: «Vi a uno que llevaba un odre de vino bajo el brazo; y para avergonzar a los demonios, porque era una visión, dije al hermano: “Hazme la caridad, saca esto”. Y al sacarse el manto, no encontré nada. Les digo esto para que no acepten lo que vean con sus ojos u oigan. Observen más bien sus pensamientos, lo que tienen en el corazón y en el alma, sabiendo que son enviados por los demonios para ensuciar el alma y hacerla pensar en lo que no conviene, y distraer al espíritu de (la consideración de) sus pecados y de Dios».

Dijo también: «Un anciano vivía en un templo, y fueron a decirle los demonios: “Vete de este lugar, que es nuestro”. Dijo el anciano: “Ustedes no tienen lugar propio”. Y comenzaron a desparramar sus palmas. El anciano perseveró, y las juntaba. Al fin, el demonio lo tomó de la mano y lo llevó hacia afuera. Cuando llegó el anciano a la puerta, se tomó de ella con la otra mano, mientras gritaba: “¡Jesús, socórreme!”. En seguida huyó el demonio. El anciano se puso a llorar, y el Señor le dijo: “¿Por qué lloras?”. Respondió el anciano: “¿Cómo se atreven a apoderarse del hombre, y obrar así?”. Le respondió: “Tú fuiste negligente. Porque cuando me buscaste, viste cómo te hallé”. Digo esto porque hay necesidad de trabajar mucho, y sin trabajo no es posible poseer a su Dios. Puesto que Él fue crucificado por nosotros».

ABBA TEODORO DE FERMO

Un hermano que residía en Escete fue turbado en su soledad. Fue a decírselo a abba Teodoro de Fermo, y el anciano le dijo: “Ve, humilla tu pensamiento y sométete, y vive con otros”. Volvió después al anciano y le dijo: “Tampoco con los hombres estoy tranquilo”. El anciano le dijo: “Si no tienes paz solo ni con otros, ¿por qué saliste para hacerte monje? ¿No fue acaso para soportar las tribulaciones? Dime ¿cuántos años hace que llevas el hábito?”. Respondió: “Ocho”. Le dijo el anciano: “En verdad, yo llevo en el hábito setenta años y ni un solo día encontré tranquilidad, y tú quieres tener paz después de ocho años”. Al oír esto, se marchó fortalecido.

Dijo también: “Si tienes amistad con alguien, y éste cae en la tentación de la impureza, si puedes darle una mano, levántalo. Pero si cae en la herejía, y no puedes convencerlo de

que se convierta,, apártalo en seguida de ti, no sea que, por la demora, seas atraído con él hacia el abismo".

Vino uno de los ancianos para ver a abba Teodoro, y le dijo: "El hermano tal volvió al mundo". Le respondió el anciano: "¿Te admiras por ello? No te asombres sino de que uno pueda huir de la boca del enemigo".

Un hermano le preguntó: "¿Cuál es el trabajo del alma que es ahora accesorio para nosotros, y cuál es el accesorio, que se ha convertido en nuestra ocupación principal?". Le dijo el anciano: "Todo lo que se hace por el mandato de Dios es el trabajo del alma, pero trabajar para sí y reunirse, debemos considerarlo como trabajo accesorio". Dijo el hermano: "Explícame lo que has dicho". Dijo el anciano: «Si oyes decir que estoy enfermo, y tú tienes que visitarme, pero dices en tu interior: "¿Tengo que dejar mi trabajo e ir ahora? Más bien, lo concluyo primero y después voy". Y te llega alguna otra ocupación y al fin no vas. Otro hermano te dice: "Dame una mano, hermano". Y tú dices: "¿Tendré que dejar mi trabajo e ir a trabajar con éste?". Si no vas, desechas el mandamiento de Dios, que es el trabajo del alma, y haces el trabajo accesorio, que es el trabajo manual».

Dijo el mismo: "No hay virtud igual a la de no despreciar".

Dijo también: "El hombre que ha conocido la dulzura de la celda, huye de su prójimo pero sin despreciarlo".

Un hermano interrogó a abba Teodoro diciendo: "Quiero cumplir los mandamientos". El anciano le contó acerca de abba Teonas quien dijo también una vez: "Quiero cumplir mi pensamiento para con Dios", y tomando harina de la panadería, hizo pan. Se lo pidieron unos pobres, y les dio los panes. Otros le pidieron, y les dio los canastos y el manto que llevaba, y entró en la celda ceñido con su maforio (capuchón con esclavina). Después de esto se lamentaba, diciendo: "No he cumplido el mandamiento de Dios".

Decían de abba Teodoro que mientras vivía en Escete vino un demonio adonde él estaba, deseando entrar; y lo ató fuera de la celda. Vino otro demonio, que también deseaba entrar, y lo ató igualmente. Vino un tercer demonio, y encontrando atados a los otros dos les dijo: "¿Por qué están afuera?". Le respondieron: "El que está adentro no nos permite entrar". Quiso entrar por la fuerza, pero el anciano también lo ató. Temiendo las oraciones del anciano le rogaban, diciendo: "Suéltanos". Les dijo el anciano: "Márchense". Al fin, avergonzados, se alejaron.

Contó uno de los Padres acerca de abba Teodoro de Fermo: "Vine una vez al atardecer adonde él estaba, y lo encontré vestido con una túnica desgarrada, llevaba el pecho desnudo y el capuchón por delante. Vino a visitarlo un conde. Llamó, y salió a abrirle el anciano, quien, yendo a su encuentro, se sentó a la puerta para conversar con él. Yo tomé parte de su maforio y le cubrí los hombros. El anciano extendió la mano y lo arrancó. Cuando se hubo marchado el conde le dije: "Abba, ¿por qué lo hiciste? Este hombre vino para sacar provecho, ¿acaso se habrá escandalizado?". Me dijo el anciano: "¿Qué me dices, abba ? ¿Acaso todavía servimos a los hombres? Hice lo que era preciso, el resto está de más. El que quiere aprovechar, aprovecha; el que quiere escandalizarse, se escandaliza. Yo me mostraré de la manera en que me encuentre". Y avisó a su discípulo

diciendo: «Si alguien viene para verme, no le digas nada de humano, pero si estoy comiendo, di: “Come”; si estoy durmiendo, di: “Duerme”».

ABBA TEODORO DE ENNATÓN

Dijo abba Teodoro de Ennatón: “Cuando era joven vivía en el desierto. Fui una vez a la panadería para hacer dos panes de harina, y encontré allí un hermano que quería hacer panes y no había quien lo ayudase. Yo, dejando lo mío, le di una mano. Cuando quedé libre vino otro hermano, y también le di una mano e hice dos panes. Vino un tercero, e hice lo mismo. De igual manera hice con cuantos vinieron, e hice seis hornadas. Al fin hice mis dos panes, cuando ya no vino nadie más”

Decían acerca de abba Teodoro y de abba Lucio, de Ennatón, qué pasaron cincuenta años burlándose de sus pensamientos y diciendo: “Después de este invierno, nos iremos de aquí”. Cuando llegaba el verano decían: “Después del verano nos iremos de aquí”. Y así hicieron durante todo el tiempo estos Padres inolvidables.

Dijo abba Teodoro de Ennatón: “Si Dios nos reprochase las negligencias en la oración y las infidelidades en las salmodias, no podríamos salvarnos”.

ABBA TEODORO DE ELEUTERÓPOLIS

Preguntó abba Abraham el íbero a abba Teodoro de Eleuterópolis, diciendo: “¿Qué es lo bueno, padre, buscar la gloria o la ignominia?”. El anciano dijo: “Yo prefiero buscar la gloria y no la ignominia. Porque si hago una obra buena y me glorío, puedo condenar mi pensamiento porque no soy digno de esa gloria. Pero la ignominia viene de las obras malas. ¿Cómo podré consolar mi corazón si los hombres se escandalizan por culpa mía? Conviene hacer el bien y gloriarse”. Abba Abraham dijo: “Dices bien, Padre”.

ABBA TEODOTO

Dijo abba Teodoto: “La carencia de pan mortifica el cuerpo del monje”. Pero otro anciano decía: “La vigilia lo mortifica aún más”.

Dijo también: «No juzgues al fornicador si tú eres continente. Si lo haces, quebrantas igualmente la Ley, porque el que dijo: “No fornicarás”, dijo también: “No juzgarás”».

ABBA TEONÁS

Dijo abba Teonás: “Cuando la mente está ocupada fuera de la contemplación de Dios, nos volvemos esclavos de las pasiones carnales”. El anciano nos contó que abba Teonás había dicho también: “Quiero llenar mi espíritu de Dios”.

TEÓFILO, EL ARZOBISPO

El bienaventurado arzobispo Teófilo fue una vez a la montaña de Nitria, y salió a su encuentro el abba del monte. Le dijo el arzobispo: “¿Qué es lo más grande que encontraste en el camino que sigues, Padre?”. Le dijo el anciano: “Acusarse y reprocharse siempre”. Dijo abba Teófilo: “No hay otro camino fuera de él”.

Dijo el mismo abba Teófilo: «Qué temor, temblor y estrechez tendremos que ver, cuando el alma se separe del cuerpo. Vendrán a nosotros los ejércitos y potestades de las fuerzas adversas, los príncipes de las tinieblas, los que mandan el mal, los principados y potestades, los espíritus del mal. A modo de juicio detendrán al alma, poniéndole delante todo lo que pecó con conocimiento o sin él, desde su juventud hasta la edad en que fue tomada. Estarán de pie, acusándola de todo cuanto hizo. Por lo demás, ¿cuánto temblor crees que tendrá el alma en aquella hora, hasta que sea dada la sentencia y reciba la libertad? Esta es la hora de la necesidad, hasta que sepa lo que sucederá. Por otra parte, también las Potestades divinas estarán allí, y aportarán las cosas buenas del alma. Piensa en qué temor y temblor estará el alma, puesta en medio, hasta que su juicio reciba la sentencia del justo Juez. Si fuera digna, los demonios recibirán el castigo, y ella será llevada por los ángeles, y serás después sin preocupación, y estarás según lo que está escrito: “La morada de los que se alegran está en ti”. Se cumplirá entonces aquello de la Escritura: “Huye el dolor, la tristeza y el gemido” (Is 3540). Entonces marchará liberada hacia aquella inefable alegría y aquella gloria en que será constituida. Pero si el alma ha sido encontrada viviendo en la negligencia, oirá esa voz terrible: “Quítese el impío, para que no vea la gloria de Dios”. Recibirá entonces el día de la ira, el día de la tribulación, el día de la oscuridad y tinieblas. Entregado a las tinieblas exteriores y condenado al fuego perpetuo, será castigado por los siglos infinitos. ¿Dónde estará entonces la gloria del mundo? ¿Dónde la vanagloria, las delicias y voluptuosidades? ¿Dónde la imaginación, el descanso, la jactancia, las riquezas, la nobleza, el padre, la madre, el hermano? ¿Quién podrá sacar de los males presentes al alma ardiendo en el fuego, en poder de los acerbos tormentos? Si éstos están así ¿cómo no tendremos que ser nosotros en las santas acciones y en las obras buenas? ¿Qué caridad debemos alcanzar? ¿Qué conducta, qué vida, qué carrera, qué diligencia, qué oración, qué prudencia? Dice la Escritura: “En esta espera, hagamos todos los esfuerzos para ser encontrados sin mancha e irreprochables en la paz”. De tal manera seremos dignos de escuchar: “Vengan, benditos de mi Padre, reciban en herencia el reino que les ha sido preparado desde el principio del mundo”, por todos los siglos de los siglos. Amén»

El mismo abba Teófilo, el arzobispo, estando por morir, dijo: “Bienaventurado eres, abba Arsenio, porque siempre recordaste esta hora”

ABBA JUAN COLOBOS, EL ENANO

Se refería de abba Juan Colobos que, habiéndose retirado junto a un anciano tebeo en Escete, permaneció en el desierto. Tomó su abba un leño seco, lo plantó y le dijo: “Échale diariamente una botella de agua, hasta que dé fruto”. El agua se encontraba a mucha distancia, de modo que debía ir por la tarde y regresar por la mañana. Después de tres años, revivió y dio fruto, y tomando el anciano el fruto, lo llevó a la iglesia y dijo a los hermanos: “Tomen, coman el fruto de la obediencia”.

Contaban de abba Juan Colobos que una vez dijo a su hermano mayor: “Quiero vivir sin preocupación alguna, como los ángeles que no tienen preocupación y no trabajan, sino que dan culto a Dios ininterrumpidamente”. Quitándose el manto, partió al desierto. Después de una semana regresó adonde estaba su hermano. Cuando llamó a la puerta, su hermano lo reconoció antes de abrirle, y le dijo: “¿Quién eres tú?”. Respondió: “Soy Juan, tu hermano”. Pero él dijo: “Juan se ha convertido en ángel, y no está ya entre los hombres”. “Pero él rogaba, diciendo: “Soy yo”. Pero no le abrió, sino que lo dejó padeciendo hasta la mañana. Al fin le abrió y le dijo: “Eres hombre, y tienes necesidad de trabajar para alimentarte”. Hizo una metanía, diciendo: “Perdóname”.

Dijo abba Juan Colobos: “Si el emperador quisiera apoderarse de una ciudad enemiga, se apoderaría primeramente del agua y del alimento, y de este modo, los enemigos, pereciendo por el hambre, se someterían a él. Lo mismo ocurre con las pasiones de la carne: si el hombre vive en el ayuno y el hambre, se debilitarán los enemigos de su alma”.

Dijo también: «Otra vez, en el verano, oí que un hermano hablaba con ira a su hermano, diciendo: “Así que también tú”. Y, abandonando la cosecha, huí».

Unos ancianos se recreaban en Escete, comiendo juntos, y se encontraba con ellos abba Juan. Se levantó un presbítero venerable para dar de beber, pero ninguno quiso recibirlo de él, más que Juan Colobos. Se asombraron y le dijeron: “¿Cómo tú, que eres el más pequeño de todos, aceptas ser servido por el presbítero?”. Y les respondió: “Cuando yo me levanto para servir la bebida me alegra que todos tomen, para poder recibir yo el premio. Por eso lo acepté, para que él reciba el premio, y no se entristezca porque nadie recibió de él”. Y se admiraron de lo que había dicho y sacaron provecho de su discreción. Estaba un día sentado frente a la iglesia, y los hermanos lo rodeaban e interrogaban acerca de sus pensamientos. Lo vio un anciano, atacado por la envidia, y le dijo: “Tu jarro, Juan, está lleno de veneno”. Respondió abba Juan: “Así es, abba, y esto dices mirando solamente el exterior. Si vieras lo que hay adentro, ¿qué dirías?”.

Vinieron una vez unos hermanos para tentarlo. El no dejaba vagar su pensamiento ni hablaba de cosa alguna de este mundo. Le dijeron: “Gracias a Dios que ha llovido mucho este año, y se regaron las palmeras y echan hojas, y los hermanos encuentran trabajo para

sus manos". Abba Juan les dijo: "Así es el Espíritu Santo: cuando desciende en los corazones de los hombres, se renuevan éstos y echan brotes en el temor de Dios"

Decían de él que tejió una cuerda para fabricar dos esteras, pero que la empleó toda en una sola y no se dio cuenta hasta que llegó a la pared. Estaba su pensamiento entregado a la contemplación.

Dijo abba Juan: "Soy como un hombre sentado bajo un gran árbol, y que ve venir contra él muchas fieras y serpientes, y como no les puede resistir, sube al árbol y se salva. Del mismo modo, sentado en mi celda, veo los fieros pensamientos que vienen contra mí, y que no he de poder con ellos; huyo por la oración adonde está Dios, y me libro del enemigo".

Dijo abba Pastor acerca de abba Juan Colobos, que había clamado a Dios, y Dios retiró de él las pasiones y se volvió impasible. Fue entonces y dijo a un anciano: "Me veo tranquilo y sin lucha". Le dijo el anciano: "Ve, y ruega a Dios que llegue a ti la lucha, y tengas el combate que tenías antes y también la humillación. Porque el alma aprovecha en los combates". Rogó y vino la lucha, y no volvió a pedir que se la quitara, sino que decía: "Dame, Señor, paciencia en los combates".

Dijo abba Juan: «Un anciano tuvo esta visión: Estaban tres monjes a orillas del mar, y una voz los llamó desde la otra orilla que decía: "Tomen alas de fuego y vengan a mí". Dos de ellos las tomaron y volaron hasta la otra orilla, pero el tercero se quedó, y lloraba mucho y se lamentaba. Al fin, también a él se le dieron alas, pero no eran de fuego, sino débiles e impotentes, de modo que, cayendo y emergiendo del agua, con gran trabajo y aflicción, llegó a la orilla. Así es la generación presente, que, si recibe alas, no son de fuego, sino que consigue apenas unas débiles e impotentes».

Un hermano preguntó a abba Juan: "¿Cómo es que mi alma herida no se avergüenza de hablar contra el prójimo?". Le dijo el anciano una parábola acerca de la maledicencia: «Había un hombre pobre que estaba casado, Vio otra mujer muy hermosa, y la tomó también a ella. Ambas estaban desnudas. Se celebraba en cierto lugar una fiesta y le pidieron: "Llévanos contigo". Tomó a las dos y las puso en un tonel, subieron a una nave y llegaron hasta el lugar. Llegó la hora del calor y, mientras los hombres descansaban, una de las mujeres miró y, al no ver a nadie, fue adonde había un montón de basura, tomó unos trapos viejos y se hizo una falda, y de esta manera andaba confiada. La otra, que estaba sentada desnuda dentro (del tonel), dijo: "Mira a esa prostituta, que no se avergüenza de caminar desnuda". Se afligió el marido y le dijo: "¡Es admirable! al menos ella cubrió sus partes deshonestas, pero tu estás enteramente desnuda. ¿No te avergüenzas de hablar así?". Así es la detracción».

El anciano dijo también al hermano, acerca del alma que quiere hacer penitencia: «Había en cierta ciudad una hermosa meretriz que tenía muchos amantes. Fue uno de los hombres principales y le dijo: "Prométeme que vivirás castamente, y te tomaré por mujer". Ella se lo prometió. Él se casó con ella y la llevó a su casa. Sus amantes la buscaban, diciendo: "Ese hombre principal la tomó en su casa. Si nosotros vamos a su casa y se llega a enterar, nos condenará. Pero vayamos cerca de su casa, y silbemos, y ella, al conocer el silbido, bajará adonde estamos nosotros y seremos inocentes". Pero al oír el silbido, se tapó ella los oídos

y fue a una habitación interior, y cerró las puertas». Dijo el anciano que la meretriz es el alma, sus amantes son las pasiones y los hombres; el hombre principal es Cristo; la habitación interior es la morada eterna; los que silban son los malos demonios, pero el alma huye siempre adonde está el Señor.

Había un anciano en Escete, esforzado en los trabajos corporales, pero que no era discreto en las cosas del espíritu. Fue adonde estaba abba Juan, y le preguntó acerca del olvido. Después de oír su palabra, regresó a su celda, y olvidó lo que abba Juan le había dicho. Fue de nuevo a preguntárselo. Oyó de él una palabra semejante, Y se retiró. Pero cuando llegó a su celda, la había olvidado de nuevo, y de esta manera iba frecuentemente, pero cuando regresaba lo dominaba el olvido. Después de esto, encontró al anciano y le dijo: “Sabes, abba, he olvidado cuanto me dijiste, pero por no molestarte, no he ido más”. Le dijo abba Juan: “Ve, enciende una lámpara”. Cuando la hubo encendido le dijo: “Trae otras lámparas y enciéndelas con esta”. Hizo también esto. Y dijo abba Juan al anciano: “¿Acaso faltó algo a la lámpara porque de ella encendiste a las demás?”. Respondió: ‘No’. Dijo el anciano: “De la misma manera, tampoco Juan (disminuye). Aunque todo Escete viniera a mí, no me alejaría de la gracia de Cristo. Cuando quieras venir, ven y no caviles”. Por la paciencia de ambos quitó Dios el olvido del anciano. Esta era la obra de los escetiotas: dar coraje a los que eran atacados, y hacerse violencia para adquirir una buena ganancia los unos para los otros.

Un hermano interrogó a abba Juan, diciendo: “¿Qué haré? A menudo viene un hermano para llevarme a trabajar, pero yo soy enfermo y débil, y me fatigo con el esfuerzo. ¿Qué debo hacer con la orden?”. Le respondió el anciano: «Dijo Caleb a Josué, hijo de Nun: “Tenía cuarenta años cuando Moisés, el servidor de Dios, me mandó desde el desierto a esta tierra contigo. Tengo ahora ochenta y cinco años; como entonces, puedo ahora entrar y salir en guerra”. También tú, si puedes salir al combate y puedes entrar, ve, pero si no puedes obrar de esa manera, sentado en tu celda llora tus pecados, v cuando te encuentren llorando, no te obligarán a salir».

Dijo abba Juan: “¿Quién vendió a Josué?”. Un hermano respondió: “Sus hermanos”. Le dijo el anciano: «No, fue su humildad la que lo vendió. Podía haber dicho: “Soy hermano de ellos, y contradecir”. Pero calló, y por eso lo vendió la humildad. Fue la humildad también la que lo constituyó gobernador en Egipto

Decían acerca de abba Juan que fue una vez a la iglesia de Escete, y al oír las disputas de los hermanos volvió a su celda. Antes de entrar, la rodeó tres veces. Los hermanos que lo vieron, no sabían por qué había hecho esto, y fueron a preguntárselo. Él les dijo: “Mis oídos estaban llenos de la disputa. Hice esas vueltas para purificarlos, y de esta manera entrar en mi celda con tranquilidad de mi espíritu”.

Dijo abba Juan: «Custodia es sentarse en la celda y acordarse siempre de Dios. Esto es aquello: “Estaba preso (bajo custodia) y vinieron a mí”».

Dijo también: “¿Quién es tan fuerte como el león? Y sin embargo, a causa del vientre cae en la trampa y es humillada su fuerza”.

Dijo abba Juan: “Yo quiero que el hombre tome un poco de cada virtud. Así cada día, al levantarte por la mañana, toma el principio de todas las virtudes y mandamientos de Dios, en la mayor paciencia, con temor y longanimidad, en el amor de Dios, con todo el celo del alma y el cuerpo, y con mucha humildad, soportando la aflicción del corazón y la vigilancia, en la oración respetuosa y abundante, con gemidos, en la pureza de la lengua y la vigilancia de los ojos. Deshonrado, y sin enojarte; pacífico, sin devolver el mal por el mal; sin mirar los pecados ajenos; sin compararte, poniéndote más bien por debajo de toda criatura; renunciando a la materia y a todo lo carnal, en la cruz, en el combate, en la pobreza de espíritu, en la voluntad y la ascesis espiritual, en el ayuno, en la penitencia y el llanto, en la lucha, en el discernimiento, en la pureza del alma; tomando lo que es bueno; practicando el trabajo manual en la hesiquía; en las vigilias nocturnas, en el hambre y la sed, en el frío y la desnudez, en los trabajos. Cierra tu sepulcro, como si estuvieses muerto, para considerar a toda hora que tu muerte está cerca”.

Decían de abba Juan, que cuando regresaba de la cosecha o de visitar ancianos, se dedicaba a la oración, a la meditación y a la salmodia, hasta que su espíritu volvía al orden que tenía al principio.

Dijo abba Juan Colobos: «Un anciano espiritual se recluyó; era él muy estimado en la ciudad y lo alababan mucho. Le dijeron: “Uno de los santos está muriendo, ve a saludarlo antes de que muera”. Pensó en su interior: “Si salgo de día acudirán los hombres y seré glorificado, y yo no tendré reposo con todo eso, Saldré tarde, en la oscuridad, y a escondidas de todos”. Cuando salió de la celda, tarde ya, como quien desea ocultarse, dos ángeles, enviados por Dios, lo alumbraban con lámparas. Toda la ciudad acudió entonces para ver su gloria, y así fue que, cuando él pensaba huir de la estima, recibió la gloria. En esto se cumple lo que está escrito: “Todo el que se humilla será exaltado”

Dijo abba Juan Colobos: “No puede construirse una casa de arriba hacia abajo, sino desde los cimientos hasta la cumbrera”. Le dijeron: “¿Qué quiere decir esta palabra?”. Les respondió: “El fundamento es el prójimo, al que deben ganar, y por allí hay que comenzar. De ello penden todos los mandamientos de Cristo”.

Decían acerca de abba Juan: «Una joven perdió a sus padres y quedó huérfana; su nombre era Paesia. De su casa hizo un hospicio para recibir a los Padres de Escete. Perseveró de esta manera durante mucho tiempo, hospedando y atendiendo a los Padres. Después de un tiempo, cuando hubo gastado sus bienes, comenzó a pasar necesidad. La buscaron hombres perversos y la alejaron del buen propósito, y después comenzó a obrar mal, hasta prostituirse. Los padres lo oyeron y se entristecieron mucho, y acudieron a abba Juan Colobos, diciendo: “Hemos oído acerca de aquella hermana, que vive mal, y mientras pudo ejercitó la caridad con nosotros. Mostrémosle ahora nosotros caridad a ella, ayudándola. Ve a verla, y dispon las cosas según la sabiduría que Dios te ha dado”. Pue abba Juan adonde estaba ella y dijo a la vieja portera: “Anúnciame a tu señora”. Le respondió diciendo: “Primero consumieron lo que era suyo, ahora es pobre”. Le dijo abba Juan: “Dile que le traigo algo muy útil”. Sus servidores le dijeron, burlándose: “¿Qué le darás, que quieres estar con ella?”. Él les respondió, diciendo: “¿Cómo pueden saber lo que quiero darle?”. Subió la vieja y anunció su venida. Dijo la joven: “Estos monjes van siempre hasta el Mar Rojo, y allí encuentran perlas”. Adornándose, dijo: “Tráelo”. Mientras subía, se adelantó ella y se echó sobre la cama. Entró abba Juan y se sentó cerca suyo.

Mirándola en el rostro le dijo: “¿Qué tienes que reprochar a Jesús para llegar a esto?”. Al oírlo, ella se conmovió, y abba Juan, con la cabeza inclinada, comenzó a llorar abundantemente. Ella dijo: “Abba, ¿por qué lloras?”. Levantó él la cabeza, y la volvió a inclinar, llorando, y dijo: “Veo a Satanás jugando en tu rostro, ¿no he de llorar?”. Al oírlo, dijo ella: “¿Hay penitencia, abba?”. Le respondió: “Sí”. Dijo ella: “Llévame adonde quieras”. Él le dijo: “Vamos”. Ella, levantándose, lo siguió. Abba Juan vio que no dispuso ni ordenó nada acerca de su casa, y se admiró. Cuando estaban llegando al desierto atardecía. Hizo una pequeña almohada en la arena, y haciendo la señal de la cruz, le dijo: “Duerme aquí”. Hizo lo mismo para sí, a poca distancia, y cuando concluyó sus oraciones, se acostó. Hacia la medianoche despertó, y vio un camino luminoso que bajaba desde el cielo hasta donde estaba ella, y vio a los ángeles de Dios que llevaban su alma. Levantándose, fue y la tocó con el pie. Cuando advirtió que estaba muerta, se echó rostro en tierra rogando a Dios. Y oyó que una hora de su penitencia había valido más que la penitencia de muchos que habían pasado en ella largo tiempo, pero que no habían mostrado el ardor de la suya».

Dijo también el anciano: «Tres filósofos eran amigos, y uno de ellos confió su hijo a otro de los tres. Llegado a la juventud, el muchacho se acercó a la mujer de su tutor, el cual, al saberlo, lo expulsó de su casa. Aunque estaba muy arrepentido el joven, no quiso el filósofo recibirlo nuevamente, y le dijo: “Vete, y durante tres años trabaja como trasbordador en el río, y después te recibiré”. Volvió pasados los tres años, pero el filósofo le dijo: “Aún no has hecho penitencia. Trabaja tres años más, repartiendo tu salario, y soporta las injurias”. Así lo hizo. Después de esto le dijo: “Ahora vete a Atenas para aprender la filosofía”. Había un anciano junto a la puerta de los filósofos que insultaba a los que entraban. Al ser insultado, el joven rió. El anciano le dijo: “¿Cómo? ¿Yo te insulto y tú ríes?”. Le respondió: “¿Cómo no quieres que ría? Durante tres años entregué mi salario para ser injuriado, y hoy me insultan gratis. Por eso río”. Abba Juan dijo: “Esta es la puerta de Dios. Nuestros padres, a través de muchas injurias, entraron alegres en la ciudad de Dios”».

El mismo dijo a su hermano: “Aunque seamos cosa despreciable a los ojos de los hombres, alegrémonos, porque somos honrados ante Dios”.

Dijo abba Pastor que abba Juan había dicho que los santos se parecen a un bosque de árboles que dan diferentes frutos, pero son regados por la misma agua. En efecto, una es la práctica de este santo, otra la de aquél, pero uno solo es el Espíritu que obra en todos ellos.

Dijo también el anciano: “Ves cómo el diablo dio a Job el primer golpe en sus posesiones, y vio que no se entristeció ni se apartó de Dios. El segundo golpe tocó su cuerpo, y tampoco pecó este valiente atleta con la palabra de su boca, porque tenía en su interior lo que pertenece a Dios y se alimentaba de ello”.

ABBA ISIDORO

Decían acerca de abba Isidoro, el presbítero de Escete, que si alguien tenía un hermano enfermo, negligente o colérico, y quería expulsarlo, le decía: “Tráemelo”, y lo tomaba consigo, y lo llevaba, por su paciencia, a la salvación.

Un hermano le preguntó, diciendo: “¿Por qué te tienen tanto miedo los demonios?”. Le respondió el anciano: “Desde que soy monje me esfuerzo para no dejar que la ira llegue a mi garganta”.

Decía también que desde hacía cuarenta años sentía la tentación de pecar con el pensamiento, pero que nunca había cedido a la concupiscencia o a la cólera.

Dijo abba Isidoro: “Fui una vez a la plaza a vender los recipientes, y al ver que se acercaba a mí la ira, dejando los objetos, huí”.

Fue una vez abba Isidoro a visitar a abba Teófilo, el arzobispo de Alejandría, y cuando estuvo de regreso en Escete le preguntaron los hermanos: “¿Cómo está la ciudad?”. Les respondió: “En verdad, hermanos, no he visto rostro de hombre alguno, más que el del arzobispo”. Al oírlo, se turbaron, y le dijeron: “¿Acaso ha sucedido una catástrofe, abba?”. Replicó él: “No, pero el pensamiento no me venció para que los mirase”. Los que oían, se admiraron, y fueron confirmados para custodiar sus ojos de toda vagancia.

Dijo el mismo abba Isidoro: «La prudencia de los santos es esta: conocer la voluntad de Dios. Porque el hombre triunfa sobre todo “por la obediencia a la verdad”, porque es imagen y semejanza de Dios. De todos los pensamientos, el peor es seguir su propio corazón, es decir, su propio pensamiento en lugar de la ley de Dios, y por ello, se llega al dolor, porque no se conoció el misterio ni se encontró el camino de los santos, para esforzarse en él. Este es el tiempo de obrar para el Señor, porque la salvación está en el tiempo de la aflicción, como está escrito: “Por su paciencia poseerán sus almas”».

Contaba el mismo (abba Pastor) acerca de abba Isidoro que, cuando hablaba a los hermanos en la iglesia, decía solamente esta palabra: «Hermanos, escrito está: “Perdona a tu prójimo, para recibir el perdón también tú”».

ABBA ISIDORO DE PELUSIO

Dijo abba Isidoro de Pelusio: “Vivir sin hablar es más útil que hablar sin vivir. El primero, aunque calle, trae provecho; el otro, hablando, turba. Pero si la palabra y la vida coinciden, entonces consuman el modelo de toda la filosofía”.

Dijo el mismo: “Honra las virtudes y no cultives las fortunas pasajeras. Porque aquellas son riquezas inmortales, pero éstas se extinguen rápidamente”.

Dijo también: “Muchos hombres aspiran a las virtudes, pero temen entrar por el camino que conduce hasta ellas, mientras que otros ni siquiera creen que existe la virtud. Es necesario persuadir a los primeros para que depongan su pereza, y a los segundos enseñarles que la virtud es verdaderamente virtud”.

Dijo también: “El vicio separa a los hombres de Dios y entre sí. Es necesario huir rápidamente de él y seguir la virtud, que lleva a Dios y une a los hombres entre sí. La definición de la virtud y de la filosofía es: la simplicidad con la prudencia”.

Dijo también: “Puesto que son grandes la altura de la humildad y el abismo de la arrogancia, les aconsejo que abracen aquella y no caigan en esta”.

Dijo también: “El amor apasionado de las riquezas es oneroso y lleno de audacia, no se sacia y lleva al alma que ha ocupado hasta el más extremo de los males. Expulsémoslo enérgicamente al principio, porque una vez que ha dominado es inexpugnable”.

ABBA ISAAC, PRESBÍTERO DE LAS CELDAS

Vinieron una vez para ordenar de presbítero a abba Isaac. Cuando lo supo, huyó a Egipto, y se retiró al campo, donde se escondió entre la hierba. Fueron los Padres en su seguimiento, y cuando llegaron al mismo campo, se quedaron allí para descansar. Era ya de noche, y soltaron al asno para que pastara. Fue el asno, y se detuvo junto al anciano. Al buscarlo por la mañana, encontraron a abba Isaac y se admiraron. Quisieron atarlo, pero no lo permitió él, diciendo: “Ya no huiré. Puesto que es voluntad de Dios, y dondequiera que huyese llegaría a lo mismo”.

Dijo abba Isaac: «Cuando era joven, vivía con abba Cronio, y nunca me ordenó que hiciese un trabajo, aunque era ya viejo y tembloroso, sino que se levantaba él mismo y daba de beber a mí y a los demás. También estuve con abba Teodoro de Fermo, y tampoco él me dijo que hiciese algo, sino que él mismo ponía la mesa y decía: “Hermano, ven a comer si quieres”. Yo le respondía: “Abba, vine a ti para sacar provecho, ¿por qué no me mandas hacer algo?”. Pero el anciano callaba. Fui, y lo dije a los ancianos. Estos fueron adonde él estaba, y le dijeron: “Abba, el hermano vino a tu santidad para sacar provecho, ¿por qué no le dices que haga algo?”. El anciano les respondió: “No soy cenobiarca, ¿qué le puedo ordenar? Yo no le digo nada, pero si quiere, puede hacer lo que me vea hacer”. Después de eso yo me adelantaba y hacía lo que estaba por hacer el anciano. Todo lo que éste hacía lo hacía en silencio, y así me enseñó a trabajar en silencio».

Dijo abba Isaac: «Conocí un hermano que estaba cosechando en el campo, y quiso comer una espiga de trigo. Dijo al dueño del campo: “¿Permites que coma una espiga de trigo?”. Al oírlo, se admiró, y le dijo: “El campo es tuyo, padre, ¿Y me pides permiso?”. Hasta ese punto era exacto el hermano».

Dijo abba Isaac: “Jamás he introducido en mi celda un pensamiento contra un hermano que me afligió. Y también me esforcé para que no estuviese el hermano en su propia celda con un pensamiento contra mí”.

Dijo abba Isaac a los hermanos: “Nuestros padres, y abba Pambo, usaban ropas viejas, hechas de palmas y remendadas, pero ahora llevan vestidos preciosos. ¡Márchense de aquí! ¡Abandonen este lugar!”. Cuando estaba por salir para la cosecha, les dijo: “No volveré a darles órdenes, porque no las observan”.

Dijo abba Isaac: “Dijo abba Pambo que la túnica del monje debe ser tal que, si permaneciere tirada fuera de la celda durante tres días, nadie la recoja”.

ABBA JOSÉ DE PANEFO

Fueron algunos Padres adonde estaba abba José de Panefo para interrogarlo acerca de la recepción de los hermanos que alojaban con ellos, si era necesario juntarse con ellos y hablarles con confianza. Antes de ser interrogado dijo el anciano a su discípulo: “Atiende a lo que haré hoy y sopórtalo”. Puso el anciano dos esteras, una a su derecha y otra a su izquierda, y dijo: “Siéntense”. Entró en su celda y se puso ropas de mendigo. Salió, pasó por en medio de ellos y volvió a entrar; se puso sus ropas, salió otra vez y se sentó con ellos. Estaban asombrados por lo que había hecho el anciano. Él les dijo: “¿Observaron lo que hice?”. Respondieron: “Sí”. “¿Acaso yo cambié a causa de la ropa más vil?”. Respondieron: “No”. Él les dijo: «Si soy el mismo con ambas vestimentas, la primera no me cambió ni la segunda me perjudicó, así debemos conducirnos al recibir a los hermanos peregrinos, como dice el Evangelio: “Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Cuando lleguen los hermanos, recibámoslos con confianza. Es cuando estamos solos que necesitamos la compunción, para que permanezca con nosotros». Los que lo oyeron quedaron admirados, porque les dijo lo que ellos tenían en sus corazones antes de interrogarlo. Y glorificaron a Dios.

Dijo abba Pastor a abba José: “¿Dime cómo me haré monje?”. Le respondió: «Si quieres encontrar el descanso ahora y después, en toda ocasión di: “¿Quién soy yo?”. Y no juzgues a nadie».

Preguntó el mismo a abba José, diciendo: “¿Qué debo hacer cuando se acercan las pasiones? ¿Les resisto o las dejo entrar?”. Respondió el anciano: “Déjalas entrar, y pelea contra ellas”. Regresó a Escete y permanecía en su celda. Llegó a Escete un tebeo y dijo a los hermanos: «Pregunté a abba José: “¿Si se acercan las pasiones, debo resistir o permitirles entrar?”. Y me respondió: “No dejes entrar a las pasiones, sino córtalas enseguida”». Oyó abba Pastor que abba José había hablado de esta manera al tebeo, y levantándose fue hasta donde él estaba, en Panefo, y le dijo: “Abba, yo te he confiado mis pensamientos, y has respondido diversamente al tebeo y a mí”. Le dijo el anciano: “¿No sabes que te amo?”. Y respondió: “Sí”. El anciano le dijo: “Si entran las pasiones y luchas contra ellas, dando y recibiendo, te harán más probado. Yo te hablé como si hablase a mí

mismo. Pero hay otros a los que no conviene se acerquen las pasiones, sino que es necesario que las alejen rápidamente".

Preguntó un hermano a abba José, diciendo: "¿Qué debo hacer, porque no puedo soportar los males ni trabajar para hacer caridad?". El anciano respondió: "Si no puedes hacer esto ni aquello, al menos guarda tu conciencia de todo mal para con tu prójimo, y serás salvado".

Dijo abba José a abba Lot: "No se puede ser monje, si no se es como un fuego ardiente".

Los hermanos se reunieron una vez con abba José, y mientras estaban sentados y lo interrogaban, él se alegraba. Y les dijo, lleno de consuelo: "Hoy soy rey, porque he reinado sobre las pasiones".

Decían de abba José de Panefo, que cuando estaba a punto de morir, y se hallaban los ancianos sentados a su alrededor, miró hacia la puerta y vio al diablo sentado a la puerta. Y llamando a su discípulo le dijo: "Trae el bastón. ¿Acaso éste se cree que porque he envejecido, ya no tengo poder sobre él?". Y apenas tomó el bastón, vieron los ancianos cómo salía el diablo por la puerta, como un perro, y desaparecía.

ABBA JACOBO

Dijo Abba Jacobo: "El que es alabado, debe pensar en su pecado, y saber que no es digno de

Dijo también: "Así como la lámpara ilumina un cuarto oscuro, del mismo modo el temor de Dios, cuando viene al corazón del hombre, lo ilumina y le enseña todas las virtudes y mandamientos de Dios".

Dijo también: "No sólo hay necesidad de la palabra. Porque en esta época hay muchas palabras entre los hombres. Hay más bien necesidad de obras: esto es lo que se busca, no palabras, que no dan fruto".

Dijo también que uno de los ancianos había dicho: "Cuando vivía en el desierto tenía como vecino a un niño que habitaba en la soledad. Visitándolo, lo vi orar y pedir a Dios que le concediera tener paz con las fieras. Después de la oración, se puso bajo una hiena que estaba cerca de allí, amamantando a sus pequeños, y comenzó a mamar con ellos".

Otra vez lo vi orar y pedir al Señor: "Dame la gracia de ser amigo del fuego". E hizo una hoguera y dobló sus rodillas en medio de ella, orando al Señor.

ABBA HIERAX

Un hermano rogó a abba Hierax, diciendo: “Dime una palabra, ¿qué he de hacer para salvarme?”. El anciano le respondió: “Permanece en tu celda. Si tienes hambre, come; si tienes sed, bebe; no hables mal de nadie, y serás salvo”.

Dijo también: “Nunca he dicho ni he querido escuchar una sola palabra mundana”.

ABBA JUAN EL EUNUCO

Abba Juan el eunuco, cuando era joven todavía, interrogó a un anciano: “¿Cómo pudieron ustedes hacer la obra de Dios en el reposo, y nosotros no podemos ni siquiera con esfuerzo?”. Respondió el anciano: «Nosotros pudimos hacerlo porque le dimos el lugar principal al trabajo de Dios, y el menor a la necesidad del cuerpo. Pero ustedes tienen como principal la necesidad del cuerpo, y consideran la obra de Dios como menos necesaria. Es por eso que sufren. Por lo mismo dijo el Salvador a los discípulos: “Hombres de poca fe, busquen primero el reino de Dios, y todo esto se les agregará”».

Abba Juan dijo: «Nuestro padre abba Antonio dijo: “Nunca antepuse mi comodidad a la utilidad de mi hermano”».

Abba Juan, el de Cilicia, que era hegúmeno en Raithu, decía a los hermanos: “Hijos, así como huimos del mundo, huyamos también de los deseos de la carne”.

Dijo también: “Imitemos a nuestros Padres: ¡con cuánta austeridad y cuánto, reposo vivieron en este lugar!”.

Dijo también: “Hijos, no manchemos este lugar, que nuestros Padres limpiaron de demonios”.

Dijo también: “Este lugar es de ascetas, no de negociantes”.

ABBA JUAN DE LAS CELDAS

Relató abba Juan de Las Celdas: «Había una ramera en Egipto, que era hermosísima y muy rica, y acudían a ella hombres principales. Se encontraba un día cerca de la iglesia y quiso entrar. Pero el subdiácono, que estaba en la puerta, no se lo permitió, diciendo: “No eres digna de entrar en la casa de Dios, pues eres impura”. Mientras discutían, oyó el obispo el ruido, y salió. La meretriz le dijo: “Este no me permite entrar en la iglesia”. El obispo le dijo: “No puedes entrar, porque eres impura”. Ella, tocada de compunción, dijo: “No volveré a fornicar”. Le replicó el obispo: “Si traes aquí tus riquezas sabré que no

fornicarás más". Las trajo, y el obispo las quemó en el fuego. Y ella entró en la iglesia, llorando y diciendo: "Si esto me ha sucedido aquí, ¿qué habré de padecer allá?". E hizo penitencia y se convirtió en "un vaso de elección", es decir una persona especialmente escogida por Dios».

Abba Juan de la Tebaida dijo: «El monje ante todo debe obtener la humildad; porque éste es el primer mandamiento del Salvador, que dice: "Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" ».

ABBA ISIDORO EL PRESBÍTERO

Decían de abba Isidoro el presbítero, que fue a verlo cierto hermano para invitarlo a comer, pero el anciano no quiso ir, diciendo: "Adán, engañado por el alimento, tuvo que vivir fuera del paraíso". El hermano le preguntó: "¿Tanto temes salir de tu celda?". Le respondió: "Hijo, temo porque el diablo como león rugiente busca a quien devorar". Muchas veces habló de esta manera, diciendo: "Si uno se entrega a la bebida, no podrá librarse del ataque de los pensamientos. Porque Lot, obligado por sus hijas, se emborrachó de vino, y por la ebriedad, el diablo lo condujo fácilmente a una fornicación ilícita".

Dijo abba Isidoro: "Si deseas el reino de los cielos, desprecia las riquezas y responde a los favores divinos".

Dijo también: "No es posible vivir según Dios, si amas los placeres y el dinero ".

"Dijo también: "Si se esfuerzan regularmente en el ayuno, no se ensoberbezcan, es preferible comer carne a gloriarse en esto. Conviene más al hombre comer carne, que ensoberbecerse y gloriarse".

Dijo también: "Es necesario que los discípulos amen a sus maestros como a padres, y los teman como a jefes, y no pierdan el temor a causa del amor, ni obscurezcan el amor a causa del temor".

Dijo también: "Si deseas la salvación, haz todo lo que te conduce a ella".

Decían acerca de abba Isidoro que cuando un hermano iba a verlo, huía al interior de la celda. Los hermanos le dijeron: "Abba ¿qué haces?". Y respondió: "Las fieras que huyen a sus guaridas se salvan". Esto lo decía para utilidad de los hermanos

ABBA JUAN EL PERSA

Uno de los Padres dijo de abba Juan el persa que, por la abundancia de su amor, había llegado a una profunda inocencia. Vivía en Arabia de Egipto. Una vez pidió en préstamo a un hermano una moneda de oro, y compró lino para trabajar. Vino un hermano a rogarle, diciendo: “Dame, abba, un poco de lino para hacerme un levitón”. Y se lo dio con alegría. Vino también otro a rogarle: “Dame un poco de lino, para tejer una tela para mí”. Le dio también a éste. Y a los demás que le pedían, les daba simplemente y con alegría. Al fin, vino el dueño de la moneda para buscarla. El anciano le dijo: “Salgo y te la traigo”. Pero no teniendo cómo devolverla, se levantó y fue adonde estaba abba Jacobo, el de la diaconía, a rogarle que le diese una moneda, para devolvérsela al hermano. En el camino encontró por tierra una moneda, pero no la tocó. Después de hacer oración, volvió a su celda. Vino otra vez el hermano por la moneda, y el anciano le dijo: “Me estoy preocupando”. Salió nuevamente, encontró la moneda por tierra, donde la había visto antes, y haciendo nuevamente oración, volvió a su celda. Vino otra vez a importunarlo el hermano. El anciano le dijo: “Esta vez la traeré ciertamente”. Se levantó y fue a aquel lugar, y encontró la moneda. Hizo oración, la tomó, y fue donde abba Jacobo y le dijo: “Abba, al venir para aquí encontré esta moneda en el camino. Haz la caridad de anunciarlo en la región por si alguien la hubiese perdido, y si aparece el dueño, entrégasela”. El anciano fue y lo anunció durante tres días, y no se halló que alguien hubiese perdido la moneda. El anciano dijo a abba Jacobo: “Si nadie la ha perdido, dásela al hermano tal, porque se la debo. La encontré cuando venía a pedirte me la dieras por caridad para saldar la deuda”. Se admiró el anciano de que, estando endeudado y habiendo encontrado la moneda, no la tomara y pagara con ella. También era admirable en él, que si iba alguien a pedirle una cosa prestada, no se la entregaba, sino que decía al hermano: “Ve, toma lo que necesitas”. Cuando se lo devolvían, decía: “Ponlo otra vez en su lugar”. Y si no devolvían lo que se habían llevado, no decía nada.

Decían acerca de abba Juan el persa que a unos malhechores que llegaron a su celda, trajo un lavabo y quiso lavarles los pies, pero ellos, avergonzados, comenzaron a pedir perdón.

Dijo uno a abba Juan el persa: “Hemos soportado tan gran trabajo por el Reino de los cielos ¿lo recibiremos en herencia?”. Y respondió el anciano: “Creo que recibiré en herencia la Jerusalén de arriba, que está escrita en los cielos. Es fiel el que lo ha prometido , ¿por qué habría de desconfiar? He sido hospitalario como Abraham, manso como Moisés, santo como Aarón, paciente como Job, humilde como David, solitario como Juan, lleno de compunción como Jeremías, maestro como Pablo, fiel como Pedro, sabio como Salomón. Como el ladrón, tengo confianza que, así como su innata bondad nos otorgó todo esto, también nos concederá el Reino”.

ABBA ISAAC EL TEBANO

Fue una vez abba Isaac el tebano a un cenobio. Vio a un hermano que estaba pecando, y lo condenó. Cuando regresaba al desierto vio un ángel del Señor, de pie frente a la puerta de su celda, diciendo: “No te permito entrar”. Él le rogaba: “¿De qué se trata?”. Respondiendo, le dijo el ángel: «Dios me envió, diciéndome: “Dile, ¿dónde debo mandar al hermano pecador que condenaste?”». Arrepentido, dijo: “He pecado, perdóname”. Le respondió el ángel: “Levántate, Dios te perdona. Pero, en adelante, cuídate de juzgar a nadie antes de que sea juzgado por Dios”.

ABBA ISQUIRIÓN

Los santos Padres profetizaron acerca de la última generación. Decían: “¿Qué hemos hecho nosotros?”. Y uno de ellos, el gran Isquirión, respondió: “Nosotros hicimos los mandatos de Dios”. Le preguntaron: “¿Qué harán los que vendrán después de nosotros?”. Y dijo: “Llegarán a hacer la mitad de nuestro trabajo”. Preguntaron nuevamente: “¿Y qué será de los que vengan después de ellos?”. Les respondió: “Esas generaciones no harán ningún esfuerzo, y se alzará en ellos la tentación, y los justos que se encuentren en ese tiempo serán hallados más grandes que nosotros y nuestros Padres”.

ABBA CASIANO

Contaba abba Casiano: «Llegamos, yo y el santo Germán, a Egipto, donde estaba un anciano. Cuando nos hubo recibido para hospedamos, le preguntamos: “¿Por qué, cuando recibes a los hermanos extranjeros, no guardas nuestro modo de ayunar, el que nos fue trasmitido en Palestina?”. Y respondió diciendo: “El ayuno está siempre conmigo, pero a ustedes no puedo retenerlos para siempre conmigo. El ayuno es útil y necesario, pero depende de nuestra voluntad, pero el cumplimiento de la caridad es impuesto por la ley de Dios. Al recibir en ustedes a Cristo, debo servirlos con toda diligencia. Cuando los haya despedido, podré recuperar la medida del ayuno. Los amigos del esposo no pueden ayunar mientras el esposo está con ellos, pero cuando les sea quitado el esposo, entonces ayunarán libremente”

Dijo el mismo: «Había un anciano al que servía una virgen consagrada. Los hombres decían: “No son puros”. El anciano lo oyó. Y estando ya cercano a la muerte, dijo a los Padres: “Cuando muera, planten mi bastón sobre la sepultura, y si germina y da fruto, sepan que soy puro con ella, pero si no germina, sepan que he caído con ella”. Y plantaron el bastón, y al tercer día germinó y dio fruto. Todos, entonces, glorificaron a Dios».

Narró también acerca de otro anciano, el cual vivía en el desierto, y había rogado a Dios que le diese la gracia de no dormirse nunca en una conversación espiritual; pero si alguien

pronunciaba palabras de crítica u ociosas, inmediatamente se dormía, de manera que sus oídos no recibían este veneno . Decía el mismo que el diablo es diligente cuando se trata de palabras ociosas, y enemigo de toda enseñanza espiritual, usando para ello de este ejemplo: «Hablando a algunos hermanos sobre un punto útil, cayeron ellos en un sueño tan profundo que no podían mover los párpados. Queriendo mostrarles la acción del demonio, introduje una historia frívola, y se despertaron de inmediato, con alegría. Gimiendo, les dije: "Cuando hablábamos de cosas celestiales, los ojos de todos ustedes estaban oprimidos por el sueño; apenas dije una palabra vana, todos se despertaron, con diligencia. Por eso, hermanos, los exhorto: reconozcan la acción del demonio maligno, y miren sobre ustedes mismos, guardándose del sueño cuando hacen o escuchan algo espiritual"»

Dijo también: «Había un monje que vivía en una cueva del desierto. Sus allegados según la carne le dijeron: "Tu padre está gravemente enfermo y puede morir, ven para recibir la herencia". Y él les respondió: Yo he muerto al mundo antes qué él; no puede un muerto heredar a los vivientes"».

ABBA CRONIOS

Un hermano dijo a abba Cronios: "Dime una palabra". Le respondió: "Cuando Elíseo fue hacia la sunamita y la encontró, ella no tenía relación con nadie. Concibió y dio a luz por la venida de Elíseo". El hermano le preguntó: "¿Qué quiere decir esto?". Le dijo el anciano: "Si el alma vela y se cuida de la distracción, y abandona sus voluntades, llega hasta ella el Espíritu de Dios, y puede engendrar, pero si no lo hace, es estéril".

Interrogó un hermano a abba Cronios: "¿Qué hacer con el olvido que se apodera de mi mente, y no me permite sentir hasta que me conduce al pecado?". El anciano le respondió: "Los extranjeros se apoderaron del arca por la maldad de los hijos de Israel, y la llevaron hasta ponerla en la casa de Dagón, su dios, y éste cayó sobre su rostro". El hermano preguntó: "¿Qué significa esto?". El anciano le dijo: «Cuando empiezan cautivando la mente del hombre por sus propios impulsos, de tal modo lo arrebatan, que lo llevan hasta una pasión invisible. Si el alma, en ese lugar, se convierte y busca a Dios, recordando el juicio eterno, cesa inmediatamente la pasión y desaparece. Porque está escrito: "Si te conviertes gimiendo, entonces serás salvado, y sabrás donde te encuentras"

Dijo abba Cronios: «Nos contó abba José de Pelusio: "Cuando vivía en el Sinaí había allí un hermano bueno y asceta, y además de aspecto agradable. Cuando venía a la iglesia para la sinaxis, llevaba un pequeño maforio, viejo y remendado. Viéndolo venir una vez a la sinaxis de esta manera, le digo: 'Hermano, ¿no ves a los hermanos, que están como ángeles en la sinaxis en la iglesia? ¿Por qué vienes tú de este modo?'. Él dijo: 'Perdóname, abba, pero no tengo otra cosa'. De mi celda tomé un levitonario, con lo demás que precisaba. Y estaba desde entonces como los demás hermanos, y su aspecto era el de un ángel. Sucedió entonces que se hizo necesario que los Padres enviaran dos hermanos al emperador por cierto asunto, y decidieron que fuera él también. Al oírlo, se postró delante de los Padres, diciendo: 'Perdónenme, por el Señor, porque soy servidor de un grande de allí, y si me conoce me quitará el hábito y me llevará para que lo sirva'. Los Padres se

convencieron y lo dejaron libre, pero después supieron por uno que lo conocía bien que, cuando estaba en el mundo, era prefecto del pretorio, y que había dicho aquello para no ser conocido por los hombres y sufrir por ello. Tal era la solicitud de los Padres para huir de la gloria y el descanso de este mundo”».

ABBA CARIÓN

Dijo abba Carión: “Más esfuerzos he realizado que mi hijo Zacarías, y no he llegado a su medida, por su humildad y su silencio” abía en Escete un monje llamado Carión. Tuvo dos hijos, y los dejó a su mujer cuando se apartó (para hacerse monje). Con el tiempo, hubo hambre en Egipto, y su mujer, que carecía de todo, vino a Escete llevando consigo a los dos niños: uno era varón y se llamaba Zacarías, la otra era mujer. Permaneció lejos del anciano, en el pantano. Hay en efecto un pantano junto a Escete, donde se encuentran edificadas las iglesias y están las fuentes de agua. Existía en Escete la costumbre que si venía una mujer para hablar con su hermano o para conversar con otro, hablaban sentados el uno lejos de la otra. La mujer dijo a abba Carión: “Te hiciste monje y ahora hay hambre. ¿Quién alimentará a tus hijos?”. Le respondió abba Carión: “Mándalos aquí” Dijo la mujer a los hijos: “Vayan con su padre”. Se dirigieron hacia donde él estaba; la niña se volvió con su madre, pero el varón llegó hasta su padre. Él dijo: “Así está bien: toma tú la niña, y vete; yo me encargo del niño”. Lo alimentaba en Escete, y sabían todos que era su hijo. Cuando creció, hubo en la fraternidad murmuraciones acerca de él. Lo supo abba Carión y dijo a su hijo: “Zacarías, levántate y vámonos de aquí, porque los Padres están murmurando”. El pequeño le dijo: “Abba, aquí todos saben que soy tu hijo, pero si vamos a otra parte no tendrás que decir que soy tu hijo”. El anciano le dijo: “Levántate, vámonos de aquí”. Y fueron a la Tebaida. Tomaron allí una celda y permanecieron pocos días, y se hizo idéntica murmuración acerca del niño. Le dijo entonces su padre: “Zacarías, levántate vamos a Escete”. Y vinieron a Escete, y pasados pocos días, hubo nuevamente murmuración sobre él. Entonces, el niño Zacarías fue al estanque de nitrio, se desvistió y entró en él hasta la nariz. Permaneció las horas que pudo, y su cuerpo se transformó y quedó como el de un leproso. Volvió, se puso sus vestidos, y vino adonde estaba su padre, quien apenas le conoció. Cuando fue, según la costumbre, a recibir la santa comunión, le fue revelado al bienaventurado Isidoro, el presbítero de Escete, lo que había hecho, y lo vio y se admiró, y dijo: “El niño Zacarías vino el domingo pasado, y comulgó como hombre; pero ahora lo ha hecho como ángel”.

ABBA LUCIO

Unos monjes, de los llamados euquitas, fueron una vez donde abba Lucio, en el Enatón, y el anciano les preguntó: “¿Qué trabajo manual hacen?”. Ellos respondieron: “Nosotros no hacemos trabajo manual, sino que, como dice el Apóstol, oramos incesantemente”. El anciano les dijo: “¿Acaso no comen?”. Y respondieron: “Sí”. Les preguntó: “Cuando comen, ¿quien ora por ustedes?”. Y después les dijo: “¿Acaso no duermen?”. Y respondieron: “Sí”.

Y les dijo el anciano: “Y mientras duermen, ¿quién ora por ustedes?”. Y no encontraban qué responder a lo que les decía. Él les dijo: «Perdónenme, pero ustedes no hacen lo que dicen. Yo les enseñaré cómo rezo, mientras trabajo incesantemente con las manos. Estoy sentado con Dios, tejiendo mis pequeños ramos y haciendo esteras con ellos, y mientras tanto digo: “Perdóname, oh Dios, por tu gran misericordia, y por tu gran piedad borra mi pecado”». Les dijo: “¿No es oración esto?”. Le respondieron: “Sí”. Él les dijo: “Cuando he pasado todo el día trabajando manualmente y orando, reúno más o menos dieciséis monedas. Doy dos de ellas en la portería, y con las restantes, como; y el que toma las dos monedas, ora por mí mientras yo como o duermo. De este modo, por la gracia de Dios, se realiza en mí aquello de orar incesantemente”.

ABBA LOT

Relataron acerca de un hermano que había pecado, y que fue, conturbado, a ver a abba Lot. Pero entraba y salía, y no podía estarse quieto. Le dijo abba Lot: “Hermano, ¿qué tienes?”. El respondió: “He cometido un gran pecado, y no puedo decirlo a los Padres”. El anciano le dijo: “Confiésamelo, y yo lo llevaré”. Entonces dijo: “Caí en fornicación y sacrifiqué a los ídolos para poder hacerlo”. Le dijo el anciano: “Confía que hay penitencia; ve, permanece en la cueva, come día por medio, y yo llevaré contigo la mitad del pecado”.

ABBA LONGINO

Interrogó abba Longino a abba Lucio acerca de tres pensamientos, diciendo: “Quiero peregrinar”. El anciano le dijo: “Si no dominas tu lengua no serás peregrino, dondequiera que vayas. Domina aquí tu lengua, y serás peregrino”. Le dijo también: “Quiero ayunar”. Respondió el anciano: «Dijo el profeta Isaías: “Aunque dobles tu cuello como un lazo y un junco, no es el ayuno que yo acepto”. Domina más bien tus malos pensamientos». En tercer lugar le dijo: “Quiero apartarme de los hombres”. El anciano respondió: “Si no vives primero rectamente con los hombres, no podrás vivir rectamente en la soledad”.

Una mujer, que tenía en un pecho la enfermedad que llaman cáncer, habiendo oído hablar de abba Longino, quería encontrarlo. El anciano vivía en el noveno miliario de Alejandría. La mujer, buscándolo, lo encontró cuando el bienaventurado estaba recogiendo leña junto al mar Al verlo, le dijo: “Abba, ¿dónde vive abba Longino, el siervo de Dios?”, porque ignoraba que fuese él. Él respondió: “¿Qué quieres de ese impostor? No vayas a él, porque es un impostor. ¿Qué tienes?”. La mujer le mostró el lugar enfermo. Él, después de hacer la señal (de la cruz) sobre él, la despidió, diciendo: “Vete, y que Dios te cure. Longino nada puede darte”. La mujer se fue, creyendo en la palabra, y quedó curada en seguida. Después, cuando contaba a otros lo que le había sucedido, y al dar las señas del anciano, supo que se trataba del mismo abba Longino. En otra ocasión le llevaron un endemoniado. Él les dijo: “No puedo hacer nada por ustedes. Vayan más bien a ver a abba Zenón”. Comenzó abba Zenón a rogar al demonio para que saliese, pero el demonio se puso a

vociferar: “Ahora crees, abba Zenón, que me voy por tu causa; pero abba Longino está allí, orando, pidiendo contra mí. Salgo aterrorizado por sus oraciones, porque de otro modo, ni siquiera te respondería”.

ABBA MACARIO EL EGIPCIO

Abba Macario contaba de sí mismo: «Cuando era joven y vivía en la celda en Egipto, me tomaron y me hicieron clérigo en la aldea. No quise aceptarlo, y huí a otro lugar. Vino a mí un seglar piadoso, que recibía mi trabajo manual y me asistía. Sucedió entonces que cierta virgen de la aldea fue tentada y pecó. Quedó embarazada, y la interrogaban con quién había sido. Ella dijo: “El solitario”. Salieron a buscarme, me llevaron a la aldea y ataron a mi cuello cacerolas ennegrecidas por el humo y asas de cántaros. Me llevaron así por la aldea, golpeándome y diciendo: “Este monje ha corrompido a nuestra virgen, ¡agárrenlo, agárrenlo!”. Y me golpearon hasta dejarme medio muerto. Un anciano, acercándose, dijo: “¿Hasta cuándo golpearán a este monje extranjero?”. El hombre que me asistía, me seguía avergonzado. Muchos lo humillaban, diciéndole: “Mira al ermitaño de quien testimoniabas, ¿qué ha hecho?”. También los padres de la joven decían: “No lo soltaremos hasta que dé garantías de que la alimentará”. Se lo dije a mi servidor, y éste se hizo mi garante. Fui a mi celda, y le entregué todas las cestas que tenía, diciendo: “Véndelas, y dale a mi mujer para que coma”. Y dije a mi pensamiento: “Macario, ya has encontrado mujer para ti; es necesario que trabajes un poco más para alimentarla”. Trabajaba día y noche, y le enviaba (el dinero). Cuando le llegó a la pobre el tiempo de dar a luz, pasó varios días con los dolores, y no daba a luz. Le preguntaron: “¿Qué sucede?”. Ella dijo: “Yo lo sé; es porque calumnié al ermitaño y lo acusé falsamente. Él no es culpable, sino el joven tal”. Vino alegremente mi servidor, y me dijo: “No pudo dar a luz la joven hasta que no confesó, diciendo: ‘No tiene culpa el ermitaño; lo he difamado. Y toda la aldea quiere venir solemnemente para aquí, a pedirte perdón’. Al oír esto, me levanté y huí a Escete, para que los hombres no me molestaran. Este es el principio y la causa de mi venida hasta aquí».

Fue una vez Macario el egipcio desde Escete a la montaña de Nitria, a la oblación 98 de abba Pambo. Los ancianos le dijeron: “Di una palabra a los hermanos, abba”. Él dijo: «Yo no soy monje todavía, pero he visto monjes. Estaba una vez en la celda, en Escete, y me molestaban los pensamientos, diciéndome: “Ve al desierto y observa lo que veas”. Estuve combatiendo contra el pensamiento durante cinco años, diciendo: “No sea que proceda del demonio”. Pero como el pensamiento persistía, fui al desierto y encontré allí un río, con una isla en medio, y las bestias del desierto venían a beber en él. Vi en medio dos hombres desnudos, y mi cuerpo tembló, porque pensé que eran espíritus. Ellos, al verme temblando, me dijeron: “No temas, nosotros también somos hombres”. Les pregunté: “¿De dónde son, y cómo han llegado hasta este desierto?”. Y ellos respondieron: “Pertenecemos a un cenobio, y hemos salido de común acuerdo y nos hemos venido para aquí, hace ya cuarenta años”. Uno era egipcio y el otro libio. Ellos también me interrogaron, diciendo: “¿Cómo va el mundo? ¿Viene el agua a su tiempo? ¿Tiene abundancia el mundo?”. Les respondí: “Sí”. Yo les pregunté todavía: “¿Cómo puedo hacer para llegar a ser monje?”. Y ellos me respondieron: “Si uno no renuncia a todas las cosas del mundo, no puede ser monje”. Les dije: “Yo soy débil, y no puedo lo que pueden ustedes”. Ellos me dijeron: “Si no

puedes hacer como nosotros, permanece sentado en tu celda y llora tus pecados". Les pregunté: "Cuando llega el invierno, ¿no se hielan? y cuando hace calor, ¿no se abrasan sus cuerpos?". Respondieron: "Es Dios quien nos concede el vivir de esta manera; ni nos helamos en invierno ni nos afecta el verano". Por eso les he dicho que no soy monje todavía, pero que he visto monjes. Perdónenme, hermanos».

Algunos Padres interrogaron a abba Macario el egipcio, diciendo: "Cómo es que, sea que comas o que ayunes, tu cuerpo está seco". Respondió el anciano: "El leño que sirve para revolver los sarmientos en el fuego es enteramente consumido por el fuego. Del mismo modo, si el hombre purifica su alma en el temor de Dios, el temor de Dios consume su cuerpo".

Subió una vez abba Macario desde Escete hasta Terenutis, y entró en el templo para dormir. Había allí viejos féretros de paganos, y tomando uno de ellos, lo puso bajo su cabeza, como almohada Los demonios, al ver su audacia, tuvieron envidia de él, y para atemorizarlo, llamaban, como dirigiéndose a una mujer: "Ven con nosotros al baño". Otro demonio, que estaba debajo suyo, respondió, como si fuese un muerto: "Tengo sobre mí a un extranjero, y no puedo salir". El anciano no tuvo miedo, sino que golpeó confiadamente al féretro, diciendo: "Levántate, ve a la oscuridad, si puedes". Al oírlo, dieron los demonios una gran voz: " ¡Nos has vencido!". Y huyeron avergonzados.

Había en Egipto un hombre que tenía un hijo paralítico. Lo llevó a la celda de abba Macario y lo dejó llorando en la puerta, y se alejó. El anciano, inclinándose, vio al niño y le preguntó: "¿Quién te trajo hasta aquí?". Respondió: "Mi padre me tiró aquí y se fue". El anciano le dijo: "Levántate y síguelo". Y en seguida sanó; se levantó y alcanzó a su padre, y se volvieron entonces a su casa.

Abba Macario el grande decía a los hermanos en Escete, cuando despedía a la asamblea: "Huyan, hermanos". Uno de los ancianos le preguntó: "¿Adonde hemos de huir más allá de este desierto?". Pero él ponía su dedo sobre la boca, diciendo: "Huyan de esto". Y entraba en su celda, cerraba la puerta y se sentaba.

Dijo el mismo abba Macario: "Si al corregir a alguien te sientes movido a ira, satisfaces tu pasión. No te pierdas a ti mismo para salvar a otro".

El mismo abba Macario, cuando estaba en Egipto, encontró un hombre con un asno que estaba robando sus pertenencias. Él, entonces, como si fuera un extraño, ayudó al ladrón a cargar la bestia y lo acompañó con gran tranquilidad de espíritu diciendo: "Nada hemos traído al mundo, nada podemos sacar de él. El Señor ha dado, se hizo como Él quiso. Sea Dios bendito en todo"

Preguntaron a abba Macario, diciendo: "¿Cómo debemos orar?". El anciano respondió: «No es necesario hablar mucho. Extiende las manos y di: "Señor, como tú quieres y sabes, ten piedad". Si llega una tentación: "¡Señor, ayuda!". Porque Él sabe lo que es útil, y hace misericordia con nosotros».

Dijo abba Macario: "Si el desprecio es para ti igual a la alabanza, la pobreza igual a la riqueza, la indigencia igual a la abundancia, no morirás. Puesto que es imposible que el

que cree lo que debe y obra con piedad, caiga en la impureza de las pasiones y en el engaño de los demonios"

Decían que dos hermanos pecaron en Escete, y que abba Macario el alejandrino los había excomulgado. Vinieron y se lo contaron algunos a abba Macario el grande, el egipcio. Éste, dijo: "No están excomulgados los hermanos sino que el excomulgado es Macario" (aunque lo amaba). Oyó Macario que había sido excomulgado por el anciano y huyó al pantano. Salió abba Macario el grande y lo encontró acribillado por los mosquitos, y le dijo: «Tú excomulgaste a los hermanos, y tuvieron que partir para la aldea. Yo te excomulgué a ti, y tú, como una virgen hermosa, huiste hasta aquí, a lo más íntimo de la habitación. Convoqué a los hermanos, los interrogué y dije: "No hay nada". Mira tú, hermano, si no te burlaron los demonios porque nada viste. Haz penitencia por tu falta» Dijo él: "Dame, si quieres, una penitencia". Viendo el anciano su humildad, le dijo: "Ve, ayuna durante tres semanas, comiendo sólo una vez cada semana". Esta era, en efecto, su práctica siempre: ayunar toda la semana.

Fue un hermano adonde estaba abba Macario el egipcio, y le dijo: "Abba, dime una palabra para salvarme". El anciano le dijo: "Ve al sepulcro e injuria a los muertos". El hermano fue, los injurió y les tiró piedras, y volvió a decírselo al anciano. Este le preguntó: "¿Te dijeron algo?". Respondió: "Nada". El anciano le dijo: "Ve mañana otra vez, y alábalos". El hermano fue, y los alabó, llamándolos apóstoles, santos y justos. Y regresó adonde estaba el anciano y le dijo: "Los he alabado" Le preguntó: "¿No respondieron nada?". El hermano contestó: "No". Le dijo el anciano: "Tú sabes de qué manera los has insultado, y no te respondieron, y cómo los alabaste, y no te dirigieron la palabra. Tú también, si quieres salvarte, sé como un muerto. Como los muertos, no pienses en la injusticia de los hombres ni en su alabanza, y podrás salvarte".

Iba una vez abba Macario a Egipto con los hermanos, cuando oyó que un niño decía a su madre: "Madre, un rico me ama, y yo lo odio, y un pobre me odia, pero yo lo amo". Lo oyó abba Macario, y se asombró. Los hermanos le preguntaron: "¿Qué significa esa palabra, padre, que te causa asombro?". El anciano les dijo: "En verdad, nuestro Señor es rico y nos ama, pero no queremos escucharle; nuestro enemigo el diablo es pobre y nos odia, y amamos su impureza".

Dijo abba Pafnucio, discípulo de abba Macario: «Supliqué a mi padre: "Dime una palabra". Él me dijo: "No hagas mal a nadie, a nadie condenes. Guarda esto y serás salvado".

Contaba abba Bitimio que abba Macario dijo: «Mientras estaba en Escete bajaron una vez dos jóvenes extranjeros. Uno de ellos tenía la barba, al otro le estaba naciendo. Vinieron a mí y me dijeron: "¿Dónde está la celda de abba Macario?". Yo les dije: "¿Qué quieren de él?". Y respondieron: "Hemos oído hablar de él y de Escete, y hemos venido a verlo". Les dije: "Soy yo". Hicieron una metanía, diciendo: "Queremos quedarnos aquí". Pero yo, al verlos tan delicados, criados entre riquezas, les dije: "No pueden permanecer aquí". El mayor dijo: "Si no podemos permanecer aquí, iremos a otra parte". Digo entonces a mi pensamiento: "¿Por qué los expulso? Se escandalizarían. El trabajo los hará marcharse espontáneamente". Les digo: "Vengan, construyan, si pueden, una celda para ustedes". Y dijeron: "Muéstranos un lugar, y la haremos". Les dio el anciano un hacha, una cesta llena de panes, y sal. Les mostró el anciano una dura piedra, diciendo: "Saquen las piedras de

aquí, lleven para ustedes madera del pantano y, después de techar, permanezcan en ella". "Yo pensaba -continuó- que se volverían a causa del trabajo. Me preguntaron qué trabajo tenían que hacer aquí. Les digo: "Cuerdas". Y tomando juncos del pantano les enseñé a principiar la cuerda, y a coser, y les dije: "Hagan canastos y denlos a los guardianes, y ellos les traerán todo lo que necesiten". Después me retiré. Ellos hacían con paciencia todo cuanto les había dicho yo, y no vinieron a mí durante tres años. Yo permanecí luchando con los pensamientos y diciendo: "¿Cuál es su trabajo, que no vienen a consultar sobre su pensamiento? Los que viven lejos vienen hasta mí, y éstos que están cerca no vienen a mí ni van a otros. Solamente acuden a la iglesia, en silencio, para recibir la oblación". Oré entonces a Dios, ayunando toda la semana, para que me mostrara su obra. Me levanté, pasada ya la semana, y fui hasta donde ellos estaban, para ver cómo vivían. Cuando llamé, me abrieron, y me saludaron en silencio; después de orar me senté. El mayor hizo una señal al más joven para que saliese, y se sentó para tejer la cuerda, sin hablar. A la hora novena hizo una señal, y entró el más joven. Hizo un cocido Y, a un signo del mayor, preparó la mesa. Puso tres panes sobre ella, y quedó en silencio. Yo dije entonces: "Levántense, comamos". Se levantaron y comieron; trajo el odre y bebimos. Cuando atardecía, me preguntaron: "¿Te vas?". Yo dije: "No, dormiré aquí". Pusieron una estera para mí, en una parte, y en la parte opuesta otra para ellos. Se quitaron el cíngulo y la capucha, y se acostaron en la estera que estaba frente a mí. Cuando se hubieron acostado, yo rogué a Dios que me revelara su obra. Y se abrió el techo, y se hizo luz como si fuera de día, pero ellos no veían la luz. Cuando me creyeron dormido, el mayor golpeó al menor en el costado, y se levantaron y ciñeron, y extendieron sus manos hacia el cielo. Yo los veía, pero ellos no me veían a mí. Vi a los demonios que se acercaban como moscas al menor. Y venían algunos a posarse en su boca y otros en sus ojos, Vi entonces al ángel del Señor sosteniendo una espada de fuego, que daba vueltas en torno suyo y expulsaba a los demonios. Al mayor, empero, no podían acercarse. Poco antes de amanecer, volvieron a acostarse, y yo hice como que despertaba, y ellos también. El mayor me dijo solamente estas palabras: "¿Quieres que recitemos los doce salmos?". Digo yo: "Sí". Y el menor cantó cinco salmos de a seis versículos, con un aleluya, Y a cada versículo salía de su boca una lámpara de fuego que subía al cielo. Del mismo modo, cuando abría la boca el mayor para salmodiar, salía una como cuerda de fuego, que llegaba hasta el cielo. También yo recité algo, de memoria. Cuando salía, les digo: "Oren por mí". Ellos hicieron una Metánia, en silencio. Supe entonces que el mayor era perfecto, y que al más joven lo atacaba todavía el enemigo. Después de pocos días moría el hermano mayor, y al tercer día, el menor». Cuando los Padres iban a ver a abba Macario, éste los llevaba a su celda, diciendo: "Vengan a ver el martyrium de los jóvenes extranjeros".

En otra ocasión, se levantó contra abba Macario un demonio, que con una espada quería amputarle el pie, y como no lo lograse, por su humildad, le dijo: "Todo lo que tienen ustedes, nosotros también lo tenemos; sólo se diferencian de nosotros en la humildad, y vencen".

Dijo abba Macario: "Si recordamos los males que nos infligen los hombres, borramos el poder del recuerdo de Dios. Si recordamos los males de los demonios, seremos invulnerables".

Dijo abba Macario: «Marchando en cierta ocasión por el desierto, encontré el cráneo de un muerto, que yacía en el suelo. Cuando lo toqué con el bastón de palma, el cráneo me

habló. Le digo: “¿Quién eres tú?”. Me respondió el cráneo: “Yo era un sacerdote de los ídolos y de los paganos que vivían en este lugar; tú eres Macario, el pneumatóforo. Cuando te apiadas de los que están en el tormento, y oras por ellos, sienten un poco de alivio”. El anciano le preguntó: “¿Cuál es el alivio y cuál es el tormento?”. Le respondió: “Cuanto dista el cielo de la tierra, tanto hay de fuego bajo nuestros pies; estamos en medio del fuego, de la cabeza a los pies. No se puede ver a nadie cara a cara, sino que el rostro de cada uno está pegado a la nuca del otro. Cuando oras por nosotros, cada uno puede ver un poco del rostro del otro. Este es el alivio”. Llorando, dijo el anciano: “¡Ay del día en que nació el hombre!”. El anciano le preguntó: “¿Hay un castigo peor aún?”. El cráneo le respondió: “La pena mayor está debajo nuestro”. El anciano le preguntó: “¿Quiénes están allí?”. Dijo el cráneo: “Nosotros, puesto que desconocíamos a Dios, recibimos alguna misericordia, pero los que conocían a Dios y lo negaron, están debajo nuestro!”. El anciano tomó la calavera y la enterró».

ABBA MOISÉS

Fue una vez abba Moisés tentado, y no pudiendo ya permanecer en la celda, fue y se lo dijo a Abba Isidoro. El anciano lo exhortó a que regresara a su celda, pero él no quiso diciendo: “Abba, no puedo”. Tomándolo entonces consigo, lo llevó a la azotea y le dijo: “Mira hacia el poniente”. Miró y vio una innumerable cantidad de demonios, que excitados, hacían gran tumulto antes del combate. Le dijo después Abba Isidoro: “Mira también hacia el Oriente”, Miró y vio una cantidad innumerable de santos ángeles gloriosos. Le dijo Abba Isidoro: “Estos son enviados por el Señor para que protejan a los santos. Los que estaban hacia occidente son los que atacan. Pero son más lo que están de nuestra parte”. Y abba Moisés dio gracias a Dios, tomó confianza y regresó a su celda.

En Escete cometió cierto hermano una falta, Se reunió el consejo y llamaron a abba Moisés. Este no quiso ir. Mandó el presbítero por él, diciendo: “Ven, porque te están esperando todos”. Él se levantó y fue. Y tomando un recipiente perforado y llenándolo de agua, lo llevó. Salieron los demás a su encuentro y le dijeron: “¿Qué es esto Padre?”. El anciano respondió: “Mis pecados van cayendo a mis espaldas, y no los veo. Y hoy he venido para juzgar los pecados ajenos”. Al oírlo, no dijeron nada al hermano, sino que lo perdonaron

Dijo abba Moisés: “El hombre que huye se parece a la uva madura, pero el que está entre los hombres es como la uva verde”.

Estando una vez sentados los hermanos junto a él, les dijo: “Hoy vendrán los bárbaros a Escete: levántense y huyan”. Le dijeron: “¿Tú no huyes, abba." Él les dijo: «Yo espero este día desde hace tantos años, para que se cumpla la palabra del Señor Jesús, que dice: “Todos los que toman la espada, morirán por la espada”». Le dijeron: “Nosotros tampoco huiremos, sino que moriremos contigo”. Él les dijo: “Esto no es cosa mía, cada cual vea cómo vive”. Eran siete hermanos. Les dijo: “Los bárbaros están ya a la puerta”. Estos entraron y los mataron. Uno de ellos, sin embargo, se escapó tras las esteras y vio que bajaban siete coronas y los coronaban.

Siete capítulos que mandó abba Moisés a abba Pastor. El que los guarde, escapará de todo castigo, y vivirá en la paz donde quiera que se halle, en el desierto o con los hermanos.

1. El hombre debe morir respecto de su prójimo, para no juzgarlo en nada.

2. El hombre debe morir a toda obra mala, antes de salir del cuerpo, para no hacer mal a nadie.

3. Si el hombre no tiene en su corazón que es pecador, Dios no lo escuchará. Le preguntó el hermano: "¿Qué significa tener en su corazón que es pecador?". Le dijo el anciano: "Si uno lleva sus pecados, no mira los del prójimo".

4. Si la obra no concuerda con la oración, se trabaja en vano. Le dijo el hermano: "¿Qué significa concordar la obra con la oración?". Le respondió el anciano: "Que no hagamos aquello por lo que rogamos. Porque cuando el hombre abandona su voluntad, Dios se reconcilia con él y recibe su oración". Preguntó el hermano: "¿En todo trabajo del hombre qué es lo que lo ayuda?". Dijo el anciano: «Dios es el que ayuda. Puesto que está escrito: "Dios es nuestro refugio y fortaleza en las tribulaciones que nos afligen grandemente"».

5. Preguntó el hermano: "¿Para qué sirven los ayunos y vigilias que hace el hombre?". Le respondió el anciano: «Estos hacen que el alma se humille. Porque está escrito: "Mira mi humildad y mi trabajo, y borra todos mis pecados". Si el alma da estos frutos, Dios se apiadará de ella».

6 Preguntó el hermano al anciano: "¿Qué hará el hombre en toda tentación que viene sobre él o en todo pensamiento malo?". Le respondió el anciano: «Debe llorar en presencia de la bondad de Dios, para que lo ayude, y descansará en seguida si suplica con ciencia, porque está escrito: "El Señor es mi auxilio y no temeré lo que me haga el hombre"».

7. Dijo el hermano: "Un hombre golpea a su siervo por una falta que cometió, ¿qué dirá el siervo?". Respondió el anciano: «Si el siervo es bueno dirá: "Perdóname, porque he pecado"». Preguntó el hermano: "¿Nada más dice?". Dijo el anciano: «No. Desde el momento que toma el reproche sobre sí y dice: "He pecado", en seguida se apiada de él el amo. El fin de todas las cosas es no juzgar al prójimo. Porque cuando la mano del Señor mató a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, no había casa en la cual no hubiera un muerto». Preguntó el hermano: "¿Qué significa esta palabra?". Le respondió el anciano: «Si nos permitieran ver nuestros pecados, no veríamos los del prójimo. Porque sería necedad, si el hombre, teniendo un muerto de los suyos, dejase a éste y se fuese a llorar al de su prójimo. Morir a tu prójimo es llevar tus pecados y despreocuparte de todo hombre, que sea bueno o malo. No hagas mal a ningún hombre, ni pienses el mal contra nadie en el corazón, ni desprecies al que te hace mal. No te confíes con el que habla mal de su prójimo ni te alegres con el que le hace mal. No seas detractor de nadie, sino di: "Dios conoce a cada uno". No te confíes con el detractor ni te solaces en sus detracciones, ni odies al que habla mal de su prójimo. Esto es no juzgar. No tengas enemistad con ningún hombre, y no

prendas enemistad en tu corazón. No odies al que es enemigo del prójimo. Esta es la paz. Consuélate en estas cosas. Durante un tiempo breve hay esfuerzo y descanso para la eternidad, por la gracia de Dios, el Verbo. Amén».

ABBA MATOES

Decía abba Matoes: “Prefiero un trabajo suave y permanente, que uno pesado en el comienzo, pero interrumpido en seguida”.

Dijo también: “Cuanto se acerca el hombre a Dios, tanto más se reconoce pecador. Isaías, el profeta, al ver a Dios, se decía a sí mismo miserable e impuro”.

Dijo también: «Cuando era joven, decía en mi interior: “Tal vez haga algo bueno”, pero ahora que he envejecido, veo que no tengo ni siquiera una sola obra buena en mí».

Dijo también: “Satanás no sabe por qué vicio ha de sucumbir el alma. Siembra, pero no sabe si recogerá. Siembra pensamientos de fornicación, de detracción, y así las demás pasiones. Y a la pasión a la que ve inclinarse el alma, a esa alimenta”.

Fue un hermano adonde estaba abba Matoes y le dijo: “¿Cómo hacían los escetiotas más de lo que manda la Escritura, amando a sus enemigos más que a si mismos?”. Le contestó abba Matoes: “Yo todavía no amo al que me ama, como a mí mismo”.

Fue una vez abba Matoes desde Raithu a la región de Magdolos. Estaba con él su hermano. El obispo se apoderó del anciano y lo ordenó presbítero. Cuando estaban comiendo juntos dijo el obispo: “Perdóname, abba, sabía que no deseabas esto, pero me animé a hacerlo para recibir tu bendición”. El anciano con humildad, le dijo: “Es verdad, mi alma no quería, pero lo que más siento es que debo separarme de mi hermano. No puedo llevar solo esto de hacer todas las oraciones”. El obispo le dijo: “Si sabes que es digno, yo lo ordeno”. Le contestó abba Matoes: “No sé si es digno; pero esto sólo sé; que es mejor que yo”. Lo ordenó a él también. Y murieron ambos, sin acercarse al santuario para hacer la oblación. Decía el anciano: “Confío en Dios, que no tendré un juicio grave por la ordenación, puesto que no hago la oblación. Porque la ordenación es para los que no tienen culpa”.

Dijo abba Matoes que tres ancianos acudieron a abba Pafnucio, llamado Céfalas, para pedirle una palabra. Les dijo el anciano: “¿Qué quieren que les diga, algo espiritual o algo corporal?”. Le contestaron: “Espiritual”. Les dijo el anciano: “Vayan, amen la aplicación más que el descanso, más el deshonor que la gloria y dar más que recibir”.

ABBA MARCOS, DISCÍPULO DE ABBA SILVANO

Decían de abba Silvano, que tenía en Escete un discípulo llamado Marcos de gran obediencia y calígrafo. El anciano lo amaba por su obediencia. Pero tenía once discípulos más que se afligían porque amaba a éste más que a los demás. Lo oyeron los ancianos y se entristecieron. Los ancianos fueron un día donde él y lo acusaron. Tomándolos consigo, salió y llamó en cada celda diciendo: "Hermano, ven que te necesito". Y ninguno de ellos salió enseguida. Cuando llegó a la celda de Marcos, llamó diciendo: "Marcos". Apenas oyó la voz del anciano salió en seguida, y lo mandó a hacer un servicio. Y dijo a los ancianos: "Padres, ¿los demás hermanos, dónde están?". Y entrando en su celda, tomó su cuaderno y encontró que había empezado a escribir la letra omega, pero al oír al anciano no dejó que la pluma la concluyese. Le dijeron los ancianos: "Al que tú amas, abba, nosotros también le amamos y Dios lo ama también".

Decían acerca de abba Silvano que una vez, caminando con los ancianos en Escete, queriendo mostrarles la obediencia de su discípulo Marcos, y que por eso lo amaba, viendo un pequeño jabalí le dijo: "¿Ves este pequeño búfalo, hijo?". Dijo, "Sí, abba". "¿Y sus cuernos qué elegantes son?". Dijo: "Sí, abba". Y se asombraron los ancianos de su respuesta, y se edificaron por su obediencia.

ABBA MILESIO

Pasaba abba Milesio por cierto lugar, cuando vio a un monje, a quien tenían detenido como si fuera un homicida. El anciano, aproximándose, interrogó al hermano, y cuando supo que era una acusación falsa, dijo a los que lo tenían agarrado: "¿Dónde está el muerto?". Y se lo mostraron. Acercándose al muerto, dijo a todos que orasen. Cuando extendió las manos hacia Dios, se levantó el muerto. Y le dijo en presencia de todos: "Dime quién te mató". Respondió éste: "Entré en la iglesia y di dinero al presbítero. Este, levantándose, me mató y llevándome, me echó en el monasterio del abba. Pero se los pido, recuperen el dinero para dárselo a mis hijos". Le dijo entonces el anciano: "Ve y duerme, hasta que venga el Señor y te despierte".

Otra vez, cuando habitaba con dos discípulos en los límites de Persia, salieron dos hijos del rey, hermanos según la carne, para cazar según la costumbre. Extendieron las redes en un amplio espacio, unas cuarenta millas, para cazar y matar con las flechas lo que se hallase dentro de las redes. Pero encontraron al anciano con sus dos discípulos. Y se asombraron al verlo hirsuto y como salvaje, y le dijeron: "Dinos si eres hombre o espíritu". Él les respondió: "Soy un hombre pecador, que me aparté para llorar mis pecados, y adoro a Jesucristo, el Hijo de Dios vivo". Ellos le dijeron: "No hay otro dios fuera del sol, el fuego y el agua (que adoraban ellos). Adelántate y ofréceles un sacrificio". Él les respondió: "Estas son criaturas, están engañados. Les ruego, conviértanse y conozcan al Dios verdadero,

creador de todas las cosas". Ellos le dijeron: "¿Dices que es Dios verdadero el que fue condenado y crucificado?". Dijo el anciano: "Yo llamo Dios verdadero al que crucificó al pecado y mató a la muerte". Pero ellos, atormentándolo, así como a los hermanos, querían obligarlo a sacrificar. Y después de muchos tormentos, decapitaron a los dos hermanos, pero al anciano lo atormentaron durante muchos días. Al fin, con su habilidad (de cazadores), lo pusieron en medio y dispararon flechas contra él, uno al frente y otro a sus espaldas. Él les dijo: "Puesto que concuerdan para derramar sangre inocente, mañana, en un momento, a esta hora, su madre los perderá a ustedes, sus hijos, y será privada del afecto de ustedes, y con sus flechas derramarán recíprocamente su sangre". Sin importarles su palabra, fueron a cazar al día siguiente y salió un ciervo junto a ellos. Montando los caballos, corrieron para alcanzarlo y echando las flechas se hirieron mutuamente los corazones, según la palabra que había dicho el anciano condenándolos. Y murieron juntos.

ABBA MÍOS

Dijo abba Míos, el de Belos: "La obediencia responde a la obediencia. Si se obedece a Dios, Dios le obedece".

Dijo también acerca de un anciano que vivía en Escete, que había sido esclavo y llegó a ser muy discreto (diacrítico). Cada año iba a Alejandría, para llevar su salario a sus señores. Ellos acudían a saludarlo con respeto, pero el anciano echaba agua en un aguamanil y lo traía para lavar a sus señores. Pero ellos le decían: "No, Padre, no nos aflijas". Él les decía: "Proclamo que son mis señores y doy gracias porque me liberararon para servir a Dios, por eso les lavo y les entrego este mi salario". Ellos pugnaban por no recibirlo, pero el decía: "Si no quieren recibirlo, me quedaré aquí sirviéndoles". Y como le veneraban, le dejaban hacer cuanto quería y lo despedían con gran honor y muchos dones para hacer limosna por ellos. Por esto fue conocido en Escete y muy querido.

Un soldado preguntó a abba Míos, si Dios acepta la penitencia. Él después de adoctrinarlo con muchas palabras, le dijo: "Dime querido, si se rasga tu manto, ¿lo tiras?". "No, respondió, sino que lo coso y lo uso". Le dijo el anciano: "Si tú perdonas al manto, ¿Dios no perdonará a su criatura?".

ABBA MARCOS, EL EGIPCIO

Decían acerca de abba Marcos, el egipcio, que durante treinta años permaneció sin salir de su celda. Acostumbraba a venir el presbítero para hacer por él la sagrada Ofrenda. Pero el diablo, viendo la notable paciencia del varón, astutamente pensó en tentarlo para que juzgase al presbítero. Hizo que fuese un poseso adonde estaba el anciano, con pretexto de la oración. El poseso, antes de nada, gritaba al anciano: "Tu presbítero tiene olor de pecado, no le permitas llegar hasta aquí". Mas el varón, inspirado por Dios, le respondió:

«Hijo, todos expulsan de sí la impureza, pero tú me la traes. Pero está escrito: “No juzguen, para no ser juzgados”. Aunque sea pecador, el Señor lo salvará. Porque está escrito: “Oren los unos por los otros para ser curados”». Y después de esta palabra, hizo oración y el demonio se escapó del hombre dejándolo sano. Cuando, según la costumbre, vino el presbítero, el anciano lo recibió con alegría. El buen Dios, al ver la ausencia de malicia del anciano le mostró una señal. Puesto que, cuando el domingo, se disponía a estar frente a la santa mesa, dijo el anciano: «Vi al ángel del Señor bajando desde el cielo, que puso su mano sobre la cabeza del clérigo y el clérigo se puso como una columna de fuego. Yo estaba asombrado por la visión y oí una voz que me decía: “Hombre ¿por qué te asombras por esto? Si un rey terrenal no permite que sus grandes estén sucios en su presencia, sino con mucha gloria, cuánto más la virtud divina no habrá de purificar a los que celebren los Santos Misterios, y están en presencia de la gloria celestial?”». El noble atleta de Cristo, Marcos el egipcio, fue grande y fue considerado digno de esta gracia, porque no juzgó al clérigo.

ABBA MACARIO, EL CIUDADANO

Fue una vez abba Macario, el de la ciudad, a cortar ramas, y los hermanos iban con él. El primer día ellos le dijeron: “Ven, come con nosotros, Padre”. Él fue y comió. El segundo día le pidieron otra vez que comiese. Pero él no quiso, sino que les dijo: “Ustedes, hijos, tienen necesidad de comer, todavía son carne, pero yo no quiero comer ahora”.

Fue abba Macario donde estaba abba Pacomio, de los tabenesiotas. Pacomio lo interrogó diciendo: “Cuando los hermanos no cumplen la regla, ¿es bueno corregirlos?”. Le respondió abba Macario: «Corrígelos y juzga justamente lo que está ante ti, pero nada juzgues fuera de ello. Porque está escrito: “¿Acaso no juzgan lo que es visible? Pero lo interno lo juzga Dios”».

ABBA NILO

Dijo abba Nilo: “Lo que hicieres para vengarte de un hermano que te ha perjudicado, todo ello brotará en tu corazón en el tiempo de la oración”.

Dijo también: “La oración es el germen de la mansedumbre y la ausencia de la ira”.

Dijo también: “La oración es el remedio de la tristeza y la angustia”.

Dijo también: “Ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres y tomando la cruz, renuncia a ti mismo para que puedas orar sin distracción”.

Dijo también: “Según demuestres ser filósofo por la paciencia, encontrarás el fruto en el tiempo de la oración".

Dijo también: “Sí quieres orar como es debido, no entristezcas el alma, porque de lo contrario correrías en vano”.

Dijo también: “No quieras administrar tus cosas como te parece a ti sino como place a Dios, y estarás libre de preocupaciones y agradecido en tu oración”.

Dijo también: “Bienaventurado el monje que se cree el más indigno de todos”

Dijo también: “Es invulnerable a las flechas del enemigo, el monje que ama la calma, pero el que se junta con las multitudes, recibe continuamente heridas”.

Dijo también: “El servidor que descuida la obra de su señor, está preparado para recibir el castigo

ABBA NESTEROS discípulo de san Juan Crisóstomo

Un hermano interrogó a un anciano diciendo: “¿Qué obra buena hay, para hacerla y vivir en ella?”. Le dijo el anciano: «Dios sabe lo que es bueno. Pero oí que uno de los Padres interrogó a abba Nesteros el grande, amigo de abba Antonio, y le dijo: “¿Qué obra buena puedo hacer?”. Y le respondió: “¿No son acaso iguales todas las obras? La Escritura dice: Abraham era hospitalario y Dios estaba con él. Elíseo amaba la quietud, y Dios estaba con él. David era humilde, y Dios estaba con él. Aquello hacia lo que ves que aspira tu alma, según Dios, eso pon por obra, y guarda tu corazón”».

Dijo abba José a Abba Nesteros: “¿Qué le haré a mi lengua, que no puedo dominarla?”. Le dijo el anciano: “¿Cuando hablas tienes descanso?”. Le respondió: “No”. El anciano le dijo: “Si no tienes descanso ¿para qué hablas? Más bien cállate y si te encuentras en medio de una conversación escucha en vez de hablar.”

Vio un hermano a abba Nesteros que llevaba dos túnicas, y lo interrogó diciendo: “Si viene un pobre y te pide un vestido, ¿cuál le darías?”. Le respondió el anciano diciendo: “El mejor”. Le dijo el hermano: “Si viene otro y te pide ¿qué le darás?”. Le respondió el anciano: “La mitad del otro”. El hermano dijo: “Si viene otro más a pedirte ¿qué le darás?”. Él respondió: “Cortaré lo que resta y le daré la mitad y me cubriré con lo demás”. De nuevo le dijo: “Si también esto te piden ¿qué harás?”. Dijo el anciano: “Le daré lo que me queda, e iré a sentarme a un lugar hasta que Dios se apiade y me cubra; y no pediré nada a nadie”.

Dijo abba Nesteros: «El monje debe decir, por la tarde y por la mañana, esta Palabra: “¿Qué hemos hecho de lo que Dios quiere, y qué hemos hecho de lo que El no quiere?”. Y de esta manera examinar toda su vida. Esfuérzate cada día para estar sin pecado en la presencia de Dios. Ruega a Dios de esta manera, como uno que está en su presencia, porque en verdad está presente. No legisles para ti, no juzgues a nadie. Es cosa ajena al

monje jurar, perjurar, mentir, airarse, ofender, reír. El que es estimado o exaltado por encima de su mérito, sufre un gran daño».

ABBA NESTEROS, EL CENOBITA

Cuando abba Pastor, que vivía en el cenobio, oyó acerca de abba Nesteros, deseó verlo, y se lo dijo a su abba para que lo enviase. Pero éste no queriendo enviarlo solo, no lo mandó. Después de unos días, el ecónomo del cenobio, que sufría una tentación, rogó a su abba que le permitiese ir a ver a abba Pastor para manifestarte su pensamiento. Él se lo permitió diciéndole: "Toma contigo al hermano, porque el anciano me habló de él y temiendo enviarlo solo, no lo mandé". Cuando llegó el ecónomo adonde estaba el anciano, le habló de sus pensamientos y lo curó. Después preguntó el anciano diciendo: "Abba Nesteros, ¿cómo has adquirido esta virtud, que cuando hay un motivo de turbación en el cenobio, no hablas ni intervienes?". Y el hermano, después de mucha insistencia del anciano dijo: «Perdóname, abba; cuando al principio ingresé en el cenobio, dije a mi pensamiento: "Tú y el asno son una misma cosa. Como el asno es golpeado y no habla; es injuriado y no responde, haz tú lo mismo. Como dice el salmista: 'Soy como un asno junto a ti, y por ello estaré siempre contigo"»

ABBA NICETAS

Decía abba Nicetas acerca de dos hermanos, que se juntaron para vivir juntos. Uno de ellos pensó en su interior diciendo: "Lo que quiera mi hermano, eso haré". Lo mismo pensó el otro diciendo: "Haré la voluntad de mi hermano". Vivieron muchos años con gran caridad. Al verlo el enemigo, descendió, queriendo separarlos, y se paró en el atrio. Y a uno se le apareció como una paloma y al otro como un cuervo. Uno dijo: "¿Ves la paloma?". El otro dijo: "Es un cuervo". Empezaron a discutir y contradecirse hasta que se levantaron, y lucharon hasta sacarse sangre, con gran alegría del enemigo. Al fin se separaron. Después de tres días volvieron en sí y pidiéndose mutuamente perdón, dijo cada uno lo que había visto, y reconociendo la guerra del enemigo, permanecieron hasta el fin sin separarse.

ABBA XANTHIAS

Dijo abba Xanthias: "El ladrón estaba en la cruz, y por una palabra sola fue justificado. Judas se contaba con los apóstoles y en una noche perdió todo el esfuerzo, y bajó del cielo al infierno. Por ello, no se gloríe el que obra bien; todos los que confiaron en sí mismos cayeron".

Subió una vez abba Xanthias desde Escete a Terenutis, y donde quedó para descansar, le ofrecieron, por el trabajo de la ascesis, un poco de vino. Supieron que él estaba, y le trajeron un endemoniado. Y el demonio comenzó a injuriar al anciano: "¿A este bebedor me han traído?". El anciano empero, no quiso expulsarlo, sino que dijo a causa de la injuria: "Confío en Cristo, en que antes de que concluya este vaso, saldrás". Y cuando comenzó el anciano a beber, gritó el demonio diciendo: "Tú me quemas, tú me quemas". Y antes de que lo terminase, salió por la gracia de Cristo.

Dijo el anciano: "El perro es mejor que yo, porque tiene amor y no va al juicio"

ABBA OLIMPIO

Dijo abba Olimpio: «Bajaba un día un sacerdote pagano hacia Escete y vino a mi celda y durmió allí. Al ver la conducta de los monjes me dijo: "Conduciéndose de este modo ¿nada ven de su Dios?". Le digo: "Nada". Me dijo el sacerdote: "Por cierto que a nosotros, que ofrecemos sacrificios a nuestro dios, no nos oculta nada, sino que nos revela sus misterios. Pero ustedes, haciendo estos esfuerzos, vigilias, soledades y ascesis, dicen: 'Nada vemos'. En verdad, si no ven nada, es que tienen en sus corazones pensamientos malos, que los alejan de su Dios, y por eso no les revela sus misterios". Fui y dije a los ancianos las palabras del sacerdote. Y se admiraron, y dijeron que así es. Los pensamientos impuros separan a Dios de los hombres».

Abba Olimpio de Las Celdas fue atacado por la fornicación. El pensamiento le dijo: "Ve, toma mujer". Se levantó y, haciendo barro, se fabricó una mujer y se dijo: "Aquí tienes a tu mujer. Es necesario que trabajes mucho para que puedas alimentarla". Y trabajaba esforzándose mucho. Al día siguiente, hizo nuevamente barro y se fabricó una hija y dijo a su pensamiento: "Tu mujer dio a luz. Es necesario que trabajes aún más, para poder alimentar y vestir a tu criatura". Y lo hacía hasta extenuarse. Dijo entonces al pensamiento: "No puedo ya soportar el trabajo". Y agregó: "Si no puedes soportar el trabajo, tampoco busques mujer". Y viendo Dios su sufrimiento, le quitó la lucha y descansó.

ABBA ORSISIO

Dijo abba Orsisio: "Un ladrillo crudo puesto como fundamento junto a un río, no resiste ni un día, pero el cocido resiste como piedra. Asimismo el hombre que tiene un sentir carnal y no arde como José en el temor de Dios, se disuelve cuando llega a un puesto principal. Son muchas las tentaciones de estos, que están en medio de los hombres. Es bueno que el que conoce su propia medida, rehúya el peso del mando. Los que están firmes en la fe, son inconmovibles. Si alguien quisiera hablar del santísimo José, debe decir que no era terrenal. ¡Cuántas tentaciones tuvo, y en qué región, donde no había señal de piedad hacia Dios! Pero el Dios de sus padres estaba con él y lo libró de todas las tribulaciones y ahora

está con sus padres en el reino de los cielos. Nosotros también, conociendo nuestra medida, luchemos; apenas si podremos escapar del juicio de Dios.

Dijo también: “Considero que si el hombre no guarda bien su corazón, olvidará y descuidará todo lo que oye y de este modo, el enemigo, encontrando lugar en él, lo hará caer. Es como la lámpara preparada y ardiente, si se descuida de ponerle aceite, poco después se apagará y después podrán más las tinieblas que ella. Y no sólo esto, sino que si una rata se acerca a la lámpara, buscando roer la mecha, no puede hacerlo antes de que se apague la lámpara y enfríe el aceite. Pero cuando ve que la lámpara, no sólo está sin luz, sino también sin calor, al tirar de la mecha, hace caer también la lámpara. Si ésta es de barro, se rompe, si es de bronce, el dueño de casa la llenará de nuevo. De manera semejante, en el alma negligente, el Espíritu Santo se va alejando poco a poco, hasta que al fin, pierde su calor y viene entonces el enemigo y come el fervor del alma y la maldad apaga también el cuerpo. Pero si el hombre es bueno en su unión con Dios, y en su simplicidad ha sido, arrastrado a la negligencia, Dios, en su misericordia, le envía su temor y el recuerdo de los castigos futuros, y lo dispone para que sea vigilante y se guarde, en el futuro, con mucha prudencia hasta su venida”.

ABBA PASTOR

Antes de que llegasen los que estaban con abba Pastor, había en Egipto un anciano muy conocido y estimado. Cuando subieron desde Escete los que estaban con abba Pastor, los hombres abandonaron al anciano y acudían a abba Pastor. Este se afligió y dijo a sus hermanos: “¿Qué haremos a este gran anciano, porque los hombres nos han puesto en apuros, abandonando al anciano y acudiendo a nosotros, que no somos nada? ¿Cómo podremos aliviar al anciano?”. Y les dijo: “Hagan un poco de comida y tomen un odre de vino, y vamos adonde él está y comeremos juntos; de este modo, tal vez, podamos aliviarlo”. Tomaron el alimento y partieron. Cuando golpearon a la puerta, preguntó su discípulo: “¿Quiénes son?”. Ellos respondieron: “Di al abba que está Pastor, que quiere ser bendecido por ti”. Cuando se lo anunció el discípulo, contestó: “Vete, no puedo”. Ellos, sin embargo, permanecieron bajo el sol diciendo: “No nos alejaremos si no logramos ver al anciano”. El anciano, al ver su humildad y su paciencia, se condolió y les abrió, y entrando, comieron con él. Mientras comían dijo: “En verdad, no sólo es verdad lo que oí de ustedes, sino que en su obra lo he visto cien veces más”. Y fue su amigo desde aquel día.

Un hermano de los que estaban cerca de abba Pastor, fue al extranjero y encontró cierto anacoreta, que era caritativo y muchos acudían a él. El hermano le habló de abba Pastor. Y al oír su virtud, quiso ir a verlo. Cuando el hermano hubo regresado a Egipto, después de un tiempo se levantó el anacoreta, y fue a lo del hermano de Egipto que él había recibido, puesto que le había indicado dónde vivía. Al verlo se asombró y se alegró mucho. El anacoreta dijo: “Hazme la caridad, llévame adonde se encuentra abba Pastor”. Lo llevó hasta donde estaba el anciano y se lo presentó en estos términos: “Es un gran hombre, que tiene mucha caridad y es muy honrado en su región. Le hablé de ti y ha venido con el deseo de verte”. Lo recibió con alegría y después de saludarse se sentaron. Comenzó el extranjero a hablar de la Escritura, acerca de cosas espirituales y celestiales. Abba Pastor

volvió su rostro y no le respondió. Viendo que no hablaba con él, se retiró entristecido y dijo al hermano que lo había llevado: “Inútilmente he hecho este viaje, fui donde el anciano y no ha querido hablar conmigo”. Entró el hermano en lo de abba Pastor y le dijo: “Abba, por ti ha venido este gran hombre, que tiene tanta gloria en su región ¿por qué no le has hablado?”. Y le respondió el anciano: “Él es de las alturas y habla de cosas celestiales. Yo soy de aquí abajo y hablo de cosas terrenales, si me habla de cosas espirituales, yo nada sé de ellas; pero si me habla de las pasiones del alma, le responderé”. Saliendo de allí el hermano le dijo: “El anciano no habla fácilmente de la Escritura, pero si alguien le habla de las pasiones del alma, le responde”. Él, arrepentido, fue adonde estaba el anciano y le dijo: “¿Qué haré, abba, porque me domina la pasión del alma?”. Y el anciano le respondió con alegría, diciéndole: “Ahora vienes bien, abre tu boca para estas cosas y la llenaré de bienes”. Él, muy edificado, dijo: “Este es el verdadero camino”. Y dando gracias a Dios por haber merecido encontrar un santo semejante, se volvió a su región.

Un presbítero de Pelusio oyó decir que algunos hermanos iban a la ciudad con frecuencia, frecuentaban los baños y no ejercían la guardia sobre sí mismos. Por lo que les quitó el hábito cuando fue a la synaxis. Pero después, sintiéndose afligido en el corazón por esa causa, se arrepintió y fue a ver a abba Pastor, como embriagado por sus pensamientos. Llevó consigo los levitones de los hermanos e informó al anciano sobre lo sucedido. El anciano le dijo: “¿Por ventura, no queda en ti nada del hombre viejo? ¿Lo has apartado de ti?”. El presbítero le respondió: “Aún participo del hombre viejo”. Entonces le dijo el anciano: “Ves, tú también eres como los hermanos. Porque si todavía participas algo de lo antiguo, te hallas de modo semejante sujeto al pecado”. Fue entonces el presbítero y llamó a los hermanos y, pidiéndoles perdón, los vistió con el hábito monástico y los dejó marchar.

Interrogó un hermano a abba Pastor, diciendo: “He cometido un gran pecado y quiero hacer penitencia durante tres años”. El anciano le respondió: “Es demasiado”. El hermano le dijo: “¿Y durante un año?”. El anciano volvió a decirle: “Es demasiado”. Los que se hallaban presentes dijeron: “¿Y durante cuarenta días? “Volvió a decirles: “Es demasiado”. Y agregó: “Por mi parte digo que si un hombre se arrepiente de todo corazón y no vuelve a pecar, Dios lo recibe en tres días”.

Abba Anub interrogó a abba Pastor acerca de los pensamientos impuros que engendra el corazón del hombre y acerca de los vanos deseos. Abba Pastor le dijo: «“¿Se gloriará acaso el hacha sin aquél que corta con ella?”. También tú: no les extiendas la mano y estarán ociosos».

Dijo también abba Pastor: “Si Nebuzardán, el jefe de la cocina, no hubiera venido, el templo del Señor no hubiera sido incendiado. Esto significa que si la dejadez de la gula no viniese al alma, el espíritu no caería en el combate con el enemigo”.

Abba Isaías interrogó a abba Pastor acerca de los pensamientos impuros. Abba Pastor le dijo: “Así como se corrompen con el tiempo los vestidos que se dejan olvidados en un arca, también los pensamientos, si no los ponemos corporalmente en práctica, se corrompen, es decir, desaparecen”.

Abba José preguntó acerca del mismo pensamiento y abba Pastor le, respondió: “Si alguien arroja una serpiente y un escorpión dentro de una vasija y la cierra, con el tiempo

ellos desaparecerán por completo. Lo mismo sucede con los malos pensamientos: sugeridos por los demonios, desaparecen por la paciencia".

Un hermano vino a ver a abba Pastor y le dijo: "Siembro mi campo y hago caridad con ello". El anciano le dijo: "Haces bien", y aquél partió con fervor e intensificó la caridad. Abba Anub, al escuchar esto, le dijo: "¿No temes a Dios, que le has hablado así al hermano?". El anciano guardó silencio. Dos días más tarde, abba Pastor vio llegar al hermano y le dijo, en presencia de abba Anub: "¿Qué me dijiste el otro día? Puesto que tenía la mente en otra parte". El hermano respondió: "Te dije que siembro mi campo y hago caridad con ello". Abba Pastor le dijo: "Pensé que te referías a tu hermano que vive en el mundo. Pero si eres tú quien obra así, ello no es propio de un monje". Al escuchar esto, aquél se entristeció y dijo:"No sé hacer ningún otro trabajo fuera de este, y no puedo dejar de sembrar mi campo". Cuando se hubo marchado, abba Anub hizo una metanía y dijo: "Perdóname". Abba Pastor le dijo: "Yo sabía también, desde el comienzo, que ese no era trabajo propio de un monje, pero le hablé conforme a sus ideas y le di aliento para que aumentara su caridad. Pero ahora se ha marchado triste y obrará nuevamente como antes".

Dijo también: "La experiencia es una cosa buena, porque ella enseña al hombre paciente".

Dijo también: "Un hombre que enseña y no pone en práctica las cosas que enseña, es semejante a una fuente que abreva y lava a todo el mundo, pero que no puede purificarse a sí misma".

Dijo también: "Hay un hombre que parece callar, pero que condena a otros en su corazón; ese tal habla constantemente. En cambio, hay otro que habla de la mañana a la noche, y sin embargo guarda silencio; es decir, no dice nada que no sea de provecho".

Un hermano se llegó adonde abba Pastor y le dijo: "Abba, tengo innumerables pensamientos y ellos me ponen en peligro". El anciano lo llevó fuera y le dijo: "Llena tu pecho y retiene el aire". Pero aquél le dijo: "No puedo". El anciano le dijo: "Si no puedes hacer esto, tampoco puedes impedir que lleguen a ti los pensamientos, pero el resistirlos depende de ti".

Dijo abba Pastor: "Si se encuentran tres hermanos, de los cuales uno guarda la paz interior con perfección, el otro da gracias a Dios en las enfermedades y el tercero sirve a otros con un corazón puro, los tres están obrando lo mismo".

Dijo también: «Está escrito: "Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a ti, Dios mío". En efecto, los ciervos en el desierto engullen muchos reptiles, y como el veneno los quema, desean ir a beber a las fuentes para refrescar el ardor del veneno de las serpientes. Del mismo modo, los monjes que permanecen en el desierto son abrasados por los demonios malvados, y suspiran por el sábado y el domingo, para ir a las fuentes de las aguas, es decir, el Cuerpo y la Sangre del Señor, para ser purificados de la amargura del maligno».

Abba Pastor dijo: "Estas tres virtudes: la vigilancia, el conocimiento de sí mismo y el discernimiento, son las guías del alma".

Dijo también: “Los instrumentos del alma son: postrarse en presencia de Dios, no medirse a sí mismo y abandonar la voluntad propia”.

Dijo también: “La victoria sobre toda dificultad que te sobreviniere es guardar silencio”.

Dijo también: «Un hermano interrogó a abba Alonios diciendo: “¿Qué significa llegar a ser como la nada?”. El anciano le respondió: “Es permanecer debajo de los seres irracionales y saber que están libres de condena”».

Dijo también: «Si el hombre recordara aquella sentencia que dice: “Por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado”, optaría más bien por callar».

Dijo también: “La distracción es el principio de los males”.

El anciano dijo también: «Un hermano preguntó a abba Pambo: “¿Es bueno alabar al prójimo?”. El anciano le respondió: “Mejor es callar”».

Dijo también: “El hombre necesita de la humildad y del temor de Dios como del aliento que sale de sus narices”.

Un hermano le dijo a abba Pastor: “Si doy a mi hermano un poco de pan o de cualquier otra cosa, los demonios lo ensucian como si lo hiciera para agradar a los hombres”. El anciano le dijo: “Aunque se haga para agradar a los hombres, demos igualmente lo necesario al hermano”. Y le refirió la siguiente parábola: “Dos agricultores vivían en la misma ciudad, uno de ellos sembraba y recogía pocos y malos frutos. El otro, que no se tomaba el trabajo de sembrar, no recogía nada. Si llegara un hambre, ¿cuál de los dos hallaría de qué vivir?”. El hermano respondió: “El que recogía pocos y malos frutos”. El anciano le dijo: “Obremos también nosotros así: sembremos un poco, aunque sea malo, para no morir de hambre”.

Abba Pastor dijo: «La voluntad del hombre es un muro de bronce entre él y Dios, una piedra interpuesta. Por eso, el abandonarla, el hombre se dice para sí: “En mi Dios atravieso el muro”. Si la justicia concuerda con la voluntad, el hombre se esfuerza».

Dijo también: «Estando los ancianos sentados cierta vez para comer, abba Alonios se levantó para servir, y ellos, al verlo, lo alabaron. Pero él no respondió absolutamente nada. Entonces alguien le dijo en privado: “¿Por qué no respondiste a los ancianos que te alabaron?”. Abba Alonios le dijo: “Si les hubiera respondido, estaría aceptando sus alabanzas”».

Dijo también: “Los hombres hablan a la perfección, pero son muy poco consecuentes al obrar”.

Dijo también: «La pobreza, la aflicción, la austeridad, y el ayuno son los instrumentos de la vida solitaria. Porque está escrito: “Si estos tres hombres, Noé, Job y Daniel, estuvieran juntos, vivo yo, dice el Señor”. En efecto, Noé es figura de la pobreza, Job del sufrimiento y Daniel de la discreción. Si estas tres prácticas estuvieran en el hombre, el Señor habitará en él».

Abba José decía: “Estando sentados con abba Pastor, llamó éste a Agatón con el nombre de abba. Nosotros le dijimos: ¿Por qué lo llamas abba, siendo todavía tan joven? Abba Pastor respondió: Porque su boca lo hizo digno de ser llamado abba”.

Dijo abba Pastor: “Enseña a tu boca a hablar las cosas que hay en tu corazón”.

Dijo también: “Si el monje vence en dos cosas podrá librarse del mundo”. Le preguntó el hermano: “¿Cuáles son?”. Él le dijo: “El deseo carnal y la vanagloria”.

Abraham, el discípulo de abba Agatón, interrogó a Abba Pastor diciendo: “¿Por qué me combaten los demonios?”. Le dijo abba Pastor: “¿Te combaten los demonios? No combaten contra nosotros mientras hacemos nuestra propia voluntad. Nuestras voluntades propias son las que se convierten en demonios, y son ellas quienes nos afligen para que las cumplamos. Pero si quieres ver contra quienes luchan los demonios, es contra Moisés y los que son como él”.

Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Si veo a un hermano de quien he oído decir que pecó, no quiero introducirlo en mi celda, pero si veo a uno que es bueno, me alegro con su presencia”. El anciano le dijo: «Si haces un pequeño bien al hermano justo, haz con el otro el doble, porque está enfermo. En efecto, había en un cenobio un anacoreta llamado Timoteo; el higúmeno supo que un hermano estaba tentado y preguntó a Timoteo sobre ello. Este le aconsejó echar fuera al hermano. Así, pues, cuando aquél fue expulsado, la tentación del hermano cayó sobre Timoteo, hasta el punto de pecar. Entonces, Timoteo lloró en presencia de Dios diciendo: “He pecado, perdóname”. Y vino una voz que le dijo: “Timoteo, no pienses que te ha venido esto por otra razón que la de haber despreciado a tu hermano en el tiempo de la tentación”».

Dijo también: «Cuando un hermano iba a ver a abba Juan Colobos, él le ofrecía la caridad de la que habla el Apóstol: “La caridad es paciente, es benévola”».

Dijo también: “No entregues tu corazón a lo que no lo llena”.

Dijo también: “Si te desprecias a ti mismo, hallarás descanso en cualquier lugar en que te encuentres”.

Dijo también: “La voluntad y el descanso, y la costumbre de estas cosas trastornan al hombre”.

Dijo también: “Si tú eres silencioso, hallarás descanso dondequiera te encuentres”.

Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “Si un hombre está envuelto en algún pecado, y se convierte, ¿es perdonado por Dios?”. El anciano le dijo: «¿Acaso Dios, que manda obrar así a los hombres, no lo hará aún más? Él ordenó a Pedro diciendo: “Hasta setenta veces siete”

Abba Pastor dijo: “El monje no se queja, el monje no se desquita, el monje no es colérico”.

Algunos ancianos fueron a ver a abba Pastor, y le dijeron: “Si vemos a los hermanos dormitando durante la synaxis, ¿quieres que los reprendamos, para que estén despiertos en la vigilia?”. Pero él les respondió: “Cuando veo un hermano que duerme, pongo su cabeza sobre mis rodillas y lo dejo descansar”.

Contaban acerca de un hermano, que sufría la tentación de la blasfemia, y le daba vergüenza decirlo. Donde oía que había grandes ancianos, iba a verlos, para exponerla a ellos, pero cuando llegaba, tenía vergüenza de confesarlo. Muchas veces fue a ver a abba Pastor. Y el anciano veía que tenía tentaciones, y se afligía porque el hermano no lo manifestaba. Un día le dijo: “Desde hace tanto tiempo vienes hasta aquí para decirme tus pensamientos, y cuando llegas no los quieres decir, sino que te vuelves afligido, como has venido. Dime, hijo, lo que tienes”. Él respondió: “El demonio me empuja a la blasfemia contra Dios, y me avergüenza decirlo”. Cuando lo hubo dicho, sintió un alivio. Y el anciano le dijo: «No te aflijas, hijo; cada vez que llega a ti la tentación, di: “No tengo culpa en esto; tu blasfemia sea sobre ti, Satanás. Mi alma no lo quiere”. Lo que el alma no quiere, dura poco». Y el hermano se marchó curado.

Abba Pastor dijo: “Si un hombre se reprende a sí mismo, está protegido por todas partes”.

Dijo también que abba Amonas decía: “Un hombre puede estar cien años en la celda sin aprender cómo vivir en la celda”.

Estando sentado cierta vez abba Isaac junto a abba Pastor, se oyó el canto de un gallo. Dijo aquél: “¿Es posible oír estas cosas aquí, abba?”. Respondió diciendo: “Isaac, ¿por qué me obligas a hablar? Tú y los que son semejantes a ti oyen estas cosas, pero el que vigila no hace caso de ellas”.

Interrogó un hermano a abba Pastor, diciendo: “Dime una palabra”. El anciano le dijo: “Cuando la olla está caliente, ni la mosca ni el reptil pueden tocarla. Pero cuando está fría, se instalan en ella. Así le ocurre al monje: mientras permanece en las prácticas espirituales, el enemigo no encuentra el modo de abatirlo”.

Abba José decía que abba Pastor había dicho: «Lo que está escrito en el Evangelio: “El que tiene una túnica, que la venda, y compre una espada”, quiere decir que el que goza de reposo, lo abandone, y tome el camino estrecho”.

Dijo también: “No hay caridad más grande que la de dar la vida por el prójimo. Porque si uno oye una palabra mala, es decir, que causa tristeza, y pudiendo decirla él también, lucha para no decirla, o si es engañado, y lo soporta y no retribuye al que así obró con él, este hombre da su vida por su prójimo”.

Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Qué es un hipócrita?”. El anciano le respondió: «Hipócrita es aquel que enseña a su prójimo aquellas cosas que él no hace. Está escrito: “¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y hay una viga en tu ojo?”

Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: “¿Qué es airarse vanamente contra un hermano?”. Le respondió: “Si te aíras contra tu hermano por cualquier ofensa con que te

injuria, te enojas sin causa. Aunque te arranque el ojo derecho y te corte la mano derecha, si te enojas, te enojas vanamente. Pero si se aparta de Dios, entonces sí, aírate".

Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: "¿Qué he de hacer con mis pecados?". El anciano le dijo: «El que desea limpiarse de sus pecados, los lava con el llanto, y el que desea adquirir las virtudes las adquiere con el llanto. En efecto, llorar es el camino que nos dieron la Escritura y nuestros Padres, diciendo: "Lloren". Ciertamente, no hay otro camino fuera de éste».

Un hermano preguntó a abba Pastor: "¿Qué es el arrepentimiento del pecado?". El anciano le respondió: "No cometerlo ya en adelante. Por esta razón, los justos fueron llamados irreprochables, porque abandonaron el pecado y se volvieron justos".

Dijo también: "La malicia de los hombres está escondida dentro de ellos".

Un hermano interrogó a abba Pastor, diciendo: "¿Puede estar muerto un hombre?". Le respondió: "Si se inclina hacia el pecado, se vuelve moribundo; pero si se inclina al bien, vive y actúa".

Dijo abba Pastor que el bienaventurado Antonio había dicho que el gran poder del hombre consiste en que arroje sus faltas sobre sí, en la presencia de Dios, y espere la tentación hasta el último suspiro.

Preguntaron a abba Pastor a quién se refería la palabra de la Escritura: "No inquieten por el mañana". El anciano respondió: «Se dijo para el hombre tentado y débil, para que no se aflija, diciendo: "¿Cuánto tiempo permaneceré en esta tentación?"; sino que, más bien, piense y diga cada día: "Hoy"».

Dijo también: "Enseñar al prójimo corresponde al hombre sano y sin pasiones, porque ¿de qué sirve edificar la casa de otro y destruir la propia?".

Dijo también: "Todas las cosas desmesuradas provienen de los demonios".

Dijo también: "Cuando un hombre se apresta a construir una casa, recoge las cosas necesarias para edificarla y reúne las distintas clases de materiales. Así también adquiramos un poco de todas las virtudes".

Abba Pastor dijo que un hermano interrogó a abba Simón, diciendo: "Si al salir de mi celda encuentro a mi hermano distraído, me distraigo con él; y si lo encuentro riendo, me río con él. Por eso cuando vuelvo a mi celda, ya no puedo tener descanso". El anciano le dijo: "¿Pretendes tú al volver a tu celda encontrarte como estabas al salir de ella, si cuando encuentres a los que ríen, ríes con ellos, y cuando encuentras a los que hablan, hablas con ellos?". El hermano le dijo: "¿Entonces qué?". El anciano le dijo: "Guarda la vigilancia en el interior y guarda la vigilancia en el exterior".

Un hermano vino una vez a abba Pastor y, mientras estaba sentado con otros, alabó a un hermano que aborrecía el mal. Abba Pastor le dijo al que había hablado: "¿Qué es aborrecer el mal?". El hermano se sorprendió y no supo responder. Levantándose, hizo la

metanía ante el anciano diciendo: “Dime tú, ¿qué es aborrecer el mal?”. El anciano le dijo “Aborrecer el mal es esto: odiar uno mismo sus pecados y justificar a su prójimo”.

Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué haré con el peso que me oprime?”. El anciano le dijo: “Los barcos pequeños y grandes tienen cables como cinturones para que, si el viento no les es favorable, los aten a los pechos de los marineros para guiar con lentitud la nave, hasta que Dios envíe el viento. Pero si notan que está cayendo la oscuridad, entonces echan las anclas para que la nave no vaya a la deriva”.

Un hermano interrogó a abba Pastor acerca de las afrentas de los pensamientos. El anciano le dijo: “Esto se asemeja al hombre que tiene fuego a su izquierda y una taza de agua a su derecha. Si el fuego crece, toma agua de la taza y lo extingue. El fuego es la semilla del enemigo, y el agua significa postrarse en la presencia de Dios”.

Un hermano interrogó a abba Pastor diciéndole: “¿Qué es mejor, hablar o callar?”. El anciano le dijo: “El que habla a causa de Dios, obra bien; y el que calla a causa de Dios, también”.

Abba Pastor dijo: “Nosotros vemos tres actividades corporales en abba Pambo: la carencia de alimento hasta el atardecer, cada día; el silencio y mucho trabajo manual”.

Los hermanos de abba Pastor le decían: “Vayámonos de este lugar, puesto que los monasterios que hay aquí nos perturban y perdemos nuestras almas, y los niños que lloran no nos dejan vivir en la paz”. Abba Pastor les dijo: “A causa de las voces de los ángeles quieren apartarse de aquí”.

Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Encontré un lugar donde el reposo no es turbado por los hermanos. ¿Quieres que viva allí?”. El anciano le dijo: “Permanece allí donde no molestes a tu hermano”.

Abba Pastor dijo: “Estas tres cosas son útiles: temer al Señor, orar y hacer el bien al prójimo”.

Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué haré?”. El anciano le dijo: “¿De qué tendremos que preocuparnos cuando Dios nos visite?”. El hermano respondió: “De nuestros pecados”. El anciano le dijo: “Entremos a nuestra celda y sentados hagamos memoria de nuestros pecados, y el Señor vendrá en nuestra ayuda en todas las cosas”.

Dijo también: “La malicia de ningún modo extingue la malicia; pero si alguien te hace daño, hazle el bien. Porque por el bien hecho destruyes la malicia”.

Dijo también: “enseña a tu corazón a guardar lo que tu lengua enseña”.

Preguntó un hermano a abba Pastor: “¿Cómo debo comportarme en el lugar en que habito?”. Le respondió el anciano: “En el lugar en que habitas piensa que eres extranjero, de esa manera no pretenderás hacer gala de tu palabra y tendrás la paz”.

Dijo él mismo: «David escribió a Joab: “Continúa la lucha. Te apoderarás de la ciudad y la saquearás”. La ciudad es el enemigo, (es decir el diablo)»

Dijo también: «Joab habló así al pueblo: “Sean valientes e hijos de la fuerza y combatiremos por el pueblo de nuestro Dios”. Estos hombres somos nosotros». Dijo también: “No puede el hombre conocer las potencias exteriores, pero si entran en él, las combate y expulsa”.

Dijo también: “No abras tu conciencia al hombre en quien no confía tu corazón”.

Dijo abba Pastor: “Digo que en el lugar en que hay batalla, hay que militar”.

Dijo abba Pastor: “Si el alma se aleja de quien ama discutir sobre palabras, y del desorden y confusión humanas, llegará a ella el Espíritu de Dios y entonces podrá engendrar, aunque sea estéril”.

Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “¿Qué haré con mis pecados?”. Le dijo el anciano: “Llora en tu interior, pues la liberación de los pecados y el nacimiento de las virtudes se hacen, ambos, por la compunción”.

ABBA PAMBO

Unos hermanos vinieron un día adonde abba Pambo, y uno de ellos lo interrogó diciendo: “Abba, yo ayuno dos días, y después como dos panes, ¿estoy salvando mi alma, o me engaño?”. El otro dijo: “Abba, yo obtengo por el trabajo de mis manos dos monedas cada día, me guardo un poco para el alimento y el resto lo doy para limosma. ¿Me salvaré o me perderé?”. Estuvieron rogándole durante mucho tiempo, y no tuvieron respuesta. Después de cuatro días, cuando ya estaban por retirarse, los clérigos los exhortaban diciendo: “No se entristezcan, hermanos, Dios les da el salario, esta es la costumbre del anciano: no hablar rápidamente, si Dios no lo inspira”. Entraron entonces adonde estaba el anciano y le dijeron: “Abba, ruega por nosotros”. Les dijo: “¿Quieren marcharse?”. Le contestaron: “Sí”. Y atribuyéndose a sí mismo sus obras y escribiendo sobre la tierra, dijo: “Pambo ayuna dos días, y después come dos panes, ¿se hace monje por esto? No. También Pambo trabaja por dos monedas y da limosna, ¿acaso se hace monje por esto? Tampoco”. Les dijo: “Son buenas las obras, pero si guardas la conciencia para con tu prójimo, entonces te salvarás”. Y ellos, satisfechos, partieron con alegría.

Cuatro escetiotas, vestidos con pieles, vinieron a ver al gran Pambo, y cada uno le dijo la virtud de su vecino, uno ayunaba mucho, el segundo era pobre, el tercero había adquirido mucha caridad. Del cuarto decían que vivía desde hacía veintidós años en la obediencia de un anciano. Abba Pambo les respondió: “Les digo, la virtud de éste es la mayor. Porque cada uno de ustedes, en la virtud que deseaba adquirir, lo ha hecho según su voluntad, pero éste, renunciando a su voluntad, hace la voluntad de otro. Estos hombres son mártires si perseveran hasta el fin”.

El arzobispo Atanasio de Alejandría, de santa memoria, rogó a abba Pambo que bajase desde el desierto a Alejandría. Cuando descendió, vio una actriz, y lloró. Como los que estaban allí le preguntaron por qué lloraba, dijo: “Dos cosas me han movido a ello; una, la perdición de esta mujer; otra, que no tengo tanta solicitud para agradar a Dios, como ésta a los hombres malos”.

Contaban acerca de abba Pambo que estaba moribundo y, en la misma hora de su muerte, dijo a los santos hombres que estaban de pie junto a él: “Desde que vine a este lugar en el desierto, y me edifiqué la celda y habité en ella, no recuerdo haber comido pan sino con el trabajo de mis manos, ni me arrepiento de alguna palabra dicha hasta ahora. Y sin embargo voy a Dios como quien no ha comenzado todavía a servir a Dios”.

Dijo abba Pambo: “Si tienes corazón, puedes salvarte”.

ABBA PIOR

Mientras el bienaventurado Pior trabajaba para alguien en la cosecha, se le avisó que tomara su salario, pero él, demorándolo, regresó al monasterio. Al volver el tiempo, fue a cosechar donde el mismo hombre, y trabajaba con ardor; como no le dio nada, retornó a su monasterio. Se cumplió el tercer año, y concluyó el anciano el trabajo acostumbrado, y se retiró sin recibir nada. Y el Señor hacía prosperar la casa del hombre, por lo que, tomando el salario, fue por los monasterios buscando al bienaventurado. Apenas lo encontró, se echó a sus pies y le dio el salario, diciendo: “A mí el Señor me lo ha dado”. Pero él mandó que se lo entregaran al presbítero de la Iglesia.

Se hizo una vez en Escete una reunión acerca de un hermano que había pecado. Y los padres hablaban, pero abba Pior callaba. Después, saliendo, llenó de arena un saco, lo cargó sobre sus espaldas y poniendo un poco de arena en una bolsa pequeña, la llevaba delante suyo. Le preguntaron los padres qué significaba ésto, y respondió: “Este saco que tiene mucha arena son mis pecados, que son muchos y lo he echado a mis espaldas para no afligirme ni llorar por ellos. Y este pequeño es el de mi hermano, que tengo delante y me detengo a juzgarlo. No hay que hacer así, sino llevar delante mío los míos, y ocuparme de ellos, y rogar a Dios para que me los perdone”. Los padres se levantaron y dijeron: “Verdaderamente, éste es el camino de la salvación”.

ABBA PITIRION

Dijo abba Pitirion, discípulo de abba Antonio: “El que quiere expulsar a los demonios, primero debe someter las pasiones. Porque el que quiere dominar un vicio, expulsa al demonio de éste. Junto a la ira, dijo, está el demonio: si expulsas la ira, es expulsado su demonio. Del mismo modo ocurre en cada una de las pasiones”.

ABBA PISTAMÓN

Interrogó un hermano a abba Pistamón diciendo: “¿Qué he de hacer, puesto que me aflijo a causa de la venta de mis trabajos?”. Le respondió el anciano: “También abba Sisoes y los demás vendían el trabajo de sus manos; esto no es peligroso. Pero cuando vendas, di una sola vez el precio de cada objeto, si quieres rebajar algo el precio es cosa tuya. De esta manera encontrarás el descanso”. Le dijo después el hermano: “Si de otro modo obtengo lo necesario para mí, ¿quieres que me preocupe todavía por el trabajo manual?”. Y el anciano le respondió: “Aunque tengas lo suficiente no abandones el trabajo manual. Trabaja cuanto puedas, pero que sea sin turbación”.

ABBA PEDRO PIONITA

Decían acerca de abba Pedro y abba Epímaco, que eran compañeros en Raitu, que una vez, mientras comían en la iglesia, los quisieron llevar a la mesa de los ancianos. Con mucha dificultad fue abba Pedro, solo. Cuando se levantaron, abba Epímaco le dijo: “¿Cómo has osado ir a la mesa de los ancianos?”. Él respondió: “Si me hubiese sentado con ustedes, los hermanos me hubieran rogado que bendijese primero, como más anciano, y estaría como el mayor de entre ustedes. Pero al ir con los Padres era el menor de todos, y el más humilde en el pensamiento”.

Dijo abba Pedro: “No hay que enorgullecerse si el Señor hace algo por nuestro medio, sino más bien dar gracias por haber sido encontrados dignos de su llamado”. Decía que conviene pensar de este modo en toda virtud.

ABBA PAFNUCIO

Dijo abba Pafnucio: «Iba yo una vez de camino, y me perdí a causa de la niebla, y fui a dar cerca de una aldea. Vi allí a unos que vivían de modo inconveniente, y entonces me detuve y oré por mis pecados. Se presentó un ángel, armado con una espada, y me dijo: “Pafnucio, todos los que juzgan a sus hermanos mueren con esta espada. Tú, empero, no has juzgado, sino que te humillaste delante de Dios, como si hubieras pecado; por eso tu nombre está escrito en el libro de la vida”».

Decían acerca de abba Pafnucio que no bebía vino fácilmente. Yendo una vez de camino se encontró con una banda de ladrones, y éstos estaban bebiendo vino. El jefe de los ladrones lo conocía, y sabía que no bebía vino. Al verlo muy fatigado, tomó una copa de vino y, espada en mano, dijo al anciano: “Si no bebes, te mato”. Conoció el anciano que era voluntad de Dios que lo hiciese, y queriendo ganarse al hombre, tomó la copa y bebió. El jefe de los ladrones se inclinó ante él diciendo: “Perdóname, abba, porque te he apenado”. Y el anciano le respondió: “Confío en Dios que por esta bebida te harán misericordia en

esta vida y en la futura". El jefe de los ladrones dijo: "Confío en Dios que, a partir de este momento, no volveré a obrar mal". Y el anciano se ganó a toda la banda, renunciando por Dios a su voluntad propia.

camino se encontró con una banda de ladrones, y éstos estaban bebiendo vino. El jefe de los ladrones lo conocía, y sabía que no bebía vino. Al verlo muy fatigado, tomó una copa de vino y, espada en mano, dijo al anciano: "Si no bebes, te mato". Conoció el anciano que era voluntad de Dios que lo hiciese, y queriendo ganarse al hombre, tomó la copa y bebió. El jefe de los ladrones se inclinó ante él diciendo: "Perdóname, abba, porque te he apenado". Y el anciano le respondió: "Confío en Dios que por esta bebida te harán misericordia en esta vida y en la futura". El jefe de los ladrones dijo: "Confío en Dios que, a partir de este momento, no volveré a obrar mal". Y el anciano se ganó a toda la banda, renunciando por Dios a su voluntad propia.

ABBA PABLO EL COSMETA

Abba Pablo el cosmeta y Timoteo su hermano vivían en Escete, y muchas veces nacían disputas entre ellos. Dijo abba Pablo: "¿Hasta cuando hemos de seguir así?". Le respondió abba Timoteo: "Ten caridad, sopórtame cuando te molesto, cuando tu me molestes, yo te soportaré". Y obrando de este modo tuvieron tranquilidad por el resto de sus días.

El mismo abba Pablo y Timoteo eran cosmetas en Escete, y los hermanos los molestaban. Dijo Timoteo a su hermano: "¿Por qué seguimos en este oficio? No nos dejan en paz en todo el día". Y respondió abba Pablo diciéndole: "Nos basta la calma (hesiquía) de la noche, si nuestra mente está vigilante".

ABBA PABLO EL GRANDE

Dijo abba Pablo: "Sigue a Jesús".

ABBA PABLO EL SIMPLE

El bienaventurado abba Pablo el simple, discípulo de san Antonio, contaba a los Padres este suceso: «Fui una vez a un monasterio para visitar y edificar a los hermanos, y después del acostumbrado coloquio, entraron en la santa iglesia de Dios para la sinaxis habitual. El bienaventurado Pablo observaba a los que entraban a la iglesia, para ver con qué espíritu se acercaban a la sinaxis, porque había recibido del Señor la gracia de ver cómo estaba cada cual en su alma, así como nosotros nos vemos los rostros. Entraron todos con los ojos luminosos y el rostro brillante, y el ángel de cada uno estaba alegre por él. Y dijo: "Pero vi a un negro, con el cuerpo totalmente oscurecido y con demonios a su lado, que lo agarraban

y lo atraían hacia ellos y le ponían una argolla en la nariz; su santo ángel lo seguía de lejos, triste y abatido". Entonces Pablo se puso a llorar, golpeándose el pecho con la mano, y se sentó delante de la iglesia, llorando amargamente por el que había visto de esa manera. Los hermanos, advirtiendo el extraño comportamiento del anciano, el súbito cambio a las lágrimas y la compunción, le pidieron insistentemente que les dijera por qué lloraba, puesto que pensaban que lo hacía por una falta común. Le pedían también que entrara con ellos a la sinaxis. Pero rechazándolos, Pablo permaneció sentado fuera, lamentándose por el que había visto en ese estado. Poco tiempo después, concluida la sinaxis, mientras salían todos, miraba otra vez Pablo a cada uno para saber cómo salían. Y vio al hermano aquel, el mismo que tenía antes el cuerpo totalmente ennegrecido y tenebroso, que salía de la iglesia con el rostro luminoso, el cuerpo resplandeciente, y seguido de lejos por los demonios, mientras su santo ángel estaba cerca suyo y se alegraba mucho por él. Pablo entonces exultó de gozo, y se puso a gritar bendiciendo a Dios: "¡Inefable filantropía y bondad de Dios!". Corrió, y subiéndose a un lugar elevado dijo con voz fuerte: "¡Vengan y vean las obras de Dios, cuán temibles y admirables! ¡Vengan y vean a Aquel que quiere salvar a todos los hombres y que lleguen al conocimiento de la verdad! ¡Vengan, adoremos y postrémonos ante Él!, y digamos: 'Sólo Tú puedes quitar los pecados'". Acudieron todos rápidamente para oír lo que decía, y cuando estuvieron reunidos, relató Pablo lo que había visto antes de que entraran a la iglesia y lo que vio después, y pidió al hermano aquel que dijera la razón del cambio tan grande que Dios había obrado súbitamente en él. El hombre señalado por Pablo dijo, en presencia de todos, acerca de sí: "Yo soy un hombre pecador, que hasta ahora y desde hace mucho tiempo me he revolcado en la fornicación. Pero hoy, al entrar en la santa iglesia de Dios, escuché la lectura del santo profeta Isaías, o mejor de Dios que habla por él: 'Lávense, purifíquense, alejen las maldades de su corazón de delante de mis ojos, aprendan a obrar bien; y aunque sus pecados sean como la grana, los blanquearé como la nieve, y si quieren y me escuchan, comerán lo bueno de la tierra'. Y yo -continuó el fornicador- conmovido en mi alma por las palabras del profeta, gimiendo en mí interior dije a Dios: 'Tú eres Dios, y has venido al mundo para salvar a los pecadores; cumple en mí, pecador indigno, esto que has prometido por medio de tu profeta. Desde ahora te prometo, yo me obligo y de corazón te lo juro, que no volveré a cometer ninguna de esas malas acciones, sino que renuncio a toda maldad y desde ahora te he de servir con una conciencia pura. Hoy, oh Señor, y desde esta hora, recíbeme arrepentido y postrado ante Ti, y en lo sucesivo me abstendré de pecar'. Habiendo hecho estas promesas -dijo- salí de la iglesia, pensando en mi interior nunca más obrar mal ante Dios". Al oírlo, los demás clamaron a Dios con una sola voz: "¡Qué grandes son tus obras, Señor! ¡Todo lo hiciste con sabiduría!". Oh cristianos, conozcamos entonces por las divinas Escrituras y las santas revelaciones cuánta es la bondad de Dios para con los que acuden a Él sinceramente y corrigen en la penitencia sus faltas pasadas. Conozcamos como da otra vez los bienes prometidos, sin exigir satisfacción por los pecados anteriores, y no desesperemos de nuestra salvación. Como lo ha prometido por el profeta Isaías, lava a los que están envueltos en el lodo del pecado, los blanquea como lana y nieve, y los hace dignos de los bienes de la Jerusalén celestial; también, por el santo profeta Ezequiel nos aseguró con juramento que no nos perderá: "Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva"».

UN ABBA DE ROMA

Un monje llegado de Roma se instaló en Escete junto a la iglesia. Tenía con él un servidor que lo atendía. Al ver el presbítero su debilidad, y conociendo cual había sido su vida, le enviaba lo que precisaba de aquello que venía para la iglesia. Vivió veinticinco años en Escete, y fue vidente y muy conocido. Uno de los grandes monjes de Egipto, que había oído hablar de él, fue a verlo pensando que encontraría una vida extraordinaria en apariencia corpórea. Entró y lo saludó, y después de orar, se sentaron. Vio el egipcio que el anciano llevaba vestidos delicados, y tenía una cama con una piel y una pequeña almohada. Sus pies estaban limpios, y calzaba sandalias. Al ver esto se escandalizó, ya que en ese lugar no es costumbre vivir de esa manera, sino que más bien se practica la aspereza. Supo el anciano, porque era vidente, que se había escandalizado, y le dijo a su servidor: "Prepáranos hoy una fiesta, por este abba". Tenía allí unas pocas legumbres y las coció, y cuando fue la hora se levantaron y comieron. Tenía también un poco de vino a causa de la debilidad del anciano, y bebieron. Cuando atardeció rezaron doce salmos, y se acostaron, y durante la noche hicieron lo mismo. Por la mañana se levantó el egipcio y le dijo: "Ruega por mí", y se marchó sin haber sacado provecho alguno. Poco tiempo después de su partida, queriendo el anciano serle útil lo mandó llamar, y cuando llegó lo recibió nuevamente con alegría y lo interrogó, diciéndole: "¿De qué región eres?". Él respondió: "Soy egipcio". "¿De qué ciudad?". Y dijo: "Verdaderamente, no soy de la ciudad". Le preguntó: "¿Cuál era tu trabajo en la aldea?". Contestó: "Era guardián". Le preguntó: "¿Cómo dormías?". Él dijo: "En el campo". "¿Tenías -interrogó- un lecho para tu cuerpo?". Contestó: "No, ¿acaso voy a poner una cama en el campo?". "¿Cómo dormías, entonces?". Él dijo: "En tierra". Otra vez le preguntó: "¿De qué te alimentabas en el campo y qué bebías?". Respondió: "¿Hay acaso alimento y bebida en el campo?". "¿Cómo vivías entonces?". Contestó: "Comía pan duro y la poca sal que encontraba, y bebía agua". Respondiendo, el anciano le dijo: "Es gran trabajo. ¿Había en la aldea baño para lavarse?". Contestó: "No, cuando quería hacerlo tenía para eso el río". Cuando el anciano supo todo esto y conoció la aflicción de su vida anterior, queriendo serle útil, le relató su propio modo de vida en el mundo, diciendo: "Yo, el pobre que aquí ves, soy originario de la gran urbe de Roma, y fui grande en el palacio del Emperador". Al oír el egipcio el comienzo de sus palabras, cayó en la compunción y escuchó atentamente lo que contaba el anciano. Éste siguió diciendo: "Dejé la ciudad, y vine a este desierto. Yo, a quien ves aquí, tuve grandes mansiones y muchas riquezas, y despreciando todo aquello me vine a esta pequeña celda. Tuve, yo, a quien ves, lechos de oro con valiosas mantas, y en lugar de ellos me dio Dios esta cama y la piel; mis vestidos eran muy ricos, y en su lugar uso estas pobres ropas. También en mis comidas había un gasto enorme, y en lugar de él me dio Dios este plato de legumbres y este pequeño vaso de vino. Tenía muchos servidores que me atendían, y en su lugar Dios inspiró a este anciano para que me asistiera. En vez de baño, echo un poco de agua sobre mis pies, y uso sandalias a causa de mi enfermedad. Igualmente en lugar de las músicas y cítaras, digo los doce salmos. Por las noches, por los pecados que cometía, hago con calma mi pequeña liturgia. Te ruego, entonces, abba, que no te escandalices por mi debilidad". El egipcio, al oír todo esto, volviendo en sí dijo: "¡Pobre de mí, que he venido de las grandes aflicciones del mundo al descanso, donde lo que no tenía entonces, lo tengo ahora! Pero tu has venido del descanso a la aflicción, y de la gloria y la riqueza a la humildad y pobreza". Se retiró con mucho provecho y se hizo amigo suyo, y muchas veces

lo visitaba para edificarse. Era, en efecto, un varón discretísimo y lleno del buen olor del Espíritu Santo.

Dijo el mismo que un anciano tenía un buen discípulo. En un acceso de malhumor lo expulsó con su melota, pero el hermano permaneció sentado afuera de la celda. Cuando el anciano abrió, lo encontró sentado, y haciéndole una letanía le dijo: “Padre, la humildad de tu paciencia ha vencido mi estrechez de espíritu. Entra, y desde este momento tu serás el anciano y padre, y yo el joven y discípulo”.

ABBA RUFO

Interrogó un hermano a abba Rufo: “¿Qué es la hesiquía (es decir la quietud, silencio y paz interior), y para qué sirve?”. El anciano le respondió: “Es hesiquía permanecer en la celda con temor y conocimiento de Dios, absteniéndose del recuerdo de las ofensas y de la elevación del alma. La hesiquía es la madre de todas las virtudes, guarda al monje de las flechas ardientes del enemigo y no permite que sea herido por ellas. Así, por tanto, hermano, poséela, recordando tu muerte, puesto que no sabes a qué hora vendrá el ladrón. En fin, vive atento sobre tu alma”.

Dijo abba Rufo: «El que permanece en la obediencia al padre espiritual tiene mayor premio que el que se retira al desierto por propia voluntad”. Refirió también lo que había contado uno de los Padres: “Vi cuatro órdenes en el cielo: el primer orden, el hombre enfermo que da gracias a Dios; el segundo el que practica la hospitalidad y en ella permanece sirviendo; el tercer orden: el que vive en el desierto y no ve hombre alguno; el cuarto orden: el que permanece en la obediencia al padre y se somete a él por el Señor. Y el obediente llevaba un collar de oro y un escudo, y tenía más gloria que los demás. Dije al que me guiaba -contaba él-: “¿Por qué este, que es el menor, tiene más gloria que los demás?”. Él me respondió diciendo: “Porque el que practica la hospitalidad, hace su Dijo abba Rufo: «El que permanece en la obediencia al padre espiritual tiene mayor premio que el que se retira al desierto por propia voluntad”. Refirió también lo que había contado uno de los Padres: “Vi cuatro órdenes en el cielo: el primer orden, el hombre enfermo que da gracias a Dios; el segundo el que practica la hospitalidad y en ella permanece sirviendo; el tercer orden: el que vive en el desierto y no ve hombre alguno; el cuarto orden: el que permanece en la obediencia al padre y se somete a él por el Señor. Y el obediente llevaba un collar de oro y un escudo, y tenía más gloria que los demás. Dije al que me guiaba -contaba él-: “¿Por qué este, que es el menor, tiene más gloria que los demás?”. Él me respondió diciendo: “Porque el que practica la hospitalidad, hace su

ABBA SISOES

Un hermano, que había sido ofendido por otro hermano, fue a ver a abba Sisoes y le dijo: “He sido ofendido por un hermano, y quiero vengarme”. El anciano lo exhortaba diciendo:

“No, hijo, deja más bien la venganza a Dios”. Él insistía: “No descansaré hasta que no me haya vengado”. Le dijo el anciano: “Oremos, hermano”. Y levantándose el anciano dijo: “Oh Dios, ya no necesitamos que te ocupes de nosotros, porque nosotros mismos hacemos justicia”. Al oír esto, el hermano se echó a los pies del anciano diciendo: “Ya no buscaré vengarme de mi hermano; perdóname, abba”. Un hermano preguntó a abba Sisoes: “¿Por qué las pasiones no se retiran de mí?”. Le contestó el anciano: “Tienen su capital depositado en tu interior; devuélveles sus arras (o garantías), y se retirarán”.

uando abba Sisoes vivía en la montaña de abba Antonio, se demoró en ir hasta él su servidor, y no vio hombre alguno durante diez meses. Caminando por la montaña encontró un hombre de Farán que estaba cazando animales salvajes, y el anciano le dijo: “¿De dónde vienes? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?”. Él respondió: “En realidad, abba, ya llevo once meses en este monte, y no he visto hombre alguno fuera de ti”. Lo oyó el anciano, y mientras entraba en su celda se golpeaba el pecho diciendo: “¡Ah Sisoes! Creías haber hecho algo, y no has llegado todavía a lo que llegó este seglar”.

Interrogó un hermano a abba Sisoes diciendo: “Veo que la memoria de Dios permanece en mí”. Le respondió el anciano: “No es gran cosa que tu pensamiento permanezca con Dios. Pero es cosa grande que te veas a ti mismo por debajo de toda creatura. Esto, unido al trabajo corporal, conduce a la humildad”.

Abba Ammón de Raitu preguntó a abba Sisoes: “Cuando leo la Escritura, mi pensamiento quiere atender a la palabra para tener respuesta cuando me interrogan”. Le contestó el anciano: “No es necesario; procúrate más bien, por la pureza de espíritu, estar sin preocupación, y (entonces) habla”.

Un seglar iba con su hijo a ver a abba Sisoes en la montaña de abba Antonio. En el camino murió su hijo, y no se turbó, sino que lo llevó hasta donde estaba el anciano. Con fe, se postró con su hijo como quien hace una metanía, para recibir la bendición del anciano. Al levantarse, el padre dejó al niño a los pies del anciano y se retiró. El anciano, pensando que estaba haciendo la metanía ante él, le dijo: “Levántate, sal fuera”, porque no sabía que había muerto. Y él se levantó en seguida, y salió. Su padre se maravilló al verlo y, entrando, se prosternó ante el anciano y le anunció lo sucedido. El anciano, al oírlo, se entristeció, puesto que no quería que esto ocurriese. Su discípulo previno al padre del niño que no lo dijera a nadie hasta la muerte del anciano.

Tres ancianos fueron adonde estaba abba Sisoes, porque habían oído hablar de él. El primero le dijo: “Padre, ¿cómo podré salvarme del río de fuego?” . Pero no le respondió. Le dijo el segundo: “Padre, ¿cómo podré salvarme del rechinar de dientes y del gusano que no perece?”. El tercero le dijo: “Padre, ¿qué haré, porque el recuerdo de las tinieblas exteriores me mata?”. El anciano le contestó diciendo: “Yo no me acuerdo de nada de eso. Dios es misericordioso y espero que tenga misericordia de mí”. Al oír esta palabra, los ancianos se retiraron tristes. Pero el anciano no quiso dejarlos partir afligidos, y llamándolos de vuelta les dijo:” ¡Bienaventurados son, hermanos! Les tengo envidia. El primero de ustedes habló del río de fuego, el segundo habló del tártaro y el tercero de las tinieblas. Si su espíritu tiene este recuerdo en su poder, es imposible que pequen. ¿Qué haré yo, duro de corazón, a quien no se le concedió siquiera saber si hay un castigo para

los hombres, y por eso peco a toda hora?". Ellos, haciendo la metanía, dijeron: "Como lo habíamos oído, (es) también lo que hemos visto"

Abba José interrogó a abba Sisoes: "¿En cuánto tiempo debe el hombre cortar con las pasiones?". Le contestó el anciano: "¿Quieres saber cuánto tiempo?". Abba José dijo: "Sí". El anciano replicó: "Cada vez que llega la pasión debes cortarla en seguida".

Unos arríanos fueron a ver a abba Sisoes en la montaña de abba Antonio, y comenzaron a hablar contra los ortodoxos. El anciano no les respondió, pero llamando a su discípulo le dijo: "Abraham, trae el libro del bienaventurado Atanasio, y léelo". Y ellos se callaron, y fue conocida su herejía. Él los despidió en paz.

Un hermano interrogó a abba Sisoes: "¿Por qué dejaste Escete, donde vivías junto a abba Or, y viniste a habitar aquí?". El anciano le contestó: "Cuando Escete comenzó a poblarse, oí yo que había muerto abba Antonio, me levanté y vine a la montaña, y encontré que el lugar era calmo, entonces he permanecido en él por un poco de tiempo". El hermano le preguntó: "¿Cuánto tiempo llevas aquí?". El anciano le contestó: "Setenta y dos años".

Vinieron un día los sarracenos y despojaron al anciano y a su hermano. Fueron ellos al desierto buscando algo para comer, y el anciano encontró estiércol de camello, y abriéndolo halló granos de cebada. Comió un grano y puso el otro en su mano. Llegó su hermano, y lo encontró comiendo, y le dijo: "¿Es esta caridad, que encuentras alimento y comes solo, y no me llamas?". Le respondió abba Sisoes: "Te hago injusticia, hermano: mira tu parte que guardaba en mi mano".

Un padre interrogó a abba Sisoes, diciendo: "Si mientras estoy en el desierto viene un bárbaro, queriendo matarme, y consigo dominarlo, ¿debo matarlo?". Le respondió el anciano: «No. Más bien entrégalo a Dios. En cualquier prueba que llega al hombre, di: "Esto sucede por mis pecados". Si se trata de algo bueno, di: "Es por la providencia de Dios"».

Abba Amún de Raitu fue a Clysma a visitar a abba Sisoes. Al verlo afligido porque había abandonado el desierto, le dijo: "¿Por qué te afliges, abba ? ¿Qué podías ya hacer en el desierto?". Mirándolo fijamente, el anciano le contestó: "¿Qué me estás diciendo, Amún? ¿No me bastaba acaso en el desierto con la libertad del espíritu?".

Preguntó un hermano a abba Sisoes, diciendo: "¿Qué haré, abba, porque he caído?". Le contestó el anciano: "Levántate de nuevo". Dijo el hermano: "Me levanté pero caí otra vez". Le replicó el anciano: "Levántate una y otra vez". Le dijo entonces el hermano: "¿Hasta cuándo?". El anciano contestó: "Hasta que seas tomado, ya sea en el bien, ya sea en el crimen; puesto que el hombre se presentará al juicio en aquello en que sea encontrado".

Preguntó un hermano a abba Sisoes, diciendo: "¿Qué haré, abba, porque he caído?". Le contestó el anciano: "Levántate de nuevo". Dijo el hermano: "Me levanté pero caí otra vez". Le replicó el anciano: "Levántate una y otra vez". Le dijo entonces el hermano: "¿Hasta cuándo?". El anciano contestó: "Hasta que seas tomado, ya sea en el bien, ya sea en el crimen; puesto que el hombre se presentará al juicio en aquello en que sea encontrado".

Preguntaron a abba Sisoes: “Si un hermano peca ¿necesita hacer penitencia durante un año?”. Él respondió: “Es dura esta palabra”. Le preguntaron: “¿Por seis meses?”. Respondió él: “Es mucho”. Ellos dijeron: “¿Hasta cuarenta días?”. Contestó otra vez: “Es mucho”. Ellos preguntaron: “Entonces, si un hermano peca y en seguida se celebra un ágape, ¿también él debe asistir al ágape?”. Dijo entonces el anciano: “¡No! Es preciso hacer penitencia por unos pocos días. Porque confío en Dios que si uno hace penitencia con toda el alma, a los tres días ya lo recibe Dios”.

Dijo abba Sisoes: “Sé despreciado, echa atrás tuyo la voluntad propia, y alcanzarás la despreocupación y tendrás el descanso”.

Preguntó un hermano a abba Sisoes, diciendo: “¿Qué debo hacer?”. Le contestó: «La obra que buscas es un gran silencio y humildad. Porque está escrito: “Bienaventurados los que permanecen en él”. Y así podrás permanecer en ello».

Se contaba acerca de abba Sisoes que cuando estaba cercano su fin se encontraban los Padres junto a él, y se puso su rostro resplandeciente como el sol. Él les dijo: “Aquí viene abba Antonio”. Y poco después dijo: “Aquí viene el coro de los profetas”. Brilló todavía más su rostro, y dijo: “Ahora viene el coro de los apóstoles”. Se duplicó el resplandor de su rostro, y se le vio como hablando con alguien. Los ancianos le rogaron diciendo: “¿Con quién hablas, Padre?”. Él dijo: “Los ángeles vienen a buscarme, y les pido que me dejen hacer un poco de penitencia”. Los ancianos le respondieron: “No necesitas hacer penitencia, Padre”. El anciano les dijo: “En verdad, no sé si he empezado a hacerla”. Y todos supieron que era perfecto. Su rostro se puso repentinamente brillante como el sol, y temieron todos. Y él les dijo: «Vean, ya viene el Señor, y dice: “Tráiganme el vaso de elección del desierto”». En seguida entregó su espíritu, y hubo como un relámpago y la habitación se llenó de buen olor.

ABBA SILVANO

Estando el mismo una vez con los hermanos, entró en éxtasis y cayó sobre su rostro, y sólo después de mucho tiempo se levantó, llorando. Le rogaban los hermanos, diciendo: “¿Padre, qué tienes?”. Pero él, llorando, no respondía. Cuando pudieron hacerle hablar, dijo: “Fui arrebatado al juicio, y vi a muchos de los nuestros que iban al castigo, y muchos seglares que iban al reino”. Lloraba el anciano, y no quería salir de su celda. Si lo obligaban a salir, cubría su rostro con el capuchón diciendo: “¿Para qué quiero ver esta luz temporal, que no sirve para nada?”.

Un hermano fue a visitar a abba Silvano en el monte Sinaí. Vio a los hermanos que trabajaban, y dijo al anciano: “No trabajen por el alimento que perece; María eligió la mejor parte”. El anciano ordenó a su discípulo: “Zacarías, dale un libro a este hermano, y acompáñalo a una celda donde no haya nada”. Cuando llegó la hora novena, miraba por la puerta por si lo llamaban para comer. Como nadie lo llamó, se levantó y fue hasta el anciano y le dijo: “¿No comen hoy los hermanos, abba?’. El anciano le contestó: “Sí”. Él dijo: “¿Por qué no me llamaron?”. Le respondió el anciano: “Porque eres hombre espiritual

y no necesitas este alimento. Nosotros, que somos carnales, queremos comer, y para eso trabajamos. Tú, en cambio, has elegido la mejor parte, leyendo todo el día, y no quieres comer el alimento carnal". Al oír esto hizo una metanía, diciendo: "Perdóname, abba". Le contestó el anciano: "Realmente, María necesita a Marta, puesto que fue por Marta que se elogió a María".

Preguntaron a abba Silvano: "¿En qué práctica te has ejercitado, Padre, para adquirir semejante prudencia?". Y respondió: "Nunca permití que viniera a mi corazón un pensamiento que irritara a Dios".

Dijo abba Silvano: «Yo soy un esclavo, y mi señor me dice: "Haz mi trabajo y yo te alimentaré, y no busques saber de dónde: si tengo, si robo, si pido prestado; tú no te preocupes, trabaja tan solo, y yo te alimentaré". Yo, por tanto, si trabajo, como de mi salario; pero si no trabajo, como de la caridad».

Dijo también: "¡Ay del hombre cuyo renombre es mayor que su esfuerzo!".

Dijo un Padre que encontró alguien a abba Silvano, y vio su rostro y su cuerpo brillantes como los de un ángel, y cayó con la frente en tierra. Dijo también que otros obtuvieron igual gracia.

ABBA SIMÓN

Un funcionario fue a visitar a abba Simón. Lo oyó éste, y cubriéndose con un paño sostenido en la cintura, se subió a una palmera para limpiarla. Los que llegaban, le gritaron: "Anciano, ¿dónde está el anacoreta?". Él contestó: "Aquí no hay ningún anacoreta". Y al oírlo, se volvieron.

En otra oportunidad, fue otro arconte (funcionario) para verlo. Se adelantaron los clérigos y le dijeron: "Abba prepárate, pues el arconte ha oído hablar de ti y viene para que lo bendigas". Él dijo: "Está bien, me prepararé". Vistió un hábito grosero, y tomando pan y queso en sus manos, se levantó, se sentó a la entrada y se puso a comer. Llegó el arconte con sus oficiales y, al verlo, lo despreciaron diciendo: "¿Es éste el anacoreta de quien habíamos oído hablar?". Y en seguida regresaron

ABBA SOPATRO

Pidió uno a abba Sopatro: "Dame un mandato, abba, y lo guardaré". Él le dijo: "No entre mujer en tu celda y no leas a los apócrifos; no especules acerca de la imagen humana de Dios . Esto no es herejía, sino ignorancia y gusto por la disputa en ambos partidos, porque es imposible que la criatura lo comprenda".

ABBA SÁRMATAS

Dijo abba Sármatas: “Prefiero el hombre pecador, que sabe que ha pecado y hace penitencia, al hombre que no pecó, y se tiene a sí mismo por justo”.

Dijo también: “Si el hombre no huye cuanto puede y no vigila, hace inevitable el pecado”.

ABBA SERAPIÓN

Pasaba una vez abba Serapión por una aldea de Egipto, y vio una prostituta de pie junto a su habitación. El anciano le dijo: “Espérame esta tarde, porque quiero venir y pasar la noche junto a ti”. Ella le respondió: “Esta bien, abba”. Y se preparó y dispuso el lecho. Cuando atardeció, vino el anciano donde ella y, entrando en la habitación, le preguntó: “¿Preparaste el lecho?”. Le respondió: “Sí, abba”. Cerró entonces la puerta y le dijo: “Espera un poco, puesto que tenemos una ley y debo cumplirla”. El anciano comenzó su oficio; tomó el salterio, y después de cada salmo hacía una oración, rogando a Dios por ella, para que se arrepintiese y salvara. Y Dios le escuchó. La mujer estaba temblorosa y suplicante junto al anciano. Cuando el anciano hubo concluido todo el salterio, la mujer cayó en tierra. El anciano comenzó el (libro del) Apóstol, y leyó mucho de él, y de esta manera terminó la synaxis. La mujer estaba compungida, y comprendiendo que él no había venido para pecar con ella, sino para salvar su alma, se postró ante él diciendo: “Ten caridad, abba, y llévame a un sitio donde pueda agradar a Dios”. El anciano la condujo a un monasterio de vírgenes, y la entregó a la Madre, diciendo: “Recibe a esta hermana, y no le impongas el yugo o la norma como a las demás; dale lo que quiera, y permítele actuar como ella desea”. Después de unos pocos días dijo: “Yo soy una pecadora, quiero comer día por medio”. Pocos días más tarde dijo: “Yo tengo muchos pecados, quiero comer cada cuatro días”. Y después de pocos días más, suplicó a la Madre diciendo: “Ya que he entristecido tanto a Dios con mis pecados, hazme un favor: ponme en una celda, ciérrala, y por un agujero dame un poco de pan y el trabajo manual”. La Madre lo hizo, y ella agradó a Dios por el resto de su vida.

Dijo abba Serapión: “Así como los soldados del emperador, cuando están en atención, no pueden mirar a la derecha ni a la izquierda, del mismo modo, el hombre que está firme en la presencia de Dios y permanece en el temor delante de él a toda hora, no temerá nada del enemigo”.

AMMA SARA

Se cuenta acerca de amma Sara que vivió durante trece años fuertemente atacada por el demonio de la fornicación, y que nunca pidió que cesara el combate, sino que decía: “¡Oh Dios, dame la fuerza!”.

Una vez el mismo espíritu de fornicación se llegó hasta ella con más fuerza, sugiriéndole las vanidades del mundo. Pero ella acudió al temor de Dios y a la ascesis. Subió a la terraza para orar y se le apareció entonces el espíritu de fornicación, el cual le dijo: “Me has vencido, Sara”. Ella le respondió: “No te he vencido yo, sino Cristo, mi Señor”.

Dijo también: “Levanto mi pie para subir por la escalera y pongo la muerte ante mi vista, antes de subir”.

Dijo también: “Es cosa buena hacer limosna a causa de los hombres. Porque aunque se haga por agradar a los hombres, llega después a agradar a Dios”.

AMMA SINCLÉTICA

Dijo amma Sinclética: «Al principio hay grandes luchas y penas para los que se acercan a Dios, pero después encuentran una alegría inefable. Como los que quieren encender el fuego primero absorben el humo y lagrimean, pero después obtienen lo que buscan se ha dicho, en efecto: “Nuestro Dios es un fuego ardiente”, igualmente debemos encender en nosotros el fuego divino, con lágrimas y esfuerzo»

Dijo también: “Como las medicinas más amargas expulsan a las bestias venenosas, así la oración con el ayuno expulsa al mal pensamiento”

Dijo también: «No te seduzcan las delicias de las riquezas del mundo, como si tuvieran algo de provecho a causa del placer vano. Ellos aprecian el arte culinario, mientras que tú, por el ayuno y por los alimentos de bajo precio, superas la abundancia de su comida. Está escrito: “El alma que vive en los placeres, se burla del panal de miel”. No te llenes de pan y no desearás el vino»

Preguntaron a la bienaventurada Sinclética si la pobreza es un bien perfecto. Ella respondió: “Es perfecto, en verdad, para los que lo pueden. Los que soportan la pobreza, padecen en la carne, pero tienen paz en el alma. Como los vestidos que lo resisten se lavan golpeándolos con los pies y retorciéndolos, así el alma fuerte se vuelve aún más fuerte por la pobreza voluntaria”.

Dijo también: «Las trampas del diablo son muchas. ¿No puede conmover al alma con la pobreza? Le propone la riqueza como cebo. ¿No consigue dominarla por las humillaciones y oprobios? Le sugiere alabanzas y gloria. Si es vencido por la salud, enferma al cuerpo. Si no pudo engañar con placeres, trata de voltearlo con las penas involuntarias. Envía enfermedades intolerables para desanimar a los pusilánimes en el amor de Dios. Ataca también al cuerpo con fortísimas fiebres y le hace padecer una sed intolerable. Si eres pecador y sufres esto, acuérdate del castigo futuro y del fuego eterno y de las justas penas, y no te desanimes por las presentes. Alégrate porque te visita Dios, y ten sobre tu lengua este piadoso dicho: “El Señor me castigó, pero no me entregó a la muerte””. Eras hierro, pero el fuego te purificó de la herrumbre. Si eres justo y te enfermas, has pasado de lo que

es grande a lo que es aún mayor. ¿Eres oro? Por el fuego serás más probado. ¿Tu carne fue entregada al ángel?. Alégrate, mira a quien has sido hecho semejante: has sido digno de la porción de Pablo. ¿Te prueba la fiebre? ¿Te educa el rigor? Dice la Escritura: "Pasamos por fuego y por agua, y nos has llevado al descanso". ¿Tuviste lo primero? Espera lo segundo. Obrando la virtud grita las palabras del Santo: "Soy pobre y sufriente". Por estas dos tribulaciones llegarás a ser perfecto, porque está escrito: "Me has dilatado en la tribulación". Nuestras almas se instruyen en estos ejercicios, y así tenemos al Adversario ante nuestros ojos».

Dijo también: "Cuando nos oprime la enfermedad no nos pongamos tristes si por la enfermedad y el abatimiento del cuerpo no podemos salmodiar con nuestra voz. Todas estas cosas eran para nuestra utilidad, para purificar las pasiones. Porque el ayuno y acostarse por tierra están mandados a causa de nuestros placeres. Pero si ellos son retenidos por la enfermedad, son superfluos. Puesto que ésta es la gran ascesis: dominarse en las enfermedades y elevar a Dios himnos de acción de gracias"

Dijo también: "Si tienes que ayunar no pongas el pretexto de la enfermedad, porque los que no ayunan sufren muchas veces las mismas enfermedades. ¿Has empezado a obrar bien? No te retraigas, obligado por el enemigo, pues él será dominado por tu paciencia".

"Los que inician la navegación son al principio llevados por el viento. Una vez que han extendido las velas, enfrentan al viento contrario, pero los marineros no aligeran la nave por su causa, sino que aguardan la calma y dejan pasar la tempestad, para retomar la navegación. También nosotros, cuando ha cedido el viento contrario, extendiendo la cruz como una vela, prosigamos seguros nuestro curso".

Dijo también: "Los que han reunido riquezas después de los trabajos y peligros del mar, aunque han ganado mucho desean ganar todavía más y estiman en nada lo que tienen, y tienden hacia lo que no poseen. Pero nosotros, que no tenemos lo que deseamos, no lo queremos adquirir por el temor de Dios"

Dijo también: "Imita al publicano para no ser condenado con el fariseo. Elige la mansedumbre de Moisés para que conviertas tu corazón, que es una roca, en un manantial de agua

Dijo también: "Es peligroso que enseñe aquél que no ha sido educado en la vida activa. Porque si uno habita en una casa ruinosa y recibe huéspedes en ella, los perjudicará por el deterioro del edificio; del mismo modo el que no fue instruido primero, perderá a los que llegan hasta él. Con palabras los llaman a la salvación, pero con el comportamiento hacen mal a los atletas"

Dijo también: «Es bueno no llegar a airarse, pero si sucede (el Apóstol) no te da siquiera el tiempo de un día para esta pasión, diciendo: "No se oculte el sol". ¿Esperarás tú hasta que el tiempo se acabe? ¿Por qué odias al hombre que te ha contristado? No es él quien ha obrado mal, sino el diablo. Odia la enfermedad, no el enfermo»

Dijo también: "Cuanto más aprovechan los atletas, enfrentan a adversarios más fuertes"

Dijo también: “Hay una ascesis que es impuesta por el enemigo, y sus discípulos la practican. ¿Cómo distinguiremos la ascesis divina y regia de la tiránica y demoníaca? Ciertamente, por su medida regular. Durante todo el tiempo ten una sola norma para el ayuno. No ayunes durante cuatro o cinco días, y lo rompas después con abundancia de alimentos. La inmoderación es siempre corruptora. Cuando eres joven y sano, ayuna, porque llega después la ancianidad con la debilidad. Mientras puedas hacerlo, atesora privándote de la alimentación, para que, cuando no lo puedas hacer encuentres el descanso”.

Dijo también: “Tenemos que gobernar nuestra alma con discreción. Mientras vivamos en el cenobio no busquemos lo que es nuestro ni sirvamos a nuestra voluntad propia, sino obedezcamos a nuestro padre en la fe”

Dijo también: «Está escrito: “Sean prudentes como serpientes y simples como palomas”. Aquello de hacerse como las serpientes se dijo para que no ignoremos los ataques y trampas del diablo. Pues el semejante conoce rápidamente a su semejante. La simplicidad de la paloma muestra la pureza de la acción»

Dijo amma Sinclética: “Muchos viven en la montaña, actúan como los de la ciudad, y se pierden. Es posible estar solo con el pensamiento aunque se viva con mucha gente, y estando solo vivir con muchos, también con el pensamiento”

Dijo también: “Así como el tesoro que es expuesto pierde valor, desaparece la virtud que es conocida por todos. Como se derrite la cera puesta junto al fuego, así se disuelve el alma con las alabanzas y pierde su esfuerzo”

Dijo también: “Del mismo modo que es imposible ser a la vez planta y semilla, es imposible producir frutos celestiales mientras estamos rodeados de la gloria mundana”

Dijo también: “Hijos, todos queremos salvarnos, pero nos alejamos de la salvación por nuestra negligencia habitual”

Dijo también: “Estemos atentos, porque los ladrones penetran por nuestros sentidos, aunque no lo queramos. ¿Cómo podría no ennegrecerse una casa con el fuego que le dirigen desde el exterior, si están abiertas las ventanas?”

Dijo también: “Tenemos que armarnos de todos los modos contra los demonios. Puesto que vienen del exterior y nos mueven desde el interior, y el alma, como una nave, o se sumerge bajo las olas o se hunde por el exceso de carga. Nosotros somos así: a veces nos perdemos a causa de las acciones malas que cometemos, otras somos aniquilados desde adentro, a causa de los pensamientos. Se debe, por tanto, atender a los ataques exteriores de los hombres y ahogar los levantamientos interiores de los pensamientos”

Dijo también: «No estamos exentos de preocupaciones aquí abajo. Dice la Escritura: “El que cree estar de pie, cuídese de no caer”. Navegamos en la oscuridad, porque el salmista llama a nuestra vida mar, y el mar tiene escollos y a veces está furioso, a veces tranquilo. Nosotros creemos navegar por la parte tranquila del mar, y que los seculares lo hacen entre el oleaje. Nosotros navegamos conducidos por el sol de la justicia y, sin embargo, el

secular salva a menudo su embarcación por la vigilancia en la tempestad y la tiniebla, mientras nosotros nos hundimos aunque estemos en un mar calmo, porque abandonamos por negligencia el timón de la justicia

Dijo también: “Es imposible construir un navío si no se tienen clavos; del mismo modo, es imposible salvarse sin humildad”

Dijo también: “Hay una tristeza útil y una tristeza destructiva. Lo propio de la primera es lamentar las propias faltas y afligirse de la debilidad de sus prójimos, para no decaer de su propósito y adherirse a la perfección de la bondad. Pero también está la tristeza que viene del enemigo, totalmente irracional, que algunos llaman acedía. Hay que expulsar este espíritu, sobre todo con la oración y la salmodia”

ABBA TITOES

Dijo abba Titoes: “Es peregrinación si el hombre domina su boca”.

Interrogó un hermano a abba Titoes: “¿Cómo he de guardar mi corazón?”. El anciano le respondió: “¿Cómo guardaremos nuestro corazón, si tenemos abiertos la boca y el vientre?”.

Preguntó un hermano a abba Titoes diciendo: “¿Cuál es el camino que lleva a la humildad?”. Le respondió el anciano: “La vía de la humildad es esta: la abstinencia, la oración, y ponerse a sí mismo por debajo de toda creatura”.

ABBA TIMOTEO

Abba Timoteo el presbítero interrogó a abba Pastor: “Hay en Egipto una mujer que comete el pecado de la fornicación, y con el dinero que obtiene hace limosnas”. Dijo abba Pastor: “No permanecerá en la fornicación; el fruto de la fe se manifiesta en ella”. Sucedió que la madre del presbítero Timoteo fue a visitar a éste, y él le preguntó: “¿Aquélla mujer persiste en la fornicación?”. Ella le respondió: “Sí, y ha aumentado el número de sus amantes, pero todo lo da en limosnas”. Lo anunció abba Timoteo a abba Pastor, y este dijo: “No permanecerá en la fornicación”. Otra vez fue a visitarlo la madre de abba Timoteo, y le dijo: “¿Sabes que esa pecadora quería venir conmigo para pedirte que ruegues por ella?”. Al oírlo se lo dijo a abba Pastor, quien respondió: “Ve tú, más bien, a encontrarla a ella”. Cuando lo vio, después de oír de él la Palabra de Dios, se arrepintió y lloró, y le dijo: “A partir de este día me adhiero a Dios, y no volveré a fornicar”. Y se retiró en seguida a un monasterio, y agradó a Dios. ABBA HIPEREQUIO

Dijo también: “El ayuno es para el monje un freno contra el pecado. El que lo deja, es como un caballo en celo”

Dijo también: “El que no domine su lengua en el momento de la ira, tampoco podrá dominar las pasiones”

Dijo también: “Es mejor comer carne y beber vino, que comer la carne del hermano por la calumnia”

Dijo también: “La serpiente expulsó a Eva del paraíso con sus susurros. El que habla mal del prójimo es como ella, porque pierde el alma del oyente y no conserva la propia.

Dijo también: “El tesoro del monje es la pobreza voluntaria. Reúnan el tesoro en el cielo, hermanos, puesto que los siglos de ese descanso son eternos”

Dijo también: “Que tu pensamiento esté siempre en el reino de los cielos, y a la brevedad lo recibirás en herencia”

Dijo también: “La obediencia es el adorno del monje. Quien lo posea será escuchado por Dios, y se encontrará confiado junto al Crucificado. Porque el Señor fue crucificado, hecho obediente hasta la muerte”

ABBA FOCAS

Abba Focas, el del cenobio de abba Teognio el jerosolimitano, dijo: «Cuando yo vivía en Escete, cierto abba Santiago, hombre joven que vivía en las Celdas, tenía a su padre carnal como padre espiritual. En las Celdas había dos iglesias, una de ortodoxos, en la cual comulgaban ellos, y otra de cismáticos (monofisitas). Como abba Santiago tenía el don de la humildad era amado por todos, tanto ortodoxos como cismáticos. Le decían los ortodoxos: “Mira, abba Santiago, no te vayan a engañar los cismáticos y te atraigan a su comunión”. Igualmente los cismáticos le decían: “Debes saber, abba Santiago, que si comulgas con los difisitas perderás tu alma. Ellos son nestorianos y disfrazan la verdad”. Abba Santiago, que era un hombre simple, dudando entre lo que de ambas partes le decían, angustiado suplicó al Señor. Por eso se escondió en una celda apartada fuera de la laura, vestido con el hábito de su sepultura como quien está por morir. Porque es costumbre entre los Padres de Egipto que la túnica con que recibieron el santo hábito y el capuchón los conserven hasta la muerte, con ellos son sepultados, y solamente los usan los domingos para la santa comunión, quitándoselos después. Cuando se encontró en la mencionada celda rogaba a Dios, insistiendo en el ayuno y postrado por tierra. Decía después que tuvo que sufrir mucho durante esos días, a causa de los demonios, especialmente en su pensamiento. Pasados cuarenta días vio a un niño que entraba donde él estaba con aspecto alegre, y le dijo: “Abba Santiago, ¿qué haces aquí?”. Iluminado de repente y sacando fuerzas de lo que veía, dijo: “Señor, tu conoces lo que me sucede. Unos me dicen: ‘No abandones la Iglesia’; otros me dicen: ‘Te engañan los difisitas’, y yo, en la duda y sin saber que hacer, he llegado a este punto. El Señor le respondió: “Donde estás, estás bien”. Y apenas hubo oído esta palabra se encontró ante las puertas de la santa iglesia de los ortodoxos partidarios del Concilio de Calcedonia».

Dijo también abba Focas: «Iba una vez abba Santiago a Escete cuando fue atacado fuertemente por el demonio de la fornicación. Se encontraba próximo a caer, pero vino a mí, me contó lo que le pasaba y me dijo: “Mañana iré a cierta caverna; te ruego por el Señor que no lo digas a nadie, ni siquiera a mi padre, sino cuenta cuarenta días y, cuando se hayan cumplido, haz la caridad de venir hasta mí trayendo la santa comunión. Si me encuentras muerto, entiérrame; si estoy todavía vivo, dame la santa comunión”. Oí todo esto, y cuando se hubieron cumplido los cuarenta días tomé la santa comunión, llevé también pan común puro con un poco de vino, y fui hacia donde él estaba. Cuando me acercaba a la caverna, percibí un fuerte olor que salía de su boca. Dije para mí: “Murió este bienaventurado”. Pero al entrar lo encontré semivivo. Él, apenas me vio, moviendo la mano derecha un poco, cuanto podía, me indicó por el movimiento de la mano la santa comunión. “La tengo”, le dije. Quiso abrir la boca, pero estaba cerrada; pensando qué debía hacer salí al desierto, y encontré una rama de árbol. Con ella, tras mucho esfuerzo, pude abrir apenas su boca un poco. Eché del cuerpo y sangre preciosos lo que podía recibir. Recobró él las fuerzas con la recepción de la santa comunión. Poco después, empapando algunas migas de pan ordinario se las ofrecí, y después de un rato hice otra vez lo mismo, tanto cuanto podía él tomar. De esta manera, por la gracia de Dios, después de un día regresó conmigo y fue a su celda, liberado con la ayuda de Dios de la pasión dañina de la fornicación».

ABBA FÉLIX

Unos hermanos, acompañados por algunos seglares, visitaron a abba Félix y le rogaron que les dijera una palabra. El anciano, empero, callaba. Después que le suplicaran mucho, les dijo: “¿Quieren oír una palabra?”. Le respondieron: “Sí, abba”. Entonces el anciano les dijo: “Ya no hay palabra. Cuando los hermanos interrogaban a los ancianos y ponían en práctica lo que les decían, Dios concedía cómo hablar. Pero ahora que preguntan y no hacen lo que oyen, retiró Dios la gracia a los ancianos y ya no encuentran nada que decir, puesto que no hay quien la ponga por obra”. Al oír esto, los hermanos gimieron diciendo: “Ruega por nosotros, abba”.

ABBA FILAGRIO

Uno de los santos, de nombre Filagrio, habitaba en el desierto de Jerusalén y trabajaba duramente para ganar su pan. Estaba una vez en la plaza para vender su mercadería, cuando alguien dejó caer un bolso con mil monedas. El anciano lo encontró y permaneció en el lugar diciendo: “El que lo perdió, debe volver”. Y este llegó, llorando. El anciano lo llamó aparte y le devolvió la bolsa. El otro lo detuvo y quiso darle una parte, pero el anciano no aceptó. Comenzó el otro a gritar: “¡Vengan a ver lo que hizo el hombre de Dios!”. Pero el anciano huyó secretamente de la ciudad, para no ser ensalzado.

ABBA PORTAS

Dijo abba Fortas: “Si Dios quiere que yo viva, Él sabe cómo proveerme de lo necesario, pero si Él no lo quiere, ¿de qué me sirve vivir?”. Estaba en el lecho, pero de nadie aceptaba cosa alguna, y decía: “Si alguien me trae una cosa, y no lo hace por Dios, yo no tengo nada para darle y tampoco recibirá el premio de Dios, puesto que no lo trajo por Él, y así él sufrirá una injusticia. Es preciso, en efecto, que los consagrados a Dios miren solamente hacia Él, y estén de tal manera dispuestos que no consideren que se les hace una injuria, aunque tengan que sufrir mil perjuicios”.

ABBA CHOMAÍ

Contaban acerca de abba Chomaí que, estando próximo a la muerte, dijo a sus hijos: “No vivan con herejes, no frecuenten gente principal, no estén sus manos extendidas para recoger sino más bien para dar”.

ABBA PSENTAISIO

Abba Psentaisio, abba Suros y abba Psoios decían: «Cuando oíamos las palabras de nuestro Padre, abba Pacomio, teníamos una gran ayuda, estimulando el celo por las buenas obras. Viendo que, aun cuando permanecía en silencio, hacía de sus actos un discurso, nos admirábamos y nos decíamos los unos a los otros: “Pensábamos que todos los santos fueron hechos por Dios perfectos e inmutables desde el seno de su madre y no por su propio poder, y que los pecadores no pueden vivir piadosamente porque fueron hechos de esa manera. Pero ahora hemos visto la bondad de Dios manifestada en nuestro Padre, el cual, de origen pagano, se volvió tan piadoso y se ha revestido de todos los mandamientos de Dios. De este modo, también nosotros todos podemos seguirlo, igual que los santos a quienes él mismo siguió. En verdad está escrito: ‘Vengan a mí, todos los que están fatigados y cargados, y yo les daré el descanso’. Muramos, por tanto, y vivamos con este hombre, porque él nos lleva rectamente hacia Dios”».

ABBA OR

Abba Sisoes preguntó a abba Or diciendo: “Dime una palabra”. Y le respondió: “¿Tienes confianza en mí?”. Él respondió: “Sí”. Le dijo: “Ve, y haz lo que me has visto hacer”. Le preguntó: “¿Qué veo en ti, padre?”. El anciano le contestó: “Mi pensamiento está por debajo de todos los hombres”.

Decían acerca de abba Or y de abba Teodoro que pusieron buenos cimientos y siempre daban gracias a Dios.

Dijo abba Or: “La corona del monje es la humildad”.

Dijo también: “El que es honrado y alabado por encima de su mérito es muy perjudicado; pero el que no es honrado por los hombres recibirá la gloria de lo alto”.

Dijo también: “Cuando llega a ti el pensamiento de orgullo y de soberbia, escruta tu conciencia para ver si guardas todos los mandamientos, si amas a tus enemigos y te entristeces por su infortunio; considérate a ti mismo como un servidor inútil y el más pecador de todos. Y después de esto no vayas a enaltecerte como si hubieras obrado bien: sabe que por este pensamiento se destruye todo”.

Dijo también: “En cualquier tentación no te quejes de hombre alguno, sino solamente de ti, diciendo: Esto me ha sucedido a causa de mis pecados”.

Dijo también: «No digas en tu corazón contra tu hermano: “Soy más austero y ascético”; más bien sométete a la gracia de Cristo en espíritu de pobreza y de amor sincero para no caer en el espíritu de vanagloria y pierdas tus trabajos. Está escrito en efecto: “Quien cree estar de pie, vea que no caiga”. Sé como si el Señor te hubiese preparado con sal».

Dijo también: “Huye de los hombres o engaña al mundo y a los hombres haciéndote necio en muchas cosas”.

Dijo también: «Si has hablado mal de tu hermano y tu conciencia te molesta, ve, haz una metanía y di: “Hablé mal de ti”, y asegúrale que no lo volverás a hacer. La difamación es muerte para el alma».